

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON



**EL CASO
DEL ANZUELO
CON CEBOS**

se

Robert Peltham llama a Mason a medianoche y le ofrece 2000 dólares si se presenta en su despacho para consultarle un asunto. Peltham acude a la cita acompañado de una misteriosa mujer disfrazada de pies a cabeza y con una máscara para que no se la pueda reconocer. Peltham le ofrece otros 10.000 dólares por defender a la misteriosa mujer, y para ello le entrega la mitad de un billete de 10.000, de tal manera que cuando ella necesite la ayuda de Mason, le mostrará la otra mitad del billete. Mientras tanto Mason se ve limitado, al no saber a cual de las distintas mujeres que aparecen en el caso debe defender.



Erle Stanley Gardner

El caso del anzuelo con cebo

Perry Mason - 16

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Baited Hook*

Erle Stanley Gardner, 1940

Traducción: Eduardo Macho Quevedo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BOLUS Emery B.: Presidente de la Western Prospecting Company.

BURGER Hamilton: Fiscal del distrito.

CURLY: Detective de la Agencia de Detectives Drake.

DRAKE Paul: Director de esta citada Agencia.

FREEL Arthmont A.: Tenedor de libros de la Western.

GAILORD Byrl: Huérfana adoptada por el matrimonio Tidings.

GANTEN: Abogado de la razón Loftus y Cale.

GERTIE: Empleada de Perry Mason.

HASTINGS Adelle: Beneficiaria del hospital Elmer Hastings Memorial.

HOLCOMB: Sargento de la Brigada de Homicidios.

HOLMES Nadine: Exactriz, segunda esposa de Tidings.

JACK: Agente de policía.

LOFTUS: Gerente de la firma Loftus y Cale.

MASON Perry: Célebre abogado, protagonista de esta novela.

MATTERN Carl: Secretario de Tidings.

OLE: Portero de la casa donde tiene Mason su despacho de abogado.

STELLE Parker: Administrador del Elmer Hastings Memorial Hospital.

STREET Della: Secretaria de Perry Mason.

TIDINGS Alberto: Director de una banca.

TUMP Abigail: Madre adoptiva de Byrl Gailord.

WILLMONT Finley: Médico forense.

Capítulo 1

Sólo dos personas en la ciudad tenían el número del teléfono particular de Perry, no registrado en el listín telefónico. Una era Della Street, secretaria de Mason, y la otra, Paul Drake, director de la Agencia de Detectives Drake.

Era a principios de marzo, en una tempestuosa noche en que la lluvia azotaba a intervalos las ventanas, el viento bramaba en torno a las cornisas y penetraba silbando por las estrechas rendijas para hinchar las cortinas, dándoles formas fantásticas, que tan pronto semejaban blancos fantasmas como se deshinchaban y colgaban fláccidamente contra las vidrieras.

Mason luchó con el pesado letargo del profundo sueño de la primera parte de la noche, antes de acertar a descolgar el teléfono que llamaba. El aparato eludió momentáneamente sus torpes dedos.

La mano derecha de Mason encontró, al fin, el cordón que colgaba de la luz de la cabecera. Al mismo tiempo, su mano izquierda llegó al teléfono, se enredó con el cordón y derribó el aparato al suelo. Entonces, ya completamente despierto, se acercó él receptor telefónico al oído y dijo:

—Caramba, Della, ¿por qué no se acuesta a una hora más decente?

—¿Míster Mason? —preguntó una voz de hombre.

—Sí. ¿Quién es? —preguntó a su vez Mason sorprendido.

—Habla usted con Cash —contestó con viveza la voz.

—Pues si es usted Cash —repuso jovialmente Mason—, tiene que conocer a Carry^[1].

—¡Qué poca gracia! —exclamó la voz con la ofendida dignidad de quien carece del sentido del humor—. Me ha costado mucho trabajo caer en el chiste.

—¿Qué desea usted? —preguntó Mason.

—Desearía que fuese usted inmediatamente a su despacho.

—Y yo deseo quedarme en la cama —replicó Mason.

El hombre situado al otro extremo del conductor, pareció elegir cuidadosamente sus palabras.

—Tengo dos billetes de mil dólares en mi cartera, míster Mason. Si va usted a su despacho y acepta la misión que tengo que proponerle, le daré esos dos billetes como anticipo. Además, convendremos en el pago de otros diez mil dólares para el caso de que se vea usted obligado a actuar a mi servicio.

—¿Asesinato? —preguntó Mason.

La voz titubeó un instante.

—No —contestó al fin.

—Dígame su nombre completo.

—Lo siento. Es imposible.

—Cuesta solamente cinco céntimos meter una ficha en la ranura de un teléfono público y ponerse a hablar de dinero —dijo Mason irritado—. Antes de presentarme en mi despacho necesito saber con quién voy a tratar.

—Me llamo John L. Cragmore —contestó la voz, tras un momento de titubeo.

—¿Dónde vive usted?

—En Unión Drive número tres mil seiscientos diecinueve.

—Bien. Emplearé veinte minutos en presentarme en mi despacho. ¿Estará ya usted?

—Sí —contestó la voz y añadió—: Gracias por complacerme, míster Mason.

Acto seguido colgó el teléfono.

Mason saltó del lecho, cerró las ventanas y cogió la guía telefónica. No figuraba en ella ningún Cragmore en la dirección dada en Unión Drive.

Mason marcó el número de la Agencia de Detectives Drake. Un operador de servicio nocturno contestó con voz cansada:

—Habla Mason —dijo apresuradamente el abogado—. Dentro de veinte minutos tengo una cita en mi despacho. El individuo se presentará probablemente en coche. Ponga un hombre en cada esquina. Comprueben los números de las matrículas de los coches que se estacionen en los alrededores. Reúna todos los detalles que pueda y téngalos preparados para cuando llegué. Pasaré por ahí

antes de dirigirme a mi despacho.

Mason colgó el teléfono, se quitó el pijama y se vistió apresuradamente, advirtiendo, mientras se vestía, que su reloj de pulsera señalaba las doce y diez minutos. Se pasó un peine por la revuelta cabellera, se embutió en un impermeable, paseó una apresurada mirada por la habitación y se detuvo un momento para telefonar al vigilante nocturno que ordenase al garaje del hotel que tuviese preparado su coche. Por último apagó las luces, cerró la puerta y pidió el ascensor. El negro encargado de su funcionamiento le miró con curiosidad.

—Está lloviendo mucho, míster Mason.

—¿Caen perros y gatos? —preguntó el abogado.

El negro rióse ampliamente mostrando sus blancos y limpios dientes.

—No, señor. Caen chuzos. ¿Tiene que salir con esta noche, señor?

—No hay más remedio. Los malvados no tienen descanso.

El negro hizo rodar sus ojos.

—¿Acaso es usted un malvado? —preguntó lleno de asombro.

—No —contestó Mason mientras el ascensor se detenía abajo en el vestíbulo—. Los malvados son mis clientes.

Saludó al vigilante nocturno de servicio y le preguntó:

—¿Dio usted mi recado al encargado del garaje?

—Sí, míster Mason. El coche está ya esperando. Mala noche, señor.

Mason asintió distraídamente, arrojó su llave sobre el mostrador y se encaminó hacia la escalera que conducía al garaje, revoloteándole las faldas de su impermeable a impulsos de las largas zancadas de sus piernas. El vigilante le observaba con curiosidad y reveló su gran interés en el modo que tuvo de sopesar con la mano la llave de Mason antes de colgarla en el número correspondiente.

El abogado correspondió al saludo del encargado del garaje, se deslizó detrás del volante de su gran *coupé* y lo hizo bajar rugiendo la rampa que conducía a la calle. Al abandonar el cobijo del edificio, le envolvió una ráfaga de viento, la lluvia batió rotunda sobre el *capot* y corrió a chorretones por el parabrisas. Mason puso en movimiento el limpiador y avanzó cuidadosamente hacia la

calzada.

Los faros arrancaban centelleos de los efímeros *geisers* en miniatura, que formaba el agua sobre el pavimento. Mason pisó el acelerador y lanzó su *coupé* a través de las desiertas calles.

Al llegar, advirtió que no había ningún coche parado delante del edificio, donde estaban sus oficinas. En el punto de estacionamiento, donde Mason tenía reservado su espacio, no había más que dos coches anónimos de la Agencia de Detectives Drake. Mason estacionó su automóvil, lo cerró y echó a andar bajo la tormenta. La lluvia le azotaba el rostro, corría en regueros por su impermeable y le salpicaba los tobillos. Mason, que detestaba los paraguas, hundió las manos en los bolsillos del impermeable, inclinó la cabeza contra la fuerza del viento, chapoteó en los charcos formados en el lugar de estacionamiento y empujó la puerta giratoria que daba paso al iluminado vestíbulo del edificio donde estaban instaladas sus oficinas.

Unos regueros de agua, que parecían recientes, indicaban que allí habían entrado antes otras personas. Mason se detuvo al pie del ascensor y oprimió el timbre que avisaba al encargado de los ascensores subiese uno de éstos hasta el vestíbulo.

—Mala noche, señor —sentenció el portero, bostezando.

Mason avanzó para examinar el registro en que debían firmar las personas que entraban en el edificio durante la noche.

—¿Ha venido alguien preguntando por mí, Ole? —inquirió al portero.

—Nadie —contestó el empleado—. Con esta lluvia no es fácil que nadie se aventure a salir a la calle.

—¿Bajó alguien hace unos momentos de las oficinas de Drake? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Se encuentra todavía fuera?

—No. Regresó ya.

—¿No ha venido nadie más entretanto?

—No.

El portero rebasó en seis pulgadas el piso en que iba destinado el ascensor y Mason se lo advirtió:

—Ya está bien, Ole.

Las puertas correderas retrocedieron suavemente y Mason salió a

la semioscuridad del largo pasillo. A continuación se dirigió rápidamente hacia donde aquél formaba una T, pero en lugar de torcer a la izquierda, hacia su despacho, torció a la derecha, hacia el cuadrilátero de luz que dejaba pasar la puerta de cristales de la Agencia de Detectives Drake. Luego empujó esta puerta y cruzó una salita de espera, lo suficientemente grande para alojar cómodamente un banco y dos sillas.

Detrás de una ventanilla con reja sobre la que se leía: «Información», el telefonista de servicio levantó la mirada, asintió con un gesto y oprimió el botón que soltaba el enganche de la puerta giratoria.

Cerca del radiador un individuo de pequeña estatura trataba de secarse los fondillos de los pantalones. Un chorreante sombrero de fieltro y un reluciente impermeable colgaban de una percha situada cerca del radiador.

—Hola Curly —saludó Mason—. ¿Se dio usted por vencido?

—¿Qué es eso de darme por vencido? —replicó el agente, mirándose con melancolía sus mojados zapatos.

—Ole dice que no subió nadie.

—Sí —replicó el agente—, pero con lo que Ole no sabe habría para llenar un libro.

—¿Entonces entró alguien?

—Sí. Dos personas.

—¿Cómo subieron?

—El hombre —contestó Curly— sacó un llavero, abrió la puerta de uno de los ascensores, encendió la luz y subió hasta este piso con la mujer. Cuando yo subí, la jaula del ascensor tenía ya la puerta cerrada y la luz apagada.

—¿Lo advirtió Ole? —preguntó Mason interesado.

—No. Estaba demasiado dormido. Por las noches le cuesta mucho trabajo tener los ojos abiertos.

—¿Entonces, hay un hombre y una mujer en este piso?

—Así parece.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Llevarán esperando unos cinco minutos. A ver si procura usted elegir noches claras para estos asuntos. Me siento como encerrado en un submarino hundido.

—¿Dónde los encontró usted?

—Vinieron en un coche. Guiaba el hombre. La joven bajó frente al vestíbulo. Luego él siguió con el coche y dobló la esquina. Me figuré que iría a estacionarlo. Tuve, pues, tiempo de entrar, siguiéndole, en el edificio, y subir hasta aquí.

—¿Qué hay del automóvil?

—Anoté el número de la matrícula y lo comprobé en el registro. El coche es propiedad de un tal Robert Peltham, habitante en Ocean, mil trescientos doce. En la guía telefónica figura como arquitecto.

Mason, pensativo, sacó su pitillera, rascó un fósforo en el radiador y se puso a fumar.

—¿Qué me dice usted de la joven?

—Hay en ella algo extraño —contestó Curly—. La llamé joven, pero no sé si lo es. Era muy esbelta, es todo lo que puedo decir. Iba envuelta en un gran impermeable negro. Andaba como si sus zapatos fuesen demasiado grandes, y sostenía un periódico ante su rostro.

—¿Un periódico? —preguntó Mason.

—Sí. Cuando bajó del coche se puso un periódico sobre la cabeza, como para protegerse el sombrero, pero noté que procuraba sostener el periódico delante de la cara mientras subían en el ascensor.

—¿Están en este piso?

—El ascensor, por lo menos, sí.

—Averigüe todo lo que pueda de ese Peltham —ordenó Mason, disponiéndose a retirarse.

—En ello me ocupo —contestó Curly—. Tengo un «operario» dedicado a este trabajo. ¿Quiere que le telefonee el informe a su despacho?

—No —contestó Mason—. Yo me pondré al habla con usted. Dentro de unos quince minutos entre en mi despacho a beber un whisky... a menos que Paul tenga una botella en su mesa.

—Muchas gracias, míster Mason. Así lo haré.

—Todavía haré algo mejor que eso —añadió Mason—. Pondré una botella en una mesa del antedespacho y dejaré la puerta abierta.

—Me parece muy bien. Gracias.

Los tacones de Mason arrancaron ecos de las silenciosas paredes

al avanzar por el pasillo, al final del cual tenía su despacho. No vio a nadie ni oyó nada, salvo el ruido de sus propias pisadas. Abrió la puerta del antedespacho, la dejó abierta y penetró en su despacho particular. De un cajón del escritorio sacó una pinta de whisky y estaba a punto de colocarla sobre la mesa utilizada por la empleada de «Información», cuando se abrió la puerta y apareció un individuo alto, delgado y de unos treinta y tantos años.

—¿Míster Mason, supongo?

Mason asintió.

—Soy Peltham.

Mason enarcó las cejas.

—Creí que su nombre era Cragmore —dijo.

—Era —replicó secamente Peltham—, pero diversas circunstancias me han obligado a cambiarlo de momento.

—¿Puedo preguntar qué circunstancias son ésas? —inquirió Mason.

Peltham sonrió con una helada mueca en los labios.

—Para empezar —dijo— me siguieron desde el momento en que estacioné mi coche. Lo hicieron hábilmente..., pero me siguieron. Noté que la Agencia de Detectives Drake está en este piso. Observo también ahora que se disponía usted a colocar una botella de whisky destinada a alguien. En tales circunstancias, míster Mason, mejor será que abandonemos nuestro pequeño subterfugio. Me llamo Peltham y dejemos de andarnos por las ramas. Ha ganado usted la primera partida..., pero no fuerce usted la mano.

—Entre —invitó Mason, indicando la puerta de su despacho particular—. ¿Viene usted solo?

—De sobra sabe usted que no.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Mason—. Es decir, si es que ella es también parte interesada en el asunto.

—Ahora hablaremos de eso.

Mason indicó una silla, se despojó del impermeable, sacudió el agua de las alas del sombrero y se acomodó en el amplio sillón giratorio detrás de la mesa.

Su visitante sacó gravemente una cartera.

—Supongo, míster Mason —dijo, extrayendo dos billetes de mil dólares—, que cuando le dije que le pagaría dos mil dólares por encargarse de este caso, no esperaba ver tan pronto el color de mi

dinero.

El visitante no entregó a Mason los dos billetes de mil dólares, sino que los retuvo en su mano disponiéndose a depositarlos al borde de la mesa del abogado.

—¿De qué caso se trata? —preguntó Mason.

—En realidad no existe caso alguno —contestó el extraño cliente.

Mason enarcó las cejas.

—Me encuentro en un apuro —añadió Peltham.

—¿Usted?

—Sí.

—¿De qué se trata exactamente?

—No quiero molestarle a usted con este asunto. Tengo mis propios procedimientos para arreglar estas cosas. Lo que deseo es que usted la proteja a ella.

—¿De qué?

—De todo.

—¿Y quién es ella?

—Primero necesito saber si acepta el encargo.

—Para ello es preciso que sepa algo más del asunto —replicó Mason.

—¿Qué necesita saber, por ejemplo?

—Es exactamente lo que cree usted que va a suceder, aquello contra lo que quiere usted que yo la proteja.

Peltham abatió la mirada, para contemplar, pensativo, la alfombra durante unos segundos.

—Ella está aquí —añadió Mason—. ¿Por qué no la hace entrar?

Peltham levantó la mirada hacia el abogado.

—Comprenda esto, míster Mason. Nadie debe conocer la identidad de esta mujer.

—¿Por qué?

—Es dinamita.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente, que si se supiera que esta mujer tiene alguna relación conmigo, surgiría la catástrofe. Se produciría precisamente la situación que trato de evitar.

—¿Qué es usted de esa mujer? —preguntó Mason.

—Esa mujer lo es todo para mí —contestó Peltham con firmeza.

—¿Debo entender que quiere usted que represente a cierta mujer, pero sin saber quién es?

—Exactamente.

Mason se echó a reír.

—¡Tiene gracia! ¡Y parece usted sano y en completa posesión de sus facultades!

—No lo dude.

—Pero me pide usted un imposible. No puedo representar a un cliente, a menos que sepa quién es.

Peltham se levantó de su asiento y se dirigió gravemente hacia la puerta que ponía en comunicación el despacho particular de Mason con el pasillo.

—Perdone que me tome esta libertad —dijo.

Hizo retroceder el pestillo y salió. Mason percibió una conversación en voz baja y unos minutos después se abrió la puerta y Peltham introdujo una mujer en el despacho.

La mujer iba envuelta en un impermeable oscuro, abotonado hasta su garganta, que le llegaba casi hasta el suelo y ocultaba toda su figura. El impermeable era muy amplio y estaba cortado para una persona varias veces más grande, o procedente del guardarropa de un hombre. La mujer llevaba, además, un sombrerito muy ajustado y bien metido en la cabeza. La parte superior de su rostro estaba oculta por un antifaz, a través del cual unos centelleantes ojos negros miraban ansiosos.

—Entra, querida, y siéntate —dijo Peltham.

La mujer cruzó tranquilamente la estancia para ocupar una silla frente al abogado.

La barbilla, la punta de la nariz y los carnosos labios rojos indicaban juventud, pero no había otra cosa en toda su persona que constituyese un indicio de su edad.

Quedó inmóvil, con las manos enfundadas en sus negros guantes. No cruzó las rodillas; sino que permaneció con los pies apoyados en el suelo. Aquellos pies aparecieron metidos en unos chanclos de un tamaño evidentemente demasiado grande.

—Buenas noches —saludó Mason.

Ella aparentó no haberle oído. Sus ojos —negros, brillantes e inquietos— le miraban fijamente a través de las ranuras del antifaz.

Mason empezaba a encontrar divertida la extraña situación. Al

otro lado de las ventanas del despacho, la lluvia, empujada por el viento, tamborileaba en los cristales, prestando el adecuado fondo a la escena.

Peltham era la única persona en el despacho que parecía no ver nada inusitado en la conferencia. Una vez más sacó del bolsillo su cartera, y de ella un billete de banco.

—Esto, míster Mason —dijo—, es un billete de diez mil dólares. Quizá quiera usted examinarlo para ver si es legítimo.

Alargó el billete al abogado, que lo examinó y lo devolvió en silencio.

—¿Tienes un par de tijeras, querida? —preguntó Peltham a la mujer.

Sin pronunciar palabra, la mujer abrió su bolso negro y sacó de él un par de curvadas tijeras de manicura. Peltham las tomó de sus manos, se aproximó a la mesa de Mason, sosteniendo el billete en la mano izquierda y las tijeras en la derecha.

Con el cuidadoso tacto de quien está acostumbrado a que sus manos ejecuten exactamente lo que desea, cortó el billete en dos trozos con una serie de curvas.

Con el último tijerazo cayó sobre la mesa de Mason un trozo de billete, que representaba, poco más o menos, un tercio de su área total.

Peltham devolvió las tijeras a la enmascarada y mantuvo los dos trozos del billete de diez mil dólares, de manera que Mason pudiera ver que casaban perfectamente. Luego presentó el trozo más grande a la mujer y dejó caer el más pequeño sobre los dos billetes de mil dólares, empujándolo todo hacia Mason a través de la mesa.

—Ahí tiene usted —dijo—. No quiero recibo. Me basta con su palabra. Usted no conocerá jamás la identidad de esta mujer, a menos que sea necesario para proteger sus intereses. En tal caso, ella presentará a usted el otro trozo de este billete de diez mil dólares. Será una tarjeta de presentación. Podrá usted pegar entonces las dos mitades y depositarlas en un banco. De este modo quedarán garantizados sus honorarios y no habrá posibilidad de que ningún impostor le engañe.

—Supongamos que alguien se apodera de la otra mitad del billete —objetó Mason.

—Eso no sucederá —afirmó Peltham.

Mason miró a la mujer.

—¿Está usted enterada de lo que míster Peltham pretende de mí? —preguntó.

La mujer asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Debo suponer que usted sabía lo que se proponía su amigo cuando vino aquí?

La mujer hizo un nuevo gesto de asentimiento.

—¿Y está usted conforme con que yo acepte su encargo en tales condiciones?

La mujer volvió a asentir, pero sin decir palabra.

Mason se retrepó en su sillón, se volvió a Peltham y dijo:

—Perfectamente. Siéntese. Hablemos claro. Usted quiere que represente a esta mujer. Yo no sé quién es. Quizá mañana por la mañana o antes se me presente alguna persona y me pida que me encargue de su caso. Aceptaré el encargo. Más tarde, esta mujer anunciará que es la parte contraria y me entregará el otro billete de diez mil dólares. Me encontraré entonces comprometido por ambas partes para que me ocupe del mismo caso. Creo que esto explicará mi actitud. No puedo hacerlo. Lo que me pide usted es imposible. Me interesa, pero no puedo hacerlo.

Peltham se llevó la mano izquierda a la cabeza. Las yemas de sus dedos frotaron enérgicamente su sien izquierda. Guardó silencio unos momentos.

—Está bien —dijo al fin—. He aquí cómo lo arreglaremos. Queda usted en libertad para encargarse de cualquier asunto, excepto aquel que implique algo que, al parecer, pueda interesarme directa o indirectamente. Si tal caso se presentase en su despacho, solicitará usted mi permiso antes de aceptarlo.

—¿Cómo puedo pedir ese permiso? —preguntó Mason—. En otras palabras, ¿cómo puedo ponerme al habla con usted? ¿Estará usted a mi alcance instantáneamente?

Peltham se frotó de nuevo la sien durante unos segundos de pensativa liberación.

—No —contestó al fin.

—Perfectamente —repuso Mason, impaciente—. Eso nos vuelve al principio.

—Nada de eso. Hay otro procedimiento.

—¿Cuál és?

—Puede usted poner un aviso en el *Contractor's Journal*, en la columna de personal. Lo dirigirá usted sencillamente a «P» y lo firmará con la sola inicial «M». En este anuncio preguntará usted si hay algún inconveniente para encargarse del asunto en nombre de la persona que le haya visitado.

—Eso no será obrar noblemente con mis otros clientes, —objetó Mason—. A los clientes no les agrada que se mencione sus nombres en las columnas de los periódicos locales.

—No mencione al solicitante por su nombre —repuso Peltham—. Coja la guía telefónica y cite el número de la página, la columna y la situación del nombre de ella. Por ejemplo, si es una persona que figura en la página mil de la guía telefónica y su nombre está inscrito en la cuarta línea de la tercera columna, dirá usted simplemente: «Diga si acepto comisión de mil-tres-cuatro».

—¿Y usted contestará?

—Si no contesto en el plazo de cuarenta y ocho horas, puede usted considerarse en libertad para aceptar el encargo.

—¿Y cómo sabré —preguntó Mason— la marcha de sus asuntos? Supongo que usted se ocupará de diversos negocios y si ignoro...

Peltham le interrumpió con un movimiento de la mano. Por primera vez hubo en su voz indicios de intensa tensión mental.

—Lo sabrá usted mañana —contestó—. Es decir, lea usted los periódicos.

—No acabo de comprender... —murmuró Mason.

Peltham indicó los dos billetes de mil dólares depositados sobre la mesa.

—Ahí tiene usted dos mil dólares —dijo—. Ese dinero se lo pago a usted sin preguntarle nada. No quiero recibo. Me basta con su palabra. Hay noventa y nueve probabilidades entre ciento de que no tendrá usted que mover un dedo. Ese dinero es como regalado. Pero si alguna vez tiene usted que actuar en beneficio de esta mujer, recibirá automáticamente los adicionales diez mil dólares.

—Aceptaré su proposición con una condición —decidió al fin Mason.

—¿Cuál es?

—Que haré toda clase de esfuerzos para actuar noblemente. Obraré siempre de la mejor manera. Si me equivoco y me veo comprometido, tendré el derecho de devolverle los dos mil dólares

y olvidarme del asunto tan efectivamente como si nunca hubiésemos sostenido esta conversación.

Peltham dirigió una interrogadora mirada a la enmascarada. Ella denegó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Ésa es mi proposición —insistió Mason—. Tómenla o déjenla.

Peltham miró a su alrededor y sus ojos se detuvieron en la puerta que comunicaba con la biblioteca.

—¿Podríamos entrar ahí un momento? —preguntó.

—No hay inconveniente —contestó Mason, y añadió—: ¿Teme usted que oiga la voz de esta mujer?

Fue Peltham quien hizo ademán de ir a contestar, pero los vigorosos gestos de asentimiento de la mujer anticiparon a Mason la respuesta.

—Allá ustedes —rió el abogado—. Después de todo, ustedes son los actores. Yo me limito a permanecer entre bastidores.

—En una localidad de doce mil dólares —añadió Peltham con cierta amargura—. No ha perdido usted la noche, míster Mason.

El abogado indicó con un gesto la puerta de la biblioteca.

—Terminen —dijo—. Necesito volver a la cama dentro de treinta minutos. Conocen ustedes mi proposición. Tómenla o déjenla.

Peltham se acercó a la mujer, abriendo la puerta.

—Vamos, querida —dijo.

Ella se levantó de mala gana. Él la cogió por un codo y los dos cruzaron el despacho entre crujidos del impermeable de ella al andar. Los chanclos daban cierta torpeza a sus pasos. El impermeable, que le colgaba flojamente de los hombros, borraba las líneas de su figura, pero había algo en su porte que indicaba que era joven y esbelta.

Mason arrojó su cigarrillo, se retrepó en el sillón, cruzó los pies sobre el borde de la mesa y esperó.

La pareja regresó antes de los tres minutos.

—Se acepta su proposición —anunció Peltham—. Sólo pido de su parte la mejor buena fe.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo Mason—, y eso es todo lo que puedo prometer.

Durante un momento, Peltham pareció a punto de ir a poner las cartas sobre la mesa.

—Escuche... —dijo con voz ronca por la emoción, inclinándose sobre la mesa.

Mason esperó.

Peltham suspiró profundamente.

—Míster Mason —prosiguió—, yo no haría esto si no fuese absolutamente necesario. Durante dos horas he estado exprimiéndome el cerebro en busca del modo de realizar lo que quiero sin provocar lo que temo. Si alguien llegara siquiera a sospechar que esta mujer y yo tenemos alguna relación... sería... sería una verdadera catástrofe para todos. Tengo que librarla a ella de semejante contingencia... cueste lo que cueste. ¿Me comprende?

—No acabo de comprender la necesidad de todo este embrollo —contestó Mason—. Después de todo, usted podría ser franco conmigo. Yo no traiciono los secretos de mis clientes. Los respeto. Si esta joven quiere quitarse el antifaz y...

—Es imposible —interrumpió Peltham—. El plan que me he trazado es el único que puede protegernos a todos.

—¿No confía usted en mí? —preguntó Mason.

—Supongamos —repuso Peltham— que llegue usted a enterarse de cosas que la policía considere vitales. ¿Tendría usted justificación para ocultarlas?

—Protegería los intereses del cliente —contestó Mason—. Soy abogado. Las comunicaciones de mis clientes las considero como confidenciales.

La voz de Peltham tuvo acentos de firmeza.

—No puedo acceder —repuso lacónicamente—. Mi resolución es inquebrantable.

Mason le miró con curiosidad.

—Evidentemente, hizo usted complicados preparativos para esta entrevista —comentó.

—¿A qué se refiere usted?

—Al ascensor, por ejemplo.

Peltham rechazó el tema con un gesto.

—Cuando yo me propongo algo —dijo— preparo cuidadosamente mis planes por anticipado. He estudiado con interés su carrera, míster Mason. Hace meses decidí que si alguna vez necesitaba un abogado, acudiría a usted. Quizá le interese saber, míster Mason, que yo tracé los planos de este edificio cuando

fue construido... y que en la actualidad soy uno de sus principales accionistas. Vamos, querida.

La joven se levantó y se dirigió lentamente hacia la puerta.

Mason, pensando quizá que la sorpresa podría obligarla a dejarle oír su voz, le dijo en tono zumbón:

—Buenas noches, miss Misterio.

Ella se volvió. Temblaron sus labios en nerviosa sonrisa. Se inclinó ligeramente y abandonó el despacho sin pronunciar palabra.

Mason guardó los dos billetes de mil dólares, contempló el fragmento del de diez mil y rió entre dientes. Luego se acercó a la caja de caudales, marcó la combinación, abrió la puerta, la retuvo un momento, tiró silenciosamente del cajón, la volvió a empujar, cerró la puerta de golpe y deshizo la combinación.

Pero el fragmento del billete de diez mil dólares no quedó guardado en la caja, sino que Mason lo deslizó en uno de los bolsillos de su pantalón.

El abogado se acercó al perchero, se encasquetó el empapado sombrero, se enfundó en el impermeable, salió al antedespacho y se aseguró de que la botella de whisky que había puesto sobre la mesa ya no estaba allí. A continuación cerró la puerta del recibidor y apagó las luces. Luego volvió a su despacho particular y se acercó a la puerta de salida. Como había supuesto Peltham había dejado abierta esta puerta, cuyo pestillo estaba retenido con una clavija.

Mason soltó el pestillo, apagó las luces y salió al desierto pasillo. Observó entonces que el ascensor, cerrado y sin luces, continuaba detenido en el séptimo piso. Oprimió el timbre y a los pocos minutos subió el portero en otra jaula. Mason le indicó el ascensor apagado.

—¿Se estropeó uno de sus ascensores en este piso? —preguntó.

El portero salió de su jaula para observar el ascensor que le indicaban.

—¡Que me cuelguen si puedo explicarlo! —exclamó en tono que pareció sincero a Mason.

—Vamos —dijo el abogado, entrando en el ascensor iluminado—. Bajemos, que estoy deseando volverme a ver en la cama.

Capítulo 2

Della Street se dedicaba a abrir el correo de la mañana cuando Mason entró perezosamente en el despacho.

—Viene usted muy temprano —dijo la secretaria—. ¿No recuerda quizá que el fiscal aplazó el caso de Smithers?

—Sí, lo recuerdo, pero vengo a estudiar el periódico —contestó el abogado.

Della se quedó mirándolo, con las cejas arqueadas y la risa temblándole en las comisuras de la boca, pero sus ojos brillaron de curiosidad al observar la expresión del rostro de Mason.

—¿Va usted a escribir una historia contemporánea? —preguntó, burlona.

El abogado colgó el sombrero en el perchero, empujó a un lado, sin siquiera mirarla, la correspondencia colocada sobre su carpeta, y extendió el periódico sobre la mesa.

—¡Qué manera de diluviar anoche! —comentó.

—Mucho —confirmó la secretaria—. Pero, ¿qué busca en el periódico, jefe?

—Poco después de medianoche —explicó Mason— recibí un anticipo de dos mil dólares y un trozo de billete de diez mil. Tuve una interesante entrevista con una mujer enmascarada y con un hombre que parecía muy preocupado por algo que insinuó que encontraría en alguna curiosa noticia del periódico de esta mañana.

—¿Y no la encuentra usted? —preguntó la secretaria.

—No he mirado todavía —contestó él con un guiño—, las horas de trabajo bastan para todo el día.

—¿Quiénes son los interesados?

—El hombre se llama Robert Peltham y es arquitecto. No pareció agraderle mucho que yo descubriese su verdadera identidad. Quiso hacerme creer que era John L. Cragmore,

habitante en Unión Drive tres mil setecientos diecinueve. Éste fue su único resbalón. No hay ningún Cragmore en la lista de teléfonos en tal dirección. Fue un resbalón que no puedo comprender. Había preparado tan cuidadosamente los demás detalles de su plan que es incomprensible que fracasase en uno tan baladí. Si me hubiera dado un nombre que figurase en la guía telefónica, habría conseguido engañarme... al menos temporalmente.

A continuación Mason contó brevemente a su secretaria los detalles de la misteriosa visita y todo lo ocurrido en ella.

—¿Cómo consiguió enterarse del número de su teléfono secreto, jefe? —preguntó Della cuando terminó.

—Ése es sencillamente otro indicio del cuidado con que preparó sus planes —contestó el abogado.

—¿Por qué, entonces, llamó a una hora tan intempestiva?

—Creo que le obligó a llamarme algo que sucedió inesperadamente y que, al parecer, mi nuevo cliente tenía decidido hace algún tiempo que si alguna vez necesitaba un abogado acudiría a mí, por lo que tenía pensado el modo de ponerse al habla conmigo en el momento oportuno. Ello es un indicio del carácter del sujeto.

—¿Pero cómo se explica lo del ascensor? —preguntó Della Street.

—Eso fue un caso de suerte —contestó Mason—. Peltham posee una buena parte de la propiedad del edificio y, probablemente, duplicados de muchas de sus llaves. Como mera precaución no dejé anoche en mi despacho el fragmento del billete de diez mil dólares. Pensé que un hombre que tiene una llave del ascensor puede tener otra de mi despacho.

—¿Qué hay de la mujer? ¿Cree usted que Peltham tenía pensado ocultar a usted algo relacionado con ella?

—No. Creo que fue algo que surgió inesperadamente —contestó Mason, pensativo—. Observemos lo del antifaz, por ejemplo. Estoy completamente seguro de que formó parte de un disfraz de baile de máscaras. Era un antifaz negro, ribeteado de lentejuelas. Evidentemente fue confeccionado para asistir a un baile y guardado después en un cajón con otros recuerdos.

—¿No puede usted dar otros detalles de esa mujer, jefe?

—Juraría que no pasaba de los treinta años y que tenía una

buena figura. Sus manos eran pequeñas pero las cubría con guantes demasiado grandes. Llevaba un par de sortijas en la mano derecha y una en la izquierda. Se percibía un bulto a través de los guantes, aunque vueltas las piedras hacia dentro.

—¿Anillos de boda? —preguntó Della.

—No creo que lo fuesen. Se veía también que la mujer temía dejarme oír su voz.

—Entonces, tiene usted que conocerla —observó Della—. Tiene usted que haberle hablado alguna vez y ella temía que su voz la delatará.

—Eso es, que voy a tener que tratar con ella en un futuro muy próximo. Me siento más inclinado a la hipótesis del futuro que a la del pasado —repuso Mason.

—¿Por qué?

—No lo sé. Una corazonada.

—¿Cómo titularemos en los libros este caso raro?

Mason le entregó el trozo del billete de diez mil dólares.

—Eso..., allá usted. Pero tenga en cuenta que este pedazo de papel es un cebo poderosísimo.

Della lo olfateó.

—Usted sabe demasiado bien —dijo— que se siente más intrigado por la misteriosa «Madame X» que por el dinero. ¿Lo titularemos «El caso de la Dama Enmascarada»?

—No está mal pensado —opinó Mason—, aunque quizá sea equivocado llamar «dama» a aquella mujer.

—¿Es que no le pareció una muchacha honorable? —preguntó la secretaria.

Mason se echó a reír.

—En cuanto a eso —dijo—, es difícil decirlo de las mujeres, aunque se las vea a rostro descubierto. Aquella dama mantenía sus manos sobre los brazos del sillón, la boca cerrada, y los pies bien sentados en el suelo. Titule este caso en nuestro archivo como «El Caso del Anzuelo con Cebo», y habrá acertado, quienquiera que fuese aquella mujer.

—Está bien. ¿Qué clase de noticia es la que hay que buscar en el periódico?

—No se trata de una noticia, sino simplemente de una pista.

—¿Quiere usted que repase todo el periódico?

—Ocupese tan sólo de la primera sección y yo me ocuparé de la segunda —contestó Mason—. No hay que pasar nada por alto. Es preciso leer todas las noticias de defunciones, bodas, suicidios, divorcios... particularmente de divorcios.

Mason recorrió detenidamente la página de deportes.

Quince minutos después Della Street levantó la mirada de la sección del periódico que había estado repasando.

—¿Encontró algo? —preguntó a su jefe.

—Nada —contestó el abogado.

—Tenía esperanzas de que encontrase usted que Peltham ha firmado contrato con Joe Louis para un combate a quince asaltos.

—No hay mal alguno en tratar de matar dos pájaros con una piedra, Della —sonrió el abogado.

—Pues yo les he arrojado todos mis pedruscos y ni siquiera les he arrancado una pluma —repuso la secretaria—. ¿Sugirió nuestro hombre que la noticia estaría redactada en términos cabalísticos?

—No —contestó Mason—. Yo entendí que aparecería en lugar preferido del periódico como algo que no podía pasar inadvertido.

—Pues, entonces, es que nada ha sucedido todavía —dedujo la secretaria.

—El caso es que eso complica el asunto —repuso Mason—. Yo no tengo la menor idea de lo que mi cliente quiere realmente que haga. Puedo encargarme de un caso de divorcio contra la señora Jones y ver de pronto que la tal señora se presenta en mi despacho y me enseña la otra mitad de este billete de diez mil dólares, diciendo: «¿Es ésta la manera de tratar a una cliente?».

—O también puede suceder —añadió Della con gazmoñería— que me despida usted por incapaz y yo me levante de pronto y le diga, presentándole la otra mitad del billete: «¿Es ésta la manera de llevar un bufete de abogado?».

Mason la miró con repentina desconfianza.

—¿Sabe usted, Della, que me ha dado algo en qué pensar?

La secretaria se echó a reír.

Gertie, la corpulenta y bonachona rubia que presidía la mesa de «Información» y la centralita telefónica en el antedespacho de Mason, llamó a la puerta, la abrió y se deslizó en la habitación.

—¿Puede usted recibir a A. E. Tump? —preguntó.

—¿Qué desea el señor? —inquirió a su vez Mason.

—No es señor, es señora —replicó Gertie.

—¿Cómo se llama?

—Me dijo A. E. Tump, pero es una mujer.

—¿Y qué desea?

—Verle a usted, y parece mujer acostumbrada a conseguir lo que quiere.

—¿Joven? —preguntó Mason.

—Aparenta unos sesenta y cinco años y todavía conserva el *sex appeal*. Ya sabe usted lo que quiero decir.

—Por Dios, Gertie —repuso Mason—, no irá usted a decirme que es una vampiresa.

—No, nada de eso, ni tampoco una de esas que quiere aparentar veinte años y... Bueno, tiene personalidad y la utiliza. Eso es todo.

—Bien, vaya a ver lo que quiere, Della —ordenó Mason a la secretaria.

Mason volvió a su periódico y esperó, hojeándolo perezosamente y leyendo sus titulares.

Della Street regresó a los pocos momentos y procedió a informar a su jefe.

—Es una señora de pelo blanco, piel tersa, busto espléndido y matronilmente seductora a su manera. Parece tener dinero y no carece de presencia y personalidad. Quizá debiera usted recibirla.

—¿Qué desea?

—Se trata de un asunto de adopción ilegal o algo por el estilo.

—Hágala pasar —accedió Mason.

Della Street regresó al poco escoltando a la nueva cliente.

—Buenos días, mistress Tump —saludó Mason.

Ella le sonrió y cruzó la estancia para tomar asiento en el gran sillón de cuero.

—Fue usted anunciada como A. E. Tump —dijo Mason riendo—. Creí que era usted un hombre.

—Pues ya ve que no lo soy —replicó la señora—. «A» significa Abigail, y «E», Esther. Aborrezco los dos nombres. Huelen a respetabilidad y a asociaciones bíblicas.

—¿Por qué no los cambia usted? —preguntó Mason, observándola con atención.

—Demasiados trastornos y molestias —contestó ella—. Mis bienes están a nombre de Abigail E. Tump. De todos modos me he

desquitado en mi hija.

Mason enarcó las cejas.

Mistress Tump no necesitó que la apremiase. Siguió hablando con la palabra fácil y fluida de una buena conversadora.

—Le he puesto Cleopatra Circe Tump. Supongo que los nombrecitos la molestarán bastante, pero, al menos, no se verá condenada a una vida de mediocridad por llevar al cuello unos nombres que son como ruedas de molino de una respetabilidad convencional.

Mason lanzó a Della Street una rápida mirada de regocijo.

—¿Asocia usted la respetabilidad con la mediocridad? —preguntó.

—No siempre —contestó la señora—. No estoy reñida con la respetabilidad. Aborrezco los rótulos, eso es todo.

—¿Desea consultarme acerca de su hija?

—No. Mi hija se casó con un banquero en Des Moines, un hombre que es un pilar de respetabilidad y que odia los nombres de su mujer tanto como yo los míos. Y eso que ninguno de sus amigos sabe todavía lo de Circe.

Mason sonrió.

—¿Sobre qué asunto quería usted hablarme?

—Sobre algo que se remonta a mil novecientos dieciocho, poco antes del armisticio.

—¿Qué sucedió?

—Iba yo como pasajera de un buque británico que navegaba hacia África del Sur. En el buque viajaban también dos refugiados rusos... de incógnito, por supuesto... habían desempeñado altos cargos bajo el viejo régimen... es decir, los había desempeñado él. Tras unos años de constante angustia, habían logrado escapar de la espantosa pesadilla del bolchevismo, pero una hijita suya se había quedado allá.

Mason hizo un gesto de comprensión y ofreció a mistress Tump un cigarrillo.

—Ahora no —rehusó la dama—. Luego le acompañaré. Ahora quiero concentrarme en el recuerdo.

Mason encendió su cigarrillo y miró de soslayo a Della Street, que sostenía el lápiz sobre su cuaderno, presta a tomar notas de la conversación.

—El buque fue torpedeado sin previo aviso por un submarino —prosiguió mistress Tump—. Fue algo espantoso. Todavía veo la escena cuando cierro los ojos. Era de noche y el mar estaba muy alborotado. El buque empezó a hundirse tan pronto como fue tocado. Zozobraron muchos botes. Había gente en el agua, mas era imposible verla; sólo brazos y manos crispadas que surgían de las negras olas para asirse a los resbaladizos costados del buque. Luego desaparecieron bajo las olas. Se oían gritos, tantos que formaban un único alarido inmenso.

La mirada de Mason expresó la mayor consternación.

—La pareja de que estoy hablando —prosiguió mistress Tump— me habían contado su historia. La mujer tenía el presentimiento, casi la seguridad, de que el buque iba a ser torpedeado. El hombre trataba de quitarle de la cabeza aquella idea y bromeaba a menudo sobre ella. La noche antes del torpedeamiento la mujer me llamó a su camarote. Había tenido un sueño horrible. Una visión, lo llamaba ella. Quería que le prometiese que, si le sucedía algo y yo sobrevivía, iría a Rusia a buscar a la hija y me esforzaría por encontrar el medio de sacarla de allí.

Mason frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Me entregó algunas alhajas. No llevaba mucho dinero, pero sí gran cantidad de joyas. Le dije que si el buque llegaba a salvo a puerto se las devolvería. El marido no debía enterarse de nada de aquello.

—¿Y se ahogó? —preguntó Mason.

—Sí. Los dos embarcaron en el primer bote que zozobró. Yo lo vi con mis propios ojos. Avanzó luego una ola gigantesca y estrelló el segundo bote contra el costado del buque. Éstos no son más que los preliminares de mi historia, míster Mason. Esbozaré solamente lo que sucedió. Yo me salvé. Fui a Rusia, localicé a la chiquilla y la saqué de allí. No importa cómo. Era una niña encantadora por cuyas venas corría la sangre de la realeza. Quise que mi propia hija la adoptase. Mi hija iba a casarse por aquella época. Pero su prometido no quiso ni escucharla. Y yo... Me temo que hice algo imperdonable, míster Mason.

—¿Qué? —preguntó el abogado.

—Yo no me encontraba en condiciones de conservarla a mi lado. Es decir, creí que no estaba en condiciones. Y la hice ingresar en un

asilo.

—¿En qué asilo?

—En la Welfare Society.

—¿En dónde está esto? —inquirió Mason.

—En un pueblecito de Louisiana. Es una institución dedicada especialmente al cuidado de las criaturas cuyos padres no pueden conservarlas a su lado.

Hizo una pausa, como tratando de recordar bien los hechos.

—Prosiga —dijo Mason.

—Tengo que decirle algo más de aquel asilo, míster Mason —añadió la mujer—. Son cosas que ignoraba en aquella época, pero que averigüé después. En aquella falsa institución benéfica se traficaba con los acogidos.

—Explíquese.

—Siempre ha habido una gran demanda para adoptar chiquillos. Los matrimonios sin hijos están siempre a la mira. Aquel asilo no reparaba en los medios para conseguir sus criaturas. Más tarde me enteré de que la mayoría de las mujeres empleadas en sus dependencias eran madres expectantes. En cuanto nacían sus críos, desaparecían. Algunas convenían en pagar el cuidado y la manutención de sus hijos, pero otras no podían.

—Y usted, naturalmente, convino en sufragar los gastos de la chiquilla.

—Oh, sí. Envié regularmente mis giros mensuales. Tengo los resguardos para probarlo. Gracias a Dios, los conservé.

—¿Y la chiquilla? —preguntó Mason.

—Un año después —prosiguió la señora—, cuando ordené mis asuntos fui al asilo para sacarla. ¿Y qué cree usted que encontré?

—Que no estaba en él —respondió Mason.

—Exactamente. La habían vendido por mil dólares. ¿Lo creerá, míster Mason? ¡Vendida como quien vende un caballo o un automóvil usado!

—¿Qué explicación le dieron?

—Oh, lo lamentaron mucho. Alegaron que había sido una equivocación. Al principio dijeron que yo no les había pagado un céntimo. Y cuando les enseñé los resguardos de mis giros intentaron todos los medios habidos y por haber para apoderarse de ellos. Revolví cielo y tierra. Intervino el fiscal del distrito, y la Welfare

Society se disolvió sencillamente y se desvaneció en la nada. Más tarde me enteré de sus procedimientos. Cuando surgía algún conflicto, se trasladaban a otro estado, se ponían otro nombre y reemprendían sus negocios una vez más.

—Pero seguramente sus registros habrían revelado lo que fue de la chiquilla —arguyó Mason.

—Llevaban tres registros, pero no quisieron mostrarlos. Me mintieron. Yo debía procurarme un abogado y dirigirme directamente a los tribunales, pero, en vez de ello, empecé a quejarme a las autoridades, y todo fueron trámites y dilaciones. Ya sabe usted cómo son a veces los funcionarios públicos. El fiscal del distrito estaba de vacaciones y me fue dando largas. Regresé a Nueva York y esperé a saber de él. Me escribo una carta y parecía muy complacido de sí mismo. Me decía que, gracias a mis esfuerzos, la Welfare Society había dejado de existir, que ya había habido muchas quejas anteriormente y que me felicitaba por haberme ahorrado nuevos desembolsos.

»Volví inmediatamente a Lousiana y le dije que aquello no era lo que yo quería, que lo que yo deseaba era recuperar a la chiquilla. Él me contestó que tendría que proporcionarme un abogado, pues su oficio sólo podía intervenir en los aspectos más amplios del caso. ¡Fíjese usted! «¡En los aspectos más amplios del caso!». No sé cómo no le ahogué.

Brilló la rabia en los fríos ojos grises de la mujer.

—¿Y utilizó usted los servicios del abogado? —preguntó Mason.

—Sí. Y ahí es donde cometí mi segunda equivocación. Era demasiado tarde para abogados, entonces. Debí utilizar unos buenos detectives. Los abogados me llevaron el dinero y no hicieron nada. Dijeron que el asilo había destruido todos sus registros, temiendo una denuncia, y que la institución se había diseminado a los cuatro vientos... ¡Sí, sí, a los cuatro vientos! Se había trasladado sencillamente a Colorado para reanudar sus negocios bajo otro nombre. Aquello era otra cosa que yo no sabía.

—¿Cómo se las arregló usted para enterarse? —preguntó Mason.

—Con perseverancia y un poco de suerte —contestó la mujer—. Uno de los individuos que había estado empleado en el departamento de registros del asilo recordaba todos los detalles de la transacción, a causa del alboroto que yo armé, y finalmente se

puso al habla con los abogados que, a su vez, me buscaron a mí... Querían, naturalmente, vender sus informes.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Supongo que debí acudir a las autoridades, pero estaba harta de perder el tiempo con ellas y decidí pagar lo que me pedían para conseguir los informes.

—¿Qué decían aquellos informes? —preguntó míster Mason.

—Que a la chiquilla se le había dado el nombre de Byrl, que había sido adoptada por unos señores llamados Gailord y que vivían en esta misma ciudad.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó míster Mason.

—A los dos meses de yo haber dejado a la niña en el orfelinato se presentaron los Gailord buscando una criatura. Al ver a la chiquilla se entusiasmaron e insistieron en llevársela. El asilo les dijo que no estaba todavía libre para adopción, pero que tenían la seguridad de que lo estaría dentro de unos meses, ya que su experiencia les confirmaba que había muy poca gente que continuase los pagos, y que lo convenido era que en cuanto cesasen éstos, la criatura se considera libre para adopción.

»Los Gailord no podían esperar. Ofrecieron pagar una prima fantástica..., mil dólares. Y supongo que al mismo tiempo correría algún otro dinero bajo cuerda. Prometieron además que si surgía algún conflicto, devolverían a la criatura... Quizá lo prometieron sinceramente en aquel momento, pero luego se encariñaron con la niña y... Bueno, ya sabe usted lo que sucede.

—Pero seguramente —objetó Mason— que la muchacha habrá llegado ya a la mayoría de edad. Puede, pues, hacer lo que quiera. Es libre, blanca, y tiene veintiún años.

—Todo eso está muy bien —replicó mistress Tump—. Pero verá usted lo que ha sucedido. Los Gailord eran ricos. Frank Gailord murió. Dejó bienes, la mitad a su viuda, la mitad a Byrl. La parte correspondiente a Byrl se encontraba en depósito. Tenía que entrar en posesión de ella al cumplir los veintisiete años. Entretanto, el depositario debía pagarle las sumas que considerase necesarias para su cuidado, manutención y educación.

»Mistress Gailord volvió a contraer matrimonio... con un individuo llamado Tidings. Vivieron juntos cinco años, y luego la mujer murió, dejando todos sus bienes a Byrl, en las mismas

condiciones que su difunto esposo, y nombrando depositario sin trabas a míster Tidings. Éste no es buena persona. Volvió a casarse y ya ha habido otra separación... Pero no sé por qué le aburro a usted con todos estos preliminares, míster Mason. Si se los digo es para que se forme una idea del fondo del asunto. Pero la cuestión es que Albert Tidings es ahora depositario de los bienes de Byrl, y que se trata de una bonita fortuna. Y ese hombre no tiene absolutamente el menor derecho a ser depositario. Es una persona de conducta dudosa. Es un pillo, si he de hablar con franqueza.

—¿Le ha visto usted? —preguntó Mason.

—Naturalmente. Fui a verle para tener una explicación.

—¿Y qué dijo?

—Se limitó a contestarme: «Vea a mi abogado».

—¿Y usted decidió dirigirse a mí?

—Sí.

—¿Y le ha explicado usted a Byrl lo de sus padres?

—Naturalmente. Puede usted figurarse su emoción. Siempre había considerado a los Gailord como sus verdaderos padres.

—¿Dónde se encuentra la joven ahora?

—Aquí, en la ciudad.

—¿Y qué desea usted que haga yo? —preguntó Mason.

—Quiero que demande usted a Tidings —contestó la mujer—. Quiero que pruebe usted que la adopción original fue ilegal, un verdadero fraude, resultado del soborno y la corrupción. Quiero que Tidings cese como depositario.

Mason frunció los ojos ligeramente.

—¿Puedo interpretar —preguntó— que desea usted ser nombrada depositaria en su lugar?

—Verá usted. Creo que Byrl tiene derecho a la mayor parte de su dinero. Debe viajar, ver mundo, entrar en posesión de su herencia y casarse.

—Pero, ¿no es libre de casarse cuando quiera?

—Sí, pero no puede alternar con la clase de personas que le conviene... No tiene usted más que echar una mirada a Byrl para darse cuenta de que no vive en el ambiente que le corresponde a su esfera.

—La historia que me ha contado usted, mistress Tump —dictaminó Mason—, tiene muy poca influencia en la situación legal.

El fideicomiso no depende de la adopción. Byrl es ahora mayor de edad. Usted no tiene derecho alguno legal en el caso. Ni está emparentada con esa joven. Los padres le pidieron a usted que se hiciese cargo de la chiquilla y la protegiese. Usted la sacó de Rusia. Con todo eso, le seré franco, mistress Tump, un abogado hábil haría aparecer que, una vez recibidas las joyas y fuera la niña de Rusia, usted perdió repentinamente todo el interés por ella... Aparte de hacer sus pagos mensuales, se portó usted, si he de ser franco, con un poco de indolencia.

—No fue indolencia —replicó la mujer—. Escribí al asilo regularmente, preguntando cómo se encontraba la niña, y ellos me contestaban que era una chiquilla encantadora y que se portaba muy bien.

—¿Ha conservado usted esas cartas?

—Sí.

—Por supuesto —añadió Mason— que Tidings no intervino en el fraude original, y que en cuanto a Byrl, no está en situación de lamentarse. Aquella adopción le ha proporcionado una verdadera fortuna.

—Pero nunca fue formalmente adoptada —alegó mistress Tump.

—¿No?

—No.

—¿Cómo fue eso?

—Verá usted. Cuando se la llevaron por vez primera, ellos sabían que no era elegible para adopción, y más tarde, cuando yo provoqué el conflicto, los abogados del asilo aconsejaron que no se mencionase para nada aquel detalle. Temían que si el procedimiento de adopción se mencionaba alguna vez ante los tribunales, yo retiraría a Byrl de su custodia. Por lo que pude enterarme, el abogado dijo a los Gailord que podían cuidarse financieramente de los intereses de Byrl por medio de un testamento, y dejar sencillamente que la chiquilla siguiese creyendo que ellos eran sus padres. Los Gailord fueron grabando gradualmente tal pensamiento en su imaginación, y hasta forjaron una historia que estaba de acuerdo con sus recuerdos infantiles.

—¿Cómo la sacó usted de Rusia? —preguntó Mason con interés.

—Ésa es una historia que no puedo contarle ahora. Unos amigos míos, personas muy influyentes, viajaban con un pasaporte en el

que figuraba una chiquilla. Ésta murió y... Byrl entró en los Estados Unidos sin el menor inconveniente. Supongo que podrán procesarme por haber intervenido en aquello, así como a mis amigos. Pero he prometido guardar siempre su nombre en secreto. Byrl está ahora enterada de todo esto, y sabe también quiénes fueron sus verdaderos padres.

—Muy bien —dijo Mason—. Yo puedo obligar a que se rindan cuentas en el asunto del depósito. Puedo probablemente hacer que Tidings entregue todas sus rentas y quizás una parte del capital. Dentro de uno o dos años la muchacha podrá entrar en posesión de todo en las condiciones establecidas para el fideicomiso. Si Tidings se ha hecho culpable de alguna irregularidad, podemos asimismo exigir su destitución.

—Eso es todo lo que quiero —dijo mistress Tump—. Si necesita saber algo más acerca de Albert Tidings, puede usted enterarse por un señor que es íntimo suyo. Está asociado con él en otros asuntos de depósitos; forman una asociación de tres, que manejan los fondos fundacionales de una universidad.

—Eso me será de mucha ayuda —dijo Mason—. ¿Quién es ese señor?

—Un hombre muy rico e influyente —contestó la mujer—. Por cierto que es un gran admirador suyo, míster Mason. Él es quien me ha enviado a usted, aconsejándome que le confíe mi asunto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mason.

—Robert Peltham. Es arquitecto. Vive en Ocean Avenue mil trescientos doce, pero tiene su despacho en el centro de la ciudad y allí puede usted tranquilamente entrevistarse con él.

Mason se abstuvo cuidadosamente de mirar siquiera en dirección de Della Street.

—Está muy bien, mistress Tump —dijo—. Me agradecería ponerme en contacto con míster Peltham antes de decidirme a encargarme de su caso.

—No veo que él tenga que ver con el caso, excepto que pueda darle algunos informes. ¿Por qué no acepta usted el asunto y se pone luego en contacto con míster Peltham? Yo le pagaré un anticipo ahora mismo.

Mason sacudió pensativo las cenizas de su cigarrillo.

—Repito, mistress Tump —dijo al fin—, que usted no tiene

ningún puesto legal en el asunto. Como ya indiqué, usted no está emparentada con miss Gailord. Cualquier acción legal tendría que ser promovida por la misma miss Gailord.

—No dudo de que tiene usted razón.

—Antes de iniciar nada —añadió Mason— tendría que ver a miss Gailord para que ella me diese una autorización directa para actuar.

Mistress Tump, repentinamente apremiada por el tiempo, consultó su reloj de pulsera.

—¿Le conviene mañana a las dos de la tarde? —dijo.

—Encantado de concederle una entrevista para esa hora —contestó Mason.

Mistress Tump se arrancó trabajosamente de las profundidades del sillón de cuero.

—Ahora mismo me ocuparé de ello —dijo—. Y a propósito, míster Mason. Quizás haya cometido una equivocación... Quizás haya puesto la carreta delante del caballo.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Mason.

—Cuando míster Tidings me dijo que viese a su abogado, le contesté que él podría ver al mío, que míster Perry Mason le visitaría a las once de esta mañana. Espero que me perdonará.

Mason no contestó directamente a la pregunta.

—¿Es usted vecina de esta ciudad, mistress Tump? —preguntó.

—No lo soy —contestó la mujer—. Vine aquí recientemente por causa de Byrl. Vivo en el hotel Saint Germaine.

—¿Tiene usted la dirección de esa joven, mistress Tump? —preguntó Mason, con estudiada indiferencia.

—¡Oh, naturalmente...! Eh los Departamentos Vista Ángeles... Realizará una excursión conmigo tan pronto como se arreglen nuestros asuntos. Entretanto, yo sufrago los gastos. Convengamos, míster Mason, en que usted llegará a un acuerdo por mi mediación. Ella sería su cliente, naturalmente, pero yo seré quien pague sus honorarios, por tanto de quien recibirá usted instrucciones.

—¿Figura esa joven en la guía telefónica? —preguntó Mason.

—Sí.

—Muchas gracias, mistress Tump. Veré a usted mañana a las dos de la tarde.

—¿Y qué decide de esa entrevista con míster Tidings?

—Me pondré al habla con él —dijo Mason—, y le explicaré que he sido consultado, que la hora no me conviene, y le pediré que me cite para más tarde.

Mistress Tump tendió su mano a Mason.

—Me produce usted una verdadera sensación de confianza, míster Mason... ¡Es usted tan diferente de los otros abogados! Confieso que sentía fobia por los hechos profesionales de la Ley. Pero míster Peltham me hizo una magnífica descripción de usted. Parece conocerle perfectamente... ¿Le ha sido presentado acaso?

Mason se echó a reír.

—Me presentan a tanta gente y me conocen tantas personas, que a veces resulta embarazoso.

—Lo comprendo. Ése es el inconveniente de ser un abogado de fama. Bien, le veré a usted mañana a las dos de la tarde.

Mason y Della Street permanecieron inmóviles, observando cómo mistress Tump cruzaba el despacho con paso firme y decidido. No hizo mención de salir por la puerta por donde había entrado, sino que se dirigió directamente a la que comunicaba el despacho particular de Mason con el pasillo y ya en el umbral se volvió para sonreír una vez más a Mason...

—No olvide la cita de las once con míster Tidings —dijo, y cerró la puerta.

Cuando el pestillo emitió su chasquido Mason se atrevió por primera vez a mirar francamente a Della Street.

—¡Tiene gracia! —exclamó la secretaria.

—Yo sabía que el asunto sería chocante —dijo Mason.

Della, repentinamente seria, trató de tranquilizarle.

—Después de todo —dijo—, la coincidencia puede ser ésa y nada más.

—Es posible —admitió él, con voz que indicaba su escepticismo—. Una probabilidad entre diez millones, si quiere usted expresarlo matemáticamente.

—Supongo que mistress Tump no es la mujer que retiene el otro trozo del billete de diez mil dólares.

—No —dijo Mason—, ¿pero quién nos dice que no lo sea esa Byrl Gailord?

—Es posible —convino Della—. Éstas son las consecuencias de su afición por las mujeres misteriosas y las jóvenes enmascaradas...

Pero si Byrl Gailord sabía que mistress Tump iba a visitarle a usted y a acordar una entrevista, no se explica su cuidado de impedir que usted oyese su voz... No veo el porqué de todo ese secreto.

—Porque miss Byrl Gailord no quiere que mistress Tump sepa que es la amiga íntima de Peltham... si es que la dama desconocida es Byrl.

—¿Y si no lo es? —preguntó Della.

—Olvide eso. Llame al *Contractor's Journal*. Dígales que tenemos un anuncio personal y que debe salir en la próxima edición. Averigüe la situación del nombre de Byrl Gailord en la guía telefónica, y componga un anuncio en clave, preguntando si no hay inconveniente en que la represente...

—¿No podría usted anticiparse y representarla sin preguntar nada?

—Podría —contestó Mason—, pero no quiero. Esos diez mil dólares me parecían anoche una cantidad tan importante como la Deuda nacional, Della, pero ahora me parecen una pirámide de disgustos. Ponga manos a la obra y redacte este anuncio. Diga a Paul Drake que me informe sobre Tidings, y usted ocúpese de localizarle por teléfono.

Unos momentos después la secretaria asomó la cabeza por la puerta para decir:

—Ya está redactado el anuncio, jefe. Albert Tidings va a ponerse al habla dentro de un momento. Ahora estamos con su secretario.

Mason cogió el teléfono, y la voz de un hombre, algo chillona, dijo: «Diga».

—¿Míster Tidings? —preguntó Mason.

—No. Su secretario. Espere un momento, míster Mason. Míster Tidings viene acá ahora mismo..., aquí está.

Una voz tonante y autoritaria preguntó en tono de mal humor:

—Bien. ¿Quién diablos es?

—Perry Mason, el abogado —contestó Mason—. Le llamo para hablarle de una cita que mistress Tump acordó con usted. Dijo que yo le visitaría a las once... ¿Estoy hablando con Albert Tidings?

Hubo un momento de silencio, luego la voz dijo con cierto recelo:

—Sí, aquí Tidings. Sé lo que desea usted y...

—Mistress Tump acaba de abandonar mi despacho —

interrumpió Mason, al ver que su colocutor hacía una pausa—. Esa señora había convenido con usted en que nos veríamos a las once de esta mañana. Tal convenio fue hecho, por supuesto, sin consultar mi conveniencia, y...

—Comprendo perfectamente, míster Mason —interrumpió la voz tonante—. Ahora mismo iba a llamarle a usted... Suponía que no podría usted dejar sus asuntos para venir a escuchar los desvaríos de una vieja, pero no le dije nada a mistress Tump. Me figuré que no volvería a oír hablar del asunto, pero le dije a mi secretario que le llamase a usted para asegurarme.

—Es muy posible —dijo Mason— que tenga que hablar con su representante, si puede decirme quién es.

—Tengo varios abogados —dijo Tidings, evasivamente.

—¿Puede usted decirme qué abogado se encargará de este caso particular?

—Ninguno de ellos —dijo Tidings—. No vale la pena. Pero una cosa voy a decirle, Mason: Si esa mujer no cesa en su campaña de venenosa difamación, la demandaré. Byrl es una buena muchacha. Nos llevamos bien, pero esa bruja trata de indisponernos con sus mentiras. La demandaré si no se reporta. Puede usted decírselo.

—Dígaselo usted, míster Tidings —replicó Mason—. Yo sólo le he llamado para anular una entrevista.

Tidings se echó a reír.

—Muy bien. Muy bien. No quise decir tanto, Mason, pero la irritación me sacó de mis casillas. Muy bien. Venga a verme cuando quiera. Su secretaria y la mía pueden ponerse de acuerdo. Adiós.

Mason dejó el teléfono, en su soporte, empujó hacia atrás el sillón, se puso en pie y empezó a pasear lentamente por el despacho.

Capítulo 3

Perry Mason estaba en el lecho, leyendo cuando sonó el teléfono. Estaba a punto de apagar la luz y la llamada le hizo fruncir el ceño, mientras descolgaba el receptor.

La voz de Della Street le saludó.

—Oiga, jefe. ¿Qué le ha parecido la prensa de la noche?

—No sé a qué se refiere usted.

—¿La leyó usted?

—Le eché un vistazo. ¿Por qué?

—Me ha llamado la atención que hayan nombrado revisores para examinar los libros del Elmer Hastings Memorial Hospital. Al parecer, un miembro de la familia Hastings ha hecho unas acusaciones por malversación de fondos. Ciertos contadores públicos han sido llamados para un examen preliminar de los libros. Los fondos iniciales están administrados por un grupo de tres fideicomisarios. Los miembros del grupo son: Albert Tidings, Robert Peltham y un tal Parker C. Stell.

Mason guardó silencio durante unos segundos. Luego dijo:

—Me parece que eso es a lo que se refirió Peltham cuando dijo que me enteraría por los periódicos de algo referente a él.

—Aún hay más —prosiguió Della Street, hablando apresuradamente—. No quería molestarle a usted por lo del periódico. Recordé la noticia y pensé guardarla hasta mañana, pero me disponía a acostarme y abrí la radio para escuchar la emisión de última hora. Entre un grupo de otras noticias dieron la de que a primera hora de esta noche la policía ha examinado un automóvil abandonado, descubriendo manchas de sangre en el almohadón del asiento. En el suelo, cerca de la palanca del freno, fue encontrado también un abrigo de hombre manchado de sangre, con un orificio de bala en el lado izquierdo del pecho. El coche estaba matriculado

a nombre de Albert Tidings, y un pañuelo encontrado en el bolsillo derecho del abrigo tenía sus iniciales y algunas manchas de lápiz de labios. Las primeras investigaciones demuestran que Tidings no había sido visto desde poco antes del mediodía, hora en que su secretario dice que salió sin decir a nadie a dónde iba.

Mason escuchó la información en silencio.

—Eso ya es algo —dijo—. ¿Algún detalle más?

—Al parecer eso era todo lo que se había averiguado cuando salió la edición. ¿Quiere que llame a Paul Drake y le diga que empiece a trabajar en el asunto?

—Mejor será que le llame yo mismo, Della —dijo Perry Mason.

—Parece que las cosas se complican —comentó la secretaria.

—Se enredan decididamente —convino jovialmente Mason.

—¿Puedo ayudarle en algo, jefe?

—No lo creo, Della. Tampoco creo que yo pueda hacer mucho. Después de todo, escucharemos lo que mistress Tump tenga que decir sobre el asunto y esto simplificará las cosas.

—A mí me parecen muy complicadas —observó la secretaria.

—Quizás en apariencia. Con los cargos hechos en relación con los fondos del Elmer Hastings Memorial Hospital, un tribunal querría obtener de Tidings un pequeño estado de cuentas del fideicomiso de Gailord. Tidings no querrá que le llevemos ahora ante los tribunales por ese asunto. Hará toda clase de concesiones..., es decir, si no estaba dentro del abrigo cuando lo atravesó el balazo. Si lo estaba, y desaparece de escena, estaremos en situación de que se nombre otro fideicomisario previo examen de cuentas del administrador de Tidings... Lo que me intriga es esa mancha de lápiz de labios en el pañuelo que llevaba en el bolsillo.

—¿Se vuelve usted puritano, jefe? —preguntó Della, burlona.

—Es que me pregunto si la muchacha a quien perteneció ese lápiz de labios, no tendrá en su bolso el trozo del billete de diez mil dólares... Acabaré por presentar un complejo por causa de ese billete, Della. Temo irme a dormir por miedo a soñar con una bruja que se transforma en una bella joven que me coloca bajo la nariz un trozo de billete de diez mil dólares.

—Más fácil es que sueñe usted con una bella joven que se transforma en una bruja... —dijo Della—. Llámeme si necesita algo, jefe.

—Llamaré. Gracias por su atención, Della. Buenas noches.

—Buenas noches, jefe.

Mason llamó a la Agencia de Detectives Drake.

—¿Está Paul Drake en algún sitio donde puedan ustedes ponerse en comunicación con él? —preguntó al operador de guardia en la centralita.

—Creo que sí, señor.

—Aquí Perry Mason. Estoy en mi departamento. Dígale que me llame tan pronto como llegue. Es importante.

—Muy bien, míster Mason. Lo tendremos al habla dentro de quince minutos.

Mason saltó del lecho, se puso un albornoz y unas pantuflas, encendió un cigarrillo y permaneció en taciturna concentración, con los pies muy separados y la mirada intensamente fija en la alfombra. De vez en cuando se llevaba el cigarrillo a los labios y aspiraba el humo lentamente.

El repiqueteo del teléfono le sacó de su abstracción. Descolgó el aparato y se dejó oír la gangosa voz de Paul Drake.

—Hola, Perry. Estaba dudando si llamarte esta noche o esperar hasta mañana por la mañana. Tengo algunos datos sobre Tidings.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—¡Oh, son detalles sueltos! —dijo Drake—. Algunos antecedentes, algunas habladurías y un poco de deducción.

—Venga lo que sea.

—Es casado. Se casó dos veces. La primera con una tal Marjorie Gailord, una viuda con una hija. Vivieron juntos cuatro o cinco años, y luego, Marjorie murió. Pasado algún tiempo, Tidings se casó con Nadine Holmes, actriz de veintiocho años, morena y bonita. Vivieron juntos unos seis meses. Ella le abandonó. Él más o menos públicamente, la acusó de infidelidad. Ella solicitó el divorcio alegando crueldad, y luego retiró repentinamente la demanda. Se rumorea que después de que los abogados de él dijeron a los de ella lo que se proponía sacar a relucir en el acto a la vista, la bella actriz decidió ser una buena chica; pero no volverá a vivir con él, ni él le concederá el divorcio. Debe de estar loco por ella.

»Tidings se dedica al corretaje, es director de un banco, y se dice que es hombre de posibles. Es uno de los fideicomisarios del Elmer Hastings Memorial Hospital, y Adelle Hastings lo aborrece. Han

tenido algunas diferencias, que culminaron cuando miss Hastings pidió una revisión de los libros del fideicomiso. Parece ser que tiene sospechas de ciertas irregularidades.

—¿Quién es ella? —preguntó Masón.

—Una nieta del primer Hastings —contestó Drake—. El capital de la familia disminuyó mucho con la depresión. La joven podría recoger algún dinero del que su abuelo esparció en obras de caridad. Pero es pobre y orgullosa, tiene en mucho el nombre de la familia, y su mayor orgullo es el hospital.

—¿Y no tiene bienes?

—Ninguno, excepto un buen palmito y mucho prestigio social. Trabaja como secretaria en no sé dónde, pero toda la aristocracia la reconoce como de la «élite» social. Trabaja durante la semana y los fines de semana los pasa en los yates de los millonarios o en sus casas de campo. Algunos de sus amigos han tratado de darle puestos bien remunerados, pero ella los rechaza porque no quiere deber nada al favor. Prefiere debérselo todo a sí misma.

—Bien, Paul —dijo Masón—. También yo tengo algo para ti. Son noticias de la Jefatura de Policía. Han encontrado el coche de Tidings estacionado en un lugar solitario, con manchas de sangre en el suelo y un orificio de bala en un abrigo. Al parecer, el abrigo pertenecía a Tidings y quizá lo llevase cuando lo atravesó la bala.

—¡Eso es algo! —exclamó Drake—. ¿Cómo te has enterado, Perry?

—Lo radiaron en la última emisión. Della me telefoneó hará unos minutos.

—En seguida pondré manos a la obra —dijo Drake—. ¿Quieres que haga alguna investigación sobre el asunto del coche?

—Limítate a ir a remolque de la policía —dijo Masón—. No te molestes en hacer nada por tu cuenta todavía. Reúne hechos e infórmame.

—¿Te llamaré más tarde?

—No. Me voy a dormir. Me sacaron muy temprano de la cama esta madrugada.

—Ya estoy enterado de eso —dijo Drake—. A propósito, Perry, aquel individuo que vigilaron mis muchachos por encargo tuyo, figura con Tidings entre los fideicomisarios del hospital... Supongo que lo sabrías.

—Sí.

—¿Significa algo?

—Así lo creo, pero no sé qué... todavía.

—¿Quieres que haga algo por ese lado?

—No me parece necesario, Paul. Todavía no sé dónde me encuentro. Recoge la información que puedas sin tomarte demasiado trabajo. No te ocupes en ello personalmente. Límitate a poner un buen sabueso y mañana comprobaremos las noticias que tenemos.

—Bien —dijo Drake.

—Tengo otra cosa que me interesa mucho, Paul —prosiguió Mason.

—Dispara.

—Es algo que hay que manejar con guantes de cabritilla. Necesito que me informes sobre el asunto lo más rápidamente posible.

—¿De qué se trata?

—De Robert Peltham. Pero él no debe nunca enterarse de que estoy haciendo esta investigación. Necesito saber quién es su dulce amor. Traté de telefonearle esta tarde. No estaba en casa y su secretaria dijo que no sabía cuándo volvería. Se expresó de un modo deliciosamente vago.

—¿No está casado ese Peltham? —preguntó Drake.

—No lo sé —contestó Mason—. Si lo está, me da el corazón que su mujer no es perfectamente su centro de atracción.

—Si está casado, tendrá sus devaneos amorosos bien en secreto —observó Drake—. Quizá tarde uno o dos días en darte alguna noticia sobre el asunto.

—Celebraría saberlo por la tarde antes de las dos —dijo Mason—. Mira a ver si te es posible, Paul. Esfuérzate.

—Bien, lo intentaré.

Mason colgó el teléfono, se tendió en la cama, cogió un libro, y trató de reanudar su lectura. Pero no podía encontrar interés en el libro ni, por otra parte, sentía ganas de dormir. Arrojó el libro al suelo, se sentó en un sillón junto a la ventana, fumó tres cigarrillos, luego apagó las luces y se metió en la cama. Todavía tardó una hora en quedarse dormido.

A las diez de la mañana, cuando llegó al despacho, los sucesos

iban acumulándose y creciendo en importancia como una gran bola de nieve que rueda montaña abajo.

Las investigaciones preliminares de los peritos contadores habían descubierto un gran déficit en los fondos del Elmer Hastings Memorial Hospital. No obstante, se vieron desconcertados por el hecho de que todas las matrices de cheques, los cheques cancelados y las cuentas de cheques, habían desaparecido. Por el resto de los libros y por los datos disponibles, se veía, no obstante, que habían sido distraídos de los fondos unos doscientos mil dólares y al parecer esta suma no estaba reflejada en el haber ni en los asientos de gastos justificados. En vista del hecho de que los fideicomisarios tenían la facultad discrecional de vender acciones y obligaciones u otros valores y de reinvertir el producto, los peritos hicieron constar que sería necesario seguir el rastro de los fondos distraídos a través de una complicada serie de transacciones con objeto de establecer el verdadero panorama económico.

A causa de que la extracción de fondos podía únicamente hacerse por cheques firmados por Albert Tidings y otro fideicomisario, parecían existir lo que los periódicos llamaban cautamente «complicaciones graves y de mucho alcance». La información del periódico mencionaba que Robert Peltham se encontraba fuera de la ciudad por asuntos de negocios. Sus oficinas no querían dar informe alguno de dónde se podría encontrar el arquitecto. Albert Tidings había desaparecido misteriosamente. La policía, que trabajaba activamente siguiendo la pista relacionada con el hallazgo del automóvil de Tidings, con las reveladoras manchas en el asiento delantero y el abrigo perforado por la bala, se esforzaba en averiguar a dónde había marchado Tidings después de abandonar su despacho. Pero se encontraban metidos en un callejón sin salida.

Parker C. Stell, el otro miembro del grupo de fideicomisarios, había conferenciado con los peritos contadores tan pronto como supo que la investigación estaba en curso. Inmediatamente había puesto sus libros de contabilidad a disposición de los peritos. Anunció que estaba profundamente impresionado y deseoso de prestar toda la ayuda posible. Dijo que había acudido de vez en cuando, a petición de Tidings. Admitió que, dentro de lo que él llamaba «límites razonables», había dejado casi todos los asuntos en

manos de Tidings, y firmar muchos de los pequeños cheques era considerado como detalle de mera formalidad, una vez que el nombre de Tidings aparecía en ellos. Los cheques más importantes, no obstante, eran cuidadosamente examinados..., al menos los que él había firmado con Tidings. Éstos representaban dinero pagado por los valores comprados con los fondos del fideicomiso. Los libros de contabilidad eran llevados exclusivamente por Tidings que de vez en cuando redactaba detallados informes respecto a la situación de los fondos.

Adelle Hastings no había elegido sus palabras para la descripción de los miembros del grupo que administraba el fideicomiso. A Albert Tidings le acusaba de despilfarro criminal, a Parker Stell de crédula ineficacia, y en cuanto a Robert Peltham, insistía que era honrado, recto y consciente y que Albert Tidings nunca se hubiera atrevido a someterle ningún cheque para que lo firmase de no estar completamente justificado y en toda regla.

Mason levantó la mirada del periódico para decir a Della Street:

—Bien, me parece que es esto a lo que se refería... Me extraña, no obstante, que se haya hecho público veinticuatro horas más tarde de lo que se anunció.

La secretaria asintió y preguntó, pasado un momento:

—Jefe, ¿no ha observado algo raro en todo lo que está pasando?

—¿Qué?

—La manera que tiene Adelle Hastings de defender a Robert Peltham. Según lo que sabemos, Tidings ha desaparecido. Ese abrigo manchado de sangre podría ser un pretexto para despistar a la policía. Peltham se ha metido entre bastidores. Parker Stell está todavía al alcance y hace cuanto puede. Sin embargo, Adelle le acusa de credulidad y de ineficacia.

—Continúe —animó Mason—. Lo está usted haciendo muy bien, Della. Si sigue usted extrayendo deducciones igualmente acertadas, no tendré que devanarme los sesos luchando con un montón de hechos confusos.

—Al parecer —prosiguió la secretaria—, miss Hastings posee alguna información concreta respecto a lo que estaba sucediendo, algo en que podría basar acusaciones determinadas.

Mason asintió.

—Ahora bien, según todos los indicios externos —prosiguió

Della—, Peltham está tan hundido en el barro como Tidings en el cieno, pero Adelle Hastings lo defiende. Parker Stell, a juzgar por el relato del periódico, es el único que se está portando lógica, razonable y varonilmente. Sin embargo, miss Hastings no duda en acusarle de ineficiencia.

—¿Opina usted —preguntó Mason— que Adelle Hastings obtuvo su información de lo que estaba sucediendo por mediación de Robert Peltham?

—Opino algo más que eso —contestó la secretaria—. Opino que Adelle Hastings tiene la otra mitad del billete de diez mil dólares que guardamos en la caja.

Mason se retrepó en su sillón.

—Ahora ha dicho usted algo —rió.

—Bueno —prosiguió Della—, esto no son más que conjeturas, pero no me puedo figurar a miss Hastings sobre otra base. Como mujer que juzga a otra mujer, yo diría que está enamorada de Peltham. Por lo menos tiene fe en él, que no está completamente justificada por las circunstancias, y se esfuerza por hacer pública esa fe.

»El resto está de acuerdo con esa hipótesis. Figúrese lo que sucedería si apareciese que Peltham, como uno de los fideicomisarios, hubiese vivido en subrepticia intimidad con Adelle Hastings.

—Pero, ¿por qué subrepticia? —preguntó Mason—. ¿Por qué no pudo cortejar a la muchacha o casarse con ella..., suponiendo que no fuese ya casado?

—Probablemente a causa de cosas que descubriremos más adelante —dijo Della—. Desde ahora apuesto lo que usted quiera a que esa miss Hastings es la que tiene la otra mitad de su billete de diez mil dólares.

Mason se disponía a encender un cigarrillo cuando llamó Drake a la puerta que comunicaba el despacho particular con el pasillo.

—Debe ser Paul, Della —dijo Mason—. Háglele pasar... ¡Por San Jorge, que cuanto más pienso en ella más creo que tiene usted razón! Eso, naturalmente, significaba que no habría objeción por parte de Peltham a que nos ocupásemos del caso Gailord... Pero tengo ciertas ideas acerca de mistress Tump.

—¿Qué clase de ideas? —preguntó la secretaria, abriendo la

puerta a Paul Drake.

—Se lo diré a usted después —contestó Mason—. Hola, Paul.

Paul Drake era alto y lánguido. Hablaba arrastrando las palabras, caminaba con pasos largos y lentos. Era más delgado que Mason, rara vez se mantenía perfectamente recto, pues tenía la costumbre de apoyarse en una mesa o en un fichero, o bien se sentaba lánguidamente en el brazo de un sillón. Daba la impresión de tener pocas energías que derrochar y que deseaba conservar las que tenía.

—Hola Perry; hola, Della —saludó Drake, y se dirigió al gran sillón de cuero. Allí se dejó caer, con un gran suspiro, en el profundo almohadón, y pasado un momento levantó los pies y giró sobre sí mismo de manera que su espalda quedó apoyada en uno de los brazos del sillón, mientras sus rodillas cabalgaban sobre el otro —. Bien, Perry —continuó—; tengo algo para ti.

—¿De qué se trata ahora? —preguntó Mason.

—¿Te agradaría saber la vida amorosa de Tidings?

Mason lanzó una mirada a Della Street.

—¿Como pista de algo? —preguntó.

—Quizá como pista del mismo Tidings. Si ha desaparecido, creo que puedes poner el dedo sobre la persona que lo vio por última vez.

Mason se irguió en el asiento y empezó a tamborilear nerviosamente con las puntas de los dedos en el borde de la mesa.

—¿Qué es lo que has averiguado? —preguntó.

—Tidings dijo hace tres días a un amigo íntimo que se proponía poner una trampa a su mujer. Iba a introducirse en su casa para inducirla a arrojarle violentamente. Le parecía que había un aspecto legal en ello que le daría cierta ventaja. Su mujer pensaba demandarle por abandono. Él se proponía trasladarse a su domicilio antes de que termine el año. Pero tengo la corazonada de que Tidings estuvo allí el martes, después de abandonar el despacho. ¿Quieres que lo averigüe?

—También lo sospecho yo —dijo Mason—. Della, llame a Byrl Gailord por teléfono. Si he de ocuparme de este asunto, mejor será que sepa exactamente dónde me encuentro.

—¿Qué tiene que ver esa miss Gailord con lo nuestro? —preguntó Drake, mientras Della Street salía silenciosamente del

despacho.

—Es una larga historia —dijo Mason—. En apariencia, esa muchacha es hija de la primera mujer de Tidings. Pero en realidad no lo es. Hay una cuestión de adopción mezclada en el asunto... ¿Qué más noticias, Paul?

—Oh, un montón de cosas rutinarias y sin importancia. No pude descubrir nada sobre la amiguita de Peltham.

—¿Está casado?

—No. Es solterón; se ocupa en muchos negocios, es algo austero, casi escéptico, y sus amigos le describen como una máquina razonadora y fría... ¿Estás seguro de que tiene un amor, Perry?

Mason se echó a reír.

—Tú eres el que tiene que informarme —dijo—. Yo soy un abogado que recibió las confidencias de un cliente..., y no puedo traicionarle.

Della Street abrió la puerta de su despacho de secretaria, sosteniendo un teléfono en la mano.

—Aquí está, jefe —anunció.

Mason recogió el teléfono de su mesa.

—Oiga. ¿Miss Gailord?

Una voz rica y bien modulada, contestó:

—Buenos días, míster Mason. Gracias por llamarme. Creo que tengo una cita con usted para las dos de la tarde.

—Cierto —contestó Mason—. Entretanto, los acontecimientos se están precipitando con alguna rapidez. Supongo que habrá usted leído los periódicos.

—Sí. ¿Qué significado atribuye usted a la noticia que publican?

—No lo sé —contestó Mason—. Pero tengo una buena pista y voy a investigar ahora. La única información que tengo por el momento es la contenida en el relato del periódico... Supongo que estará usted enterada de lo que mistress Tump ha hecho en su nombre.

—Sí.

—¿Y cuenta con su aprobación?

—Sí, naturalmente.

—¿Desea usted que la represente?

—Ciertamente. Mistress Tump actúa en mi nombre.

—¿Conoce usted a míster Peltham?

La voz titubeo un momento.

—Es amigo de mistress Tump —dijo al fin—. Creo que es el que la envió a usted.

—Eso me dijo. Supongo que estará usted bien relacionada con míster Tidings.

—Sí, por supuesto.

—¿Cómo se llevan ustedes?

—Siempre fuimos buenos amigos. Nunca se me ocurrió dudar de él hasta que empecé a echar cuentas recientemente. Traté de averiguar mi situación, y tío Albert (siempre lo he llamado así) se puso furioso. Dijo que mistress Tump me estaba envenenando la imaginación, que trataba de administrar mis bienes..., pero no es así. Tengo absoluta confianza en mistress Tump. Sé algunas cosas que ni siquiera puedo decirle a usted, míster Mason, pero le he dado poderes para que actúe en mi nombre en todos los aspectos.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es lo que quería saber. Entonces, la veré a usted a las dos.

Colgó el receptor y dijo a Della:

—Llame al *Journal* por teléfono, Della. Veamos si ha habido contestación a mi anuncio.

Della Street asintió, hizo la llamada y unos momentos después comunicó a Mason que el periódico estaba al habla.

—Aquí, Perry Mason —dijo el abogado—. Puse en su periódico un anuncio personal para la edición de mañana. Quisiera saber si ha habido contestación.

—Un momento. Voy a consultar en el departamento de anuncios clasificados.

Mason oyó unos pasos que se alejaban del teléfono y que regresaban unos momentos después. La voz del hombre dijo:

—Sí, míster Mason. Una joven dejó la respuesta en la ventanilla, hará cosa de una hora. Dice simplemente: «Bien. Adelante, R. P.» y lleva como encabezamiento: «Respuesta a M.», que supongo que significará su nombre... Como vamos a publicar su anuncio en la edición de mañana, no hay razón para mantenerlo confidencial.

—Muchísimas gracias —dijo Mason, colgó el auricular e hizo un gesto a Paul Drake—. Ahora, Paul —dijo—. Vamos a visitar a la casquivana esposa.

Capítulo 4

Mason metió la «segunda» al iniciarse la cuesta. La carretera se retorció hacia arriba, serpenteando y dando vueltas y revueltas en torno a las escarpadas laderas de una de esas típicas montañas del sur de California. La subdivisión del terreno era relativamente moderna, y había muchos solares vacantes, algunos con un cartelón rojo en el que se leía la palabra «Vendido».

Aquí y allá se veían *bungalows* diseminados, todos nuevecitos. Cerca de lo alto de la cuesta, donde un cerro ofrecía lugares apropiados para edificar, se apiñaban media docena de casitas.

—Debe ser una de éstas —dijo Drake.

Mason miró los números de las casas y dijo:

—Probablemente la última de la fila... Sí, aquí es.

El *bungalow* tenía la fachada al sur y al oeste. Sobre él, por occidente, descollaban las laderas de la montaña, cubiertas de espesos chaparrales. Abajo, hacia el este, se extendía la ciudad, toda destellos, con los blancos edificios reflejando en el sol cegador, gemas inmaculadas de intensa blancura bajo las pinceladas rojas de los tejados.

Mason contempló el edificio antes de decidirse a oprimir el timbre. Poco más allá de la casa, la carretera, aprovechando un pequeño ensanchamiento en la ladera, terminaba en una gran rotonda, donde podían dar la vuelta los coches. Calentaba el sol, y el aire era embalsamado. El cielo era azul, formando una bóveda sin nubes. Destellaban a lo lejos las crestas de las montañas, con una capa de blanca nieve suspendida sobre el azul pastel de las distintas laderas.

—Las cortinas están echadas —observó Mason—. No parece que haya nadie en la casa.

Mason avanzó por la estrecha faja de cemento que conducía al

porche y oprimió el pulgar contra el botón del timbre. Los dos pudieron oír el repiqueteo de la campanilla en las profundidades de la casa, pero ni el menor ruido que significase una respuesta. Había en aquel lugar ese silencio de muerte, indicador de una casa desalquilada.

—Podríamos probar por una puerta trasera —sugirió Drake.

Mason movió la cabeza, oprimió el botón una vez más y dijo:

—No sé por qué me parece... Espera un momento, Paul. ¿Qué es esto?

Drake siguió la dirección de su mirada. Justamente debajo del umbral había una mancha dentada e irregular de un rojo castaño.

—Allí hay otra, Paul —añadió Mason apartando los pies.

—Y otra detrás de ésta —dijo Drake.

—Todas dentro de unas dieciocho pulgadas del umbral —observó Mason—. Parece como si algún herido hubiese entrado en la casa, o cómo si hubiese caído. Durante el corto trayecto debió de perder una buena cantidad de sangre.

Mason empujó la puerta de hule, examinó la de entrada y añadió.

—No está muy bien cerrada, Paul.

—No metamos las narices, por si acaso.

Mason se inclinó para examinar las manchas de sangre.

—Deben de llevar aquí algún tiempo —anunció—. Quizás el sol dé aquí a última hora de la tarde. Están muy secas.

Levantó la mirada para determinar el curso de las sombras. El porche se componía de un enlosado de cemento con un techo que sobresalía no más allá de tres pies del muro, y proporcionando una raquítica protección a la puerta y formando un tejadillo que era realmente más ornamental que útil.

—¿Qué hacemos, Perry? —preguntó el detective.

Por vía de contestación, Mason golpeó la puerta, empujando al mismo tiempo los paneles con la rodilla.

La puerta giró lentamente.

—Ya lo has visto —dijo Mason—. Eres testigo de lo que ha sucedido. Llamamos a la puerta y la misma fuerza de los golpes la abrió.

—Bien —dijo Drake—, pero no me gusta nada esto. Y ahora, ¿qué?

Mason dio un paso hacia el interior.

—¿Hay alguien en la casa? —preguntó a voces.

Era un *bungalow* típico, con amplias ventanas, radiadores de gas, un medio arco ornamental que daba paso a un comedor, una puerta giratoria, que evidentemente comunicaba con la cocina. Por el lado del saloncillo había dos puertas que correspondían, al parecer, a sendos dormitorios.

La casa tenía el ambiente de los lugares en que se vive. Había revistas en una mesa de mimbre en el centro del saloncito, un cómodo sillón cerca de la mesa y una lámpara de pie a su lado. Un *magazine* yacía boca abajo y abierto sobre la mesa de mimbre. Mason fijó la mirada en el suelo, en el que había alfombras navajo.

Señaló una mancha roja en una de las alfombras. Unas cuantas pulgadas más allá había otra. Luego se veía un reguero de bordes irregulares en el suelo y otra serie de manchas espaciadas en la alfombra más próxima a la puerta del dormitorio de la izquierda.

Mason siguió el rastro que conducía directamente hasta la cerrada puerta del dormitorio.

Drake le contuvo.

—¿Vas a entrar?

Por toda contestación, Mason hizo girar el tirador y abrió la puerta.

Una bocanada de aire caliente y fétido hirió su olfato. Era aire exhausto de oxígeno de una habitación herméticamente cerrada, en el que había sido generado gas caliente, y era una atmósfera que producía una sugestión de fetidez y muerte.

Bastó una sola mirada a la figura tendida en el lecho para confirmar el mensaje de aquel aire letal.

Mason se volvió a Paul Drake.

—Llama a la Brigada de Homicidios, Paul. Ahí hay un teléfono.

El detective giró para acercarse al aparato.

Mason penetró en la habitación y paseó por ella una rápida mirada.

Aparentemente, era el dormitorio de una mujer. Había tarros de crema y frascos de lociones sobre el tocador. El lecho carecía de cobertor. La manta de encima estaba empapada de sangre, que se había secado en rígidas manchas circulares debajo del cadáver.

El cadáver estaba vestido con un traje gris y tenía la americana

desabrochada. La sanare había corrido por los pantalones para secarse en siniestras incrustaciones. El cadáver no tenía zapatos. Unos calcetines de seda, de color gris, que armonizaban con los pantalones, cubrían los pies. El hombre yacía boca arriba. Tenía los párpados medio cerrados sobre los ojos vidriosos. La mandíbula aparecía hundida, y el interior de la boca, parcialmente abierta, tenía un color púrpura grisáceo. En torno a los labios había un reborde escarlata, que parecía débil rastro de un lápiz de labios, rastro que apenas habría sido perceptible en vida, pero que destacaba extrañamente sobre la pálida piel del cadáver.

El radiador de gas funcionaba a toda marcha. Las ventanas estaban herméticamente cerradas y las persianas echadas. En alguna parte de la habitación un moscardón zumbaba ruidosamente.

Mason se dejó caer sobre una rodilla, miró debajo de la Cama y no vio nada. Abrió la puerta de un ropero. Estaba lleno de prendas femeninas. Examinó el cuarto de baño. Estaba imaculado, salvo unas manchas rojizas a un lado del lavabo. Una toalla tirada en el suelo estaba empapada de sangre seca. Mason abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio inmediato. Era evidente que lo utilizaban como cuarto de reserva para huéspedes. No había señales de que hubiera sido ocupado recientemente.

Mason volvió sobre sus pasos y se reunió con Paul Drake en el momento en que éste colgaba el receptor.

—¿Tidings? —preguntó Drake.

—No lo sé. Probablemente —contestó Mason.

—¿Le registraste la ropa?

—No.

Drake lanzó un suspiro de alivio.

—Celebro que reveles cierto juicio. Por Dios, Perry, cierra esa puerta... Abramos unas ventanas primero.

—No, salgamos —dijo Mason—. Dejaremos aquí las cosas como estaban cuando entramos.

—Hemos dejado huellas digitales en varios sitios —observó Drake—. Los chicos de la Brigada de Homicidios nos van a... —Se interrumpió para escuchar—. Viene un coche —dijo.

Un coche pasó a toda velocidad por delante de la casa, giró en la explanada del final de la carretera, retrocedió y se detuvo.

Drake, que estaba próximo a la ventana de delante, apartó la

cortina una pulgada y dijo:

—*Coupé*. Una mujer al volante... Ahora salta. Bonitas piernas... Un maletín de noche, abrigo pardo, cuello de piel de zorro. Ahí viene. ¿Qué hacemos, Perry? ¿Contestamos a la llamada del timbre?

—Cierra esa puerta con el pie, Paul —dijo Mason—. Creo que tiene pestillo de muelle. Trata de retener el número de la matrícula del coche.

—Ahora no lo puedo ver bien —dijo Drake—. El coche se ha detenido enfrente mismo de la casa. Si se va, lo anotaré.

—Estate quieto y cállate —ordenó Mason.

Oyeron el taconeo de la mujer en el cemento y el ruido de la puerta vidriera al abrirse. Esperaron que sonase el timbre, pero en su lugar se oyó el roce de una llave contra la plancha de metal de la cerradura. Luego retrocedió el pestillo y entró una mujer en la habitación. Por un momento sus ojos, mientras se adaptaban a la tenue iluminación del interior, no se dieron cuenta de la presencia de los hombres. La mujer se dirigió directamente al dormitorio, pero de pronto se detuvo. Sus ojos se dilataron al ver a Mason. El bolso y el abrigo se desprendieron de sus hombros sin nervios. Se volvió y empezó a caminar hacia la puerta. Un llavero cayó con ruido apagado sobre el piso de madera.

Drake se apartó de la ventana para colocarse entre la mujer y la puerta.

La mujer lanzó un grito.

—Sostenla —dijo Mason.

La mujer giró al oír el sonido de su voz y le miró cara a cara. Permaneció así, fija, un momento, luego dijo simplemente:

—¡Oh!

—Soy un abogado —dijo Mason—. Este hombre es un detective. En otras palabras, que no somos ladrones. ¿Quién es usted?

—¿Cómo... cómo entraron ustedes?

—Andando —contestó Mason—. La puerta estaba sin cerrar y ligeramente entornada.

—Estaba cerrada cuando yo... cuando yo...

Se le atragantó la voz en la garganta, se echó a reír nerviosamente y añadió:

—Me han dado ustedes un susto tremendo. ¿Qué significa todo esto?

Tenía veintitantos años, cerca de treinta; era una atractiva trigueña con vistosas ropas que realzaban su figura, y las llevaba con un aire *chic* individual. Se veía que acababa de retocarse la cara, y el rojo naranja se destacaba claramente sobre el blanco de su piel.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Mason.

—Sí.

—Entonces usted es...

—Mistress Tidings.

—¿Vive su marido aquí?

—No sé por qué hace usted tantas preguntas. ¿Qué busca? ¿Con qué derecho ha allanado esta casa?

—No la hemos allanado —explicó Drake—. Hemos...

—Hemos entrado y nada más —aseguró Mason, apartando a Drake de la conversación—. Creo que le conviene contestar a esta pregunta. ¿Vive su marido aquí?

—No. Estamos separados.

—¿No arreglaron ustedes sus diferencias recientemente?

—No.

—¿No hubo negociaciones que tendían hacia ese fin?

—No —contestó la mujer, y luego añadió con un tono de desafío en la voz—: Caso de que eso sea asunto suyo, que no lo es.

El color iba volviendo a sus mejillas y sus ojos lanzaban destellos de rencor.

—Creo que hará usted mejor en sentarse y tomarlo con calma unos instantes, mistress Tidings —dijo Mason—. Las autoridades están a punto de llegar.

—¿Qué tienen que hacer las autoridades aquí?

—La visita será debida a algo que encontramos en el dormitorio. Mason señaló las diferentes manchas de sangre en el suelo.

—¿Qué es eso? ¿Tinta? —preguntó la joven—. ¿Quién la ha echado? ¡Oh, Dios mío...!

Dio un paso hacia delante, se detuvo a contemplar las manchas y luego se llevó la enguantada mano a la boca. Sus dientes mordieron firmes en la negra piel que se tensaba sobre los nudillos.

—Tranquilícese —dijo Mason.

—¿Quién... quién?

—No lo sabemos todavía. Creo que debe usted prepararse para

una gran emoción. Creo que es alguien que usted conoce.

—No... no... ¡Oh, Dios mío, no puede ser...!

—Su marido —concluyó Mason.

—¡Mi marido! —exclamó la mujer; y había en su voz incredulidad y algo que podría interpretarse como satisfacción. De pronto volvió a tener acentos de pánico—. Quiere usted decir que él pudo haber hecho... que él...

—Creo que el cadáver es el de su marido.

La mujer lanzó una exclamación medio ahogada y avanzó rápidamente hacia la puerta del dormitorio. Mason la sujetó por un brazo.

—No haga eso —dijo.

—¿Por qué no? Debo averiguar...

—Lo averiguará usted más tarde. Ahora es preciso no borrar las huellas digitales que pudieran haber en el tirador de la puerta.

—Pero yo tengo derecho a saber. ¿No comprende usted que yo...?

—Deje de mirar el asunto desde su punto de vista —interrumpió el abogado—. Figúreselo desde el punto de vista de la policía. Reflexione un poco.

Ella se le quedó mirando en silencio durante unos segundos. Luego cruzó la habitación y fue a sentarse en el diván.

—¿Qué sucedió? —preguntó.

—Al parecer, le pegaron un tiro.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Ayer por la mañana estaba en su despacho. Hablé con él por teléfono. Debió de salir por aquí poco después... ¿Sabe usted algo de eso?

—Nada —contestó la joven—. He estado ausente desde el lunes por la tarde.

—¿Puedo preguntar a qué hora del lunes?

—¿Por qué?

Mason sonrió.

—La policía le hará esas preguntas. Después de todo, ésta es su casa. Yo pensé que quizá podría ayudarla un poco dándole la oportunidad de fijar sus pensamientos antes de que llegue la policía.

—Es usted muy amable —contestó la joven—. ¿No se trata de un suicidio?

—No lo sé —contestó Mason—. No he hecho ninguna investigación.

—¿Y este detective?

—Es un detective particular, empleado por mí.

—¿Por qué vinieron ustedes aquí?

—Pensamos que míster Tidings podría haber venido a esta casa cuando abandonó su despacho el martes. ¿Le vio usted después?

—No. No nos llevábamos muy bien y nos veíamos pocas veces.

—¿Tendría usted inconveniente en decirme adonde fue usted el lunes por la tarde? —preguntó Mason.

—Estuve viajando en auto casi toda la noche. Me sentía trastornada.

—¿Y adonde se dirigió usted?

—A casa de una amiga. Pasé un par de días con ella.

—No se llevó usted mucho equipaje, por lo que veo —observó Mason.

—No. Decidí el viaje en el último momento. Estaba... estaba disgustadísima por cosas mías.

—¿Dónde vive su amiga?

—En Reno.

—¿Y llegó usted a Reno el lunes?

—Bueno, al amanecer del martes. Me sentí mucho más tranquila después del viaje.

—¿Hasta cuándo estuvo usted allí?

—Hasta anoche a última hora. Salí a eso de las diez.

—¿Dónde se alojó usted anoche?

La joven se echó a reír nerviosa y movió la cabeza.

—Viajo de un modo muy particular. Cuando quiero ir a algún sitio me pongo a conducir y cuando me da sueño, aparto el coche a un lado de la carretera y duermo unos diez minutos. Luego me pongo en marcha otra vez. Prefiero conducir durante la noche. Me desagrada el reflejo del sol sobre el pavimento de los caminos.

—¿Durmió usted algo la pasada noche?

—Sí; di de vez en cuando unas cabezadas a lo largo de la carretera.

—La policía —dijo Mason— querrá, probablemente, comprobar muy cuidadosamente su tiempo. Si usted puede darles todos los detalles que necesiten el asunto se presentará mucho más fácil para

usted. Se lo digo como amigo. Aquí está la policía.

Chilló una sirena en la cuesta. Un coche-radio de la policía terminó la ascensión, recorrió veloz la parte llana del camino y se detuvo junto a la acera. Un policía saltó del coche y se encaminó a largos pasos a la casa.

Drake abrió la puerta.

El policía miró a Drake y empujó con un pie.

—¿Cuál de ustedes telefoneó a la Brigada de Homicidios? —preguntó.

—Yo —contestó Drake—. Soy un detective particular.

—¿Se llama usted Drake?

—Sí.

—¿Tiene una tarjeta?

Drake le entregó una tarjeta.

—¿Quiénes son esa mujer y ese otro individuo? —preguntó el policía.

—La señora es mistress Tidings. Se presentó poco después de telefonar yo a la Jefatura.

El policía la miró con desconfianza.

—Acabo de llegar de Reno —explicó la mujer—. Vine en auto.

—¿Cuándo salió usted de allí?

—Anoche.

—Esta señora vive aquí —explicó Mason—. Ésta es su casa. Ha estado pasando un par de días en Reno con una amiga.

—Comprendo. ¿Quién es usted? Oh, ya le reconozco. Usted es Perry Mason, el abogado. ¿Qué hace usted aquí?

—Vinimos a ver a míster Tidings.

—¿Lo encontraron?

—Creo que es el que está muerto en la habitación de al lado.

—Me parece que dijo usted que esta mujer vino después que ustedes.

—Así fue.

—Entonces, ¿cómo entraron ustedes?

—La puerta estaba ligeramente entornada —contestó Mason.

—Bien; los de la brigada estarán aquí dentro de unos minutos. La radio nos ordenó que cuidásemos las cosas hasta que lleguen ellos. ¿No habrán ustedes tocado nada?

—No, nada importante.

—¿Tiradores de las puertas y cosas por el estilo?

—Quizá.

El policía frunció el ceño.

—Vamos —dijo—; salgan. Hace un día muy agradable. Pueden ustedes esperar fuera tan bien como dentro. Es preciso no dejar más huellas digitales por aquí... ¿No tocaron el cadáver? ¿No tocaron los muebles?

—No.

—¿Le registraron la ropa?

—No.

—¿En dónde está?

—En ese dormitorio.

—Bueno. Salgan. ¿Qué es esto...? ¿Sangre en el suelo?

—Esto es lo que nos condujo al descubrimiento del cadáver —dijo Mason—. En seguida nos dimos cuenta de esas manchas de sangre. Fíjese que van desde el umbral exterior hasta la puerta del dormitorio.

—Bueno. Salgan. Echaré un vistazo a ese dormitorio.

El policía abrió la puerta, se asomó al interior y luego retrocedió y volvió a cerrar.

—Hay razones para creer —dijo Mason— que el cadáver es el de Albert Tidings, esposo de esta señora. ¿No sería conveniente hacer que lo identificase?

—Podrá hacerlo cuando lleguen los de la brigada —dijo el policía—. Yo tengo que limitarme a impedir que se toque nada. Salgan. Los llamaré si necesito algo.

Mason abrió la marcha hacia el aire libre, templado por el sol. El policía los siguió hasta la puerta y llamó a su compañero, que estaba sentado al volante del coche.

—No los pierdas de vista, Jack —dijo—. Ahí dentro hay un «fiambre». Es un trabajillo para los de la brigada.

El policía volvió a meterse en la casa y cerró la puerta de golpe.

Mason ofreció a mistress Tidings un cigarrillo, que ella aceptó agradecida. Drake lo rechazó con un movimiento de cabeza. Mason se colocó uno entre los labios y rascó una cerilla. Mientras acercaba la llama al cigarrillo de mistress Tidings zumbó el motor de un coche que subía en segunda por la cuesta.

—Ahí están los de la brigada —dijo Mason.

El coche de la policía pasó raudo, dio la vuelta en la explanada y se detuvo junto a ellos. Saltaron unos hombres del vehículo. El conductor del coche-radio saltó del suyo e informó en voz baja. El otro policía apareció en la puerta de la casa.

—Entrad, muchachos —dijo.

El sargento Holcomb se dirigió a Mason.

—Hola, Mason.

—Buenos días, sargento.

—¿Cómo es que se encuentra usted aquí?

—Tenía algunos asuntos con Albert Tidings —explicó Mason— y se me ocurrió que podría encontrarle aquí.

—¿Lo encontró usted?

—Creo que es su cadáver —dijo Mason—. No sé por qué me parece que lleva aquí desde ayer por la tarde. La calefacción del gas está abierta y las ventanas y puertas herméticamente cerradas. Éstos son detalles que tendrá usted que tener en cuenta al determinar la hora de la muerte.

—¿Cuándo llegó usted aquí?

—Hará una media hora.

—¿No tenía usted razones para creer que encontraría un cadáver?

—No.

—¿Vio usted antes a Tidings?

—No.

—¿Habló usted con él por teléfono?

—Sí, llamé ayer a su despacho.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Diría que fue poco antes de las once.

—¿Qué dijo él?

—Teníamos proyectada una entrevista —dijo Mason—. Yo quería anularla y acordar otra para una fecha posterior.

—¿Tiene algún pleito?

—No precisamente.

—¿Qué asunto tenía usted con él?

Mason sonrió y movió la cabeza.

—Vamos —dijo el sargento—, suéltelo. Si vamos a aclarar un asesinato tenemos que saber los móviles. Si supiésemos algo de este asunto que usted quería discutir con él quizá sería una buena pista.

—Es posible que sí y es posible que no —dijo Mason.

El sargento Holcomb chasqueó los labios.

—Bueno —dijo—; no se vaya de aquí hasta que se lo diga... ¿Es ése su coche?

—Sí.

—¿A quién pertenece el otro?

—A mistress Tidings... Mistress Tidings, ¿puedo presentarle al sargento Holcomb?

El sargento Holcomb se quitó el sombrero.

—¿Qué era usted de él? —preguntó.

—Su mujer.

—¿Vivía con él?

—No. Estábamos separados.

—¿Divorciados?

—No, todavía no...

—¿Por qué no?

Ella enrojeció.

—Prefiero no hablar de eso.

—Tendrá usted que hacerlo tarde o temprano —refunfuñó el sargento—. No quiero meterme en asuntos particulares, pero no debe usted ocultar nada a la policía. No se aleje ahora de estos lugares. Voy a entrar en la casa un momento.

Los otros ya habían entrado y el sargento se les unió. Mason dejó caer su cigarrillo al cemento y lo aplastó con la suela del zapato.

—Como mera curiosidad, mistress Tidings —dijo—, ¿había estado su marido aquí antes?

—Una sola vez.

—¿En visita amistosa?

—En visita de negocios.

—¿Había alguna discusión de «alimentos» entre ustedes?

—No. Bueno, no era asunto serio. Lo de los «alimentos» era un detalle. Yo no le concedía gran importancia.

—¿Quería usted su libertad?

—¿Por qué me hace usted estas preguntas?

—Porque podría ayudar a mi cliente que yo supiese alguna de sus respuestas, y la policía se las va a hacer a usted de todos modos.

—¿Quién es su cliente? —preguntó ella.

—No estoy preparado para hacer ninguna declaración todavía — contestó Mason.

—¿Es esa señorita Gailord?

—¿Qué le hace a usted pensar que sea ella? —dijo Mason.

La joven le observó con los ojos entornados.

—Eso no es contestar a mi pregunta —dijo.

—Ni lo suyo contestar a la mía —replicó Mason.

El abogado avanzó hasta el bordillo de la acera y quedó así unos momentos pensativo. El conductor del coche-radio lo observaba atentamente. De pronto Mason se acercó a mistress Tidings.

—Parece usted una buena chica —le dijo.

—Gracias.

—¿No estará usted tratando, por casualidad, de burlarse de alguien?

—¿Por qué lo dice usted, míster Mason?

El sargento Holcomb abrió la puerta de la casa e hizo señas a mistress Tidings.

—Entre —le dijo.

Mason sacó la pitillera del bolsillo y eligió cuidadosamente otro cigarrillo.

—Cuidado con lo que hace —dijo él con voz baja, con la mirada vuelta hacia el distante horizonte—. Y si tiene usted algo que *decirme*, mejor será que me lo diga ahora.

Mistress Tidings movió la cabeza en rápido gesto de negación y se dirigió decidida hacia la casa.

Capítulo 5

Della Street esperaba a la puerta del despacho particular de Mason cuando éste apareció en el pasillo. Al verle, le hizo una seña para que entrase sin pasar por la salita de espera de su despacho.

—¿Me espera alguien, Della? —preguntó.

—Mistress Tump y Byrl Gailord.

—La cita no era hasta las dos —dijo Mason.

—Lo sé, pero están muy preocupadas por no sé qué asunto. Dicen que tienen que verle a usted inmediatamente.

—¡Y yo que quería llevarla a usted a merendar! —se lamentó Mason.

—Quise distraerlas —añadió Della—, pero no se quieren distraer. Ahí las tiene usted, mordiéndose las uñas y cuchicheando.

—¿Qué aspecto tiene la muchacha?

—No es precisamente lo que usted llamaría una belleza, pero tiene una buena figura y le sobra personalidad. Sus facciones no son perfectas, pero podría destacarse en un desfile de bañistas en cualquier parte. El pelo es oscuro, los ojos negros. Viene vestida con un traje claro, mueve mucho las manos cuando habla y parece llena de vida.

—Las veré ahora para terminar cuanto antes —dijo Mason—. Sabrá, Della, que allí nos encontramos con algo.

—¿Qué fue?

—Albert Tidings, lindamente perforado por una bala de revólver, probablemente del calibre treinta y ocho, y no se trata de suicidio, puesto que no había quemaduras de pólvora en las ropas, y la policía no ha podido encontrar el revólver fatal. El cadáver tenía en el bolsillo de la cadera un revólver de calibre treinta y dos. No había sido disparado y no fue, por consiguiente, el arma con que se cometió el crimen. Dos zapatos extraños: la policía no puede

encontrar los zapatos de Tidings y hay en la boca del cadáver rastros de colorete de labios.

—¿Cuándo descubrieron el cadáver?

—Fuimos nosotros quienes lo descubrimos.

—¿Ustedes?

—Lo que oye.

—¿Cree usted que Paul Drake sintió la corazonada de lo que iban a encontrar? —preguntó Della.

—Paul Drake le tiene ya demasiado miedo a esas corazonadas. La policía opina que encontramos demasiados cadáveres.

—¿Entró usted en la casa, jefe?

—Tuve que hacerlo. Y encontré que mistress Tidings estaba ausente. Se encontraba visitando a unos amigos en Reno y tuvimos que entrar sin su permiso.

—¿Qué clase de mujer es? —preguntó Della.

—¡Magnífica! —contestó Mason—. Se portó como un soldadito. Se mantuvo erguida y dijo a la policía tranquilamente que no quería a su marido, que él había hecho todo lo posible para hacerle difícil la vida, que ella quería divorciarse y que él ponía toda clase de obstáculos para que no lo consiguiera. Se expresó de un modo algo vago acerca de los métodos empleados por él, pero es evidente que Tidings no le tenía simpatía.

—¿No le parece, jefe, que eso hará aparecer a esa mujer lógicamente sospechosa? —preguntó Della.

—Eso es lo que opina la policía. Por de pronto van a comprobar su coartada. Holcomb telefoneó a Reno mientras yo estaba allí. Al parecer, no hay duda de que estuvo con los amigos que dijo... No obstante, yo tuve mi acostumbrado complejo.

—¿A qué se refiere usted?

—Di un golpe a ciegas —dijo Mason—, figurándome que ella pudiera tener la otra parte del billete de diez mil dólares.

—¿Con algún resultado?

—No. De todos modos, no podía ser nuestra dama desconocida. Abandonó la población el lunes por la tarde. Sus amigos dicen que llegó a Reno antes del amanecer. La policía de Reno está comprobándolo, pero parecía muy bien impresionada cuando habló por teléfono. Hasta Holcomb lo aceptó... Bueno, dejemos que entren mistress Tump y la señorita Gailord, y veamos cómo

reaccionan ante las novedades.

—No tendrá usted necesidad de representarles si Tidings ha muerto, ¿verdad, jefe?

—Probablemente no —contestó Mason—. El asunto es más apropiado para una compañía. Llevará mucho tiempo normalizar las cuentas.

—¿Quiere que las haga pasar ahora? —preguntó Della.

—Sí —contestó Mason, y cruzó la habitación hacia el lavabo. Llenó la taza de agua, y estaba secándose las manos en la toalla cuando Della introdujo a mistress Tump y a una atractiva y esbelta joven, cuya mirada recorrió la habitación en rápido examen y luego reveló su aprobación al posarse en Perry Mason.

—Te presento a míster Mason, Byrl —dijo mistress Tump, y añadió, dirigiéndose al abogado—: Byrl Gailord.

Mason percibió como el destello de unos labios rojos al abrirse para descubrir unos dientes deslumbradores, unos ojos de intensa negrura, y la mano de Byrl Gailord se encontró entre la suya mientras la joven sonreía a la cara.

—Siento mucho ser la causa de esta molestia —dijo—, pero cuando conté a mistress Tump lo que usted me había dicho por teléfono... de aquella pista que iba a investigar... bueno, no pudimos esperar más.

—Está muy bien —dijo Mason—. La pista no dio resultado. ¿No quieren ustedes sentarse?

—¿Qué fue? —preguntó mistress Tump—. ¿Qué ha averiguado usted?

Mason esperó hasta que estuvieron sentadas.

—Albert Tidings ha muerto —dijo—. Encontramos su cadáver tendido en una cama de un *bungalow* propiedad de su esposa. Dimos parte a la policía. Presentaba un balazo en el costado izquierdo. La policía no pudo encontrar el arma. Él llevaba una en el bolsillo, pero no había sido disparada y no es del mismo calibre. En la boca tenía unas débiles huellas de lápiz de labios.

Byrl Gailord dejó escapar una débil exclamación; mistress Tump miró a Mason con los ojos muy abiertos.

—¿Está seguro de que era él? —preguntó.

—Sí —contestó Mason—. Mistress Tidings lo identificó.

—¿El cadáver fue encontrado en su casa?

—Sí.

—¿Dónde estaba ella?

—Había estado en Reno. Dio la casualidad de que regresase hacia la hora en que nosotros descubrimos el cadáver.

—Celebro que no fuese suicidio —dijo Byrl Gailord—. Siempre había sentido el remordimiento de que nosotras... pudiéramos haberle empujado a él.

—Tonterías —dijo mistress Tump.

—Yo no habría dejado de pensarlo así —insistió Byrl Gailord—. Yo le quería mucho, aunque desconfiaba de él en algunos aspectos. Era de éstos que se permiten las mayores libertades, figurándose que después las cosas se van a arreglar de la mejor manera.

—Era un pillo —comentó mistress Tump—. Toda su historia lo demuestra.

—Personalmente, para mí era muy bondadoso —dijo Byrl mordiéndose los labios y esforzándose por retener las lágrimas.

—¡Claro que era bondadoso para ti! —dijo mistress Tump—. ¡Te estaba comiendo tu dinero! ¿Cómo no te iba a mimar? Tú eras Santa Claus para él.

—Las cuentas pueden estar embrolladas —dijo Byrl—, pero sus intenciones eran las mejores. Si hubiese hecho algunas malas inversiones habría tratado de poner remedio pues no creo que malversase deliberadamente mi dinero, pero me ofendía su actitud hacia usted.

Mistress Tump no dijo nada.

—¿Cuándo... cuándo ocurrió? —preguntó Byrl Gailord al fin.

—El martes, poco después del mediodía —contestó Mason—. El forense precipitó la autopsia del cadáver para poder determinar la hora exacta.

—¿Y qué consecuencias tendrá esto para Byrl? —preguntó mistress Tump.

—El tribunal designará otro fideicomiso —contestó Mason—. Habrá una revisión completa de las cuentas.

Mistress Tump se le quedó mirando fijamente.

—Muy bien, míster Mason... Hablemos de negocios... ¿Significaría esto que no necesitaremos sus servicios?

—Sí —contestó el abogado.

—No veo por qué —intervino Byrl Gailord.

—Porque ahora no puede hacer nada —dijo mistress Tump—. No hay necesidad de pagar a míster Mason honorario ninguno si no hay nada que pueda hacer.

—Tiene usted razón —convino Mason.

—Pero ¿no hay nada que pueda usted hacer? —preguntó Byrl Gailord—. ¿No hay alguna manera de que... de que se cuide usted de mis intereses?

—Puedo estar a la mira —dijo Mason—. Si descubro algo que justifique mi empleo, se lo comunicaré. El tribunal probablemente designará a algún Banco de Depósitos como fideicomisario. Las cuentas del fideicomiso tendrán que ser cuidadosamente examinadas.

—¿Puedo yo ser designada? —preguntó mistress Tump.

—Quizá —contestó Mason—, pero el tribunal se sentirá más inclinado a designar una compañía que tenga a su disposición facilidades de intervención en las cuentas.

—Yo serviría, sin compensación alguna, para reorganizar y ordenar la contabilidad.

—Tendremos que esperar algunos días para saber algo más —dijo Mason—. El tribunal quizá permita que miss Gailord nombre su apoderado.

—Yo designaría a mistress Tump, naturalmente —dijo Byrl Gailord.

Sonó el teléfono de la mesa de Mason.

—Perdóneme —dijo el abogado, cogiendo el receptor.

La voz de su empleada le dijo un instante después:

—El sargento Holcomb está aquí. Dice que tiene que verle a usted inmediatamente. Le acompaña un individuo.

Mason reflexionó un momento.

—¿Le dijo que estoy ocupado, Gertie?

—Sí.

—¿Le dio usted los nombres de mis clientes?

—No. Claro que no.

—Dígale que en seguida salgo —dijo Mason.

Colgó el receptor y se excusó ante sus clientes.

—El sargento Holcomb, de la Brigada de Homicidios, está ahí fuera —explicó—. Quiere verme inmediatamente. No tardaré. Excúsenme.

Y salió a la salita de espera, cerrando cuidadosamente detrás de él la puerta de su despacho particular.

—Vamos a algún sitio donde podamos hablar —dijo el sargento Holcomb.

—La biblioteca está libre —sugirió Mason, abriendo la puerta de la larga habitación con estantes repletos de libros.

El policía hizo un gesto al joven que le acompañaba.

—Muy bien, Mattern. Vamos —le dijo.

Mason levantó la mirada para examinar rápidamente al joven. Éste tendría unos veintitantos años y su cabeza parecía demasiado grande para su cuerpo. La abultada frente y los ojos ligeramente saltones le daban un aspecto de mochuelo intelectual, resaltado por unas grandes gafas de arcos oscuros.

—¿De qué se trata, sargento? —preguntó.

El sargento Holcomb señaló con un gesto al joven de las estrechas espaldas.

—Carl Mattern —dijo—. Secretario de Tidings.

Mason inclinó la cabeza en reconocimiento de la presentación. Mattern no dijo nada, parecía intensamente nervioso.

—¿Representa usted a Byrl Gailord? —preguntó el sargento Holcomb.

Mason titubeó un momento antes de contestar.

—En ciertos asuntos, sí.

—¿Cómo se llama la otra? —preguntó Holcomb a Mattern.

—Tump. Mistress A. E. Tump.

—¿La conoce usted? —preguntó Holcomb a Perry Mason.

—Sí.

—¿Es su cliente?

—No exactamente. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Mattern dice que usted llamó ayer y habló con Tidings acerca de una entrevista.

—Sí. Ya le dije a usted que hablé con él por teléfono.

—¿Esa entrevista era para discutir los asuntos de Byrl Gailord?

—En cierto modo, sí.

—¿Dónde podré encontrar a Byrl Gailord ahora? —preguntó el sargento.

—Esto es algo que no me creo obligado a contestar..., tal como está ahora el asunto —dijo Mason.

—¿Ni siquiera para ayudar a la justicia?

—Si desciende usted a la tierra y me dice lo que desea, quizá pueda ayudarle —repuso Mason.

—Estoy investigando ciertos móviles, eso es todo —dijo el sargento—. Mistress Tump y Byrl Gailord pusieron a Tidings en una mala situación. El lunes por la tarde trataron de verle, y Tidings se negó a hablar con ellas. Estuvieron dando vueltas por los alrededores de la oficina, esperando a que saliese. Tidings dijo que vería a miss Gailord, pero que le colgasen si se prestaba a hablar con mistress Tump, que era una bruja.

—¿Así que ella lo mató? —preguntó Mason con una sonrisa.

—¡Vaya usted al diablo! —exclamó Holcomb—. Ya sabe usted adónde voy, Mason. Quiero la verdad. Quiero enterarme de lo que ellas sabían de él y si lo acusaban de malversación de fondos. Después de todo, cuando un hombre muere asesinado, lo primero que hay que hacer es buscar a sus enemigos. Usted lo sabe tan bien como yo... Y en lo que respecta a este caso, una mujer pudo matarle tan bien como un hombre... Aquel lápiz de labios sugiere una mujer...

—No creo que mistress Tump lo use —dijo Mason con una sonrisa.

El sargento frunció el ceño y fue a decir algo, pero se detuvo al ver que la puerta que daba a la sala de espera se abría para dar paso a la cabeza de Gertie.

—Siento interrumpir —dijo la muchacha—. Hay alguien al teléfono que dice que tiene que hablar con el sargento Holcomb inmediatamente.

El sargento miró a su alrededor.

—¿Puedo hablar por este teléfono? —preguntó, indicando uno que había sobre una mesita cerca de la ventana.

—Le conectaré con usted —dijo Gertie, y desapareció, cerrando tras ella la puerta de la biblioteca.

El sargento cogió el aparato y empezó a hablar.

—Oiga... Muy bien... Oiga. ¿Quién es...? Perfectamente.

Carl Mattern dijo en voz baja a Mason:

—Esto me ha trastornado espantosamente. Estoy tan nervioso que apenas si acierto a reflexionar.

Mason clavó la mirada en los grandes y azulados ojos que le

contemplaban fijamente desde detrás de las gafas de aros de concha.

—Sí que debió ser una emoción —dijo—. Tuvo que...

Se interrumpió, pues el sargento Holcomb, mascullando un juramento, colgó el receptor de golpe, y sin la menor explicación dio dos grandes zancadas hacia la puerta que comunicaba con el despacho particular de Mason.

—Ahí no se puede entrar —dijo Mason.

El sargento prescindió de la observación, abrió la puerta y penetró en el despacho.

Las dos mujeres, entretenidas en una conferencia en voz baja, levantaron la cabeza sorprendidas.

Holcomb se volvió para enfrentarse con Mason.

—Conque las escondía usted, ¿verdad? Si no me hubiesen avisado de que se dirigían a su oficina, habría caído como un novato... Esta clase de faenas no le van a llevar a usted a ningún sitio bueno, Mason.

—Yo no tengo por qué informarle a usted cuando me visite un cliente —replicó Mason—. Estoy celebrando una conferencia con estas señoras.

—Pues ésa conferencia va a esperar hasta que yo haga unas cuantas preguntas —tronó el sargento—. Ustedes dos tenían algunas disensiones con Albert Tidings, ¿no es cierto, acaso?

Abigail Tump adoptó un tono indiferente.

—Ciertamente —dijo—; y el Hospital Hastings también se llevaba bastante mal con él. Míster Tidings era un pillo.

—¿Sabe usted que ha muerto? —preguntó el sargento Holcomb.

—Sí. Míster Mason me lo dijo.

—Muy bien. Vamos a otra cosa. Ustedes estuvieron en el despacho de Tidings el lunes por la tarde para tratar de verle. Él ordenó a su secretario que les dijese que hablaría con Byrl Gailord, pero que se negaba a hacerlo con usted. ¿Es cierto?

—Sí —dijo mistress Tump.

—Pero, ¿habló usted con él?

—Sí.

—¿Dónde?

—Esperamos fuera, en el despacho de estacionamiento, dónde él dejaba su auto. Byrl sabía dónde era. Nosotros estacionamos nuestro

coche junto al suyo.

—¿A qué hora hablaron ustedes con él?

—Poco después de que abandonase su despacho, a eso de las cuatro y media o cinco menos cuarto.

—¿El lunes?

—Sí, el lunes.

—¿Le dirigieron ustedes alguna amenaza?

Mistress Tump respiró ruidosamente y pareció ir a estallar de indignación.

—¿Que si le dirigimos alguna amenaza? —preguntó—. ¡Tiene gracia la pregunta! ¡Ya lo creo que le amenazamos! El me amenazó a mí con hacerme detener por insultos y difamación. Dijo que yo había envenenado la imaginación de Byrl contra él. Que en cuanto al fideicomiso, él gozaba de absoluta discreción sobre lo que tenía que dar a Gailord y cuándo, y que si yo seguía mezclándome en aquel asunto no daría a Byrl ni un cochino céntimo. ¿Le parece a usted que no había motivos para amenazarle?

—¿Y qué le dijo usted? —preguntó el sargento.

—Le dije que se iba a ver obligado a dar cuenta exacta de los fondos, y que Byrl conocía perfectamente sus manejos, que yo no era ninguna tonta y que iba a consultar con un abogado.

—Y después, ¿qué?

—Después —prosiguió la mujer— le dije que míster Perry Mason se encargaría del asunto y que iría a visitarle a las once de la mañana siguiente. Aquello pareció impresionarle. Murmuró algo que no pudimos oír, puso en marcha su coche y desapareció.

El sargento Holcomb miró interrogadoramente a Byrl Gailord.

—¿Estaba usted allí? —preguntó.

La joven hizo un gesto afirmativo.

—¿Está todo eso de acuerdo con su versión de lo que sucedió?

Byrl abatió la mirada un momento y quedó pensativa. Luego dijo en voz casi inaudible:

—No está de acuerdo del todo.

El sargento Holcomb se animó ante aquella afirmación.

—¿Qué encuentra usted inexacto? —preguntó.

—Tío Alberto..., es decir, míster Tidings —contestó la joven—, no era tan irritable y grosero como parece indicar mistress Tump.

—Sí que lo era —insistió indignada mistress Tump—. Era un mal

educado. Un...

—No creo que usted comprenda a tío Albert tan bien como yo —interrumpió Byrl Gailord—. Era excesivamente nervioso cuando tenía prisa, y entonces la llevaba.

—Sí que dijo algo acerca de una cita —admitió mistress Tump.

—¿Una cita? —preguntó con avidez el sargento—. ¿Con quién?

—No lo dijo —contestó mistress Tump.

—Con una señora —corrigió Byrl Gailord.

—Sí, es cierto. Dijo algo de que no podía hacer esperar a una dama —confirmó mistress Tump—, pero no dijo concretamente con quién era la cita.

—Bueno, no lo dijo con tantas palabras —aclaró Byrl—, pero yo adiviné que era con una mujer joven.

—¿Un compromiso particular? —preguntó el sargento.

Byrl retorció sus guantes.

—Personalmente —dijo—, creo que era una cita de negocios, y creo que era algo que le preocupaba muchísimo, algo que le tenía taciturno e irritable.

—Le estás dando mucha importancia, querida —dijo mistress Tump—. El tal Tidings era grosero, impertinente y... feo. Trataba, además, de ser insultante.

Byrl Gailord negó con un enérgico movimiento de cabeza y sostuvo la mirada del sargento Holcomb.

—Eso no es cierto, sargento —dijo—; mistress Tump no le conocía bien, eso es todo. Si investiga usted, averiguará que míster Tidings tenía una cita muy importante y por eso tenía prisa. Era una cita que significaba mucho para él en realidad, tanto personalmente como en el aspecto financiero.

—Eso está de acuerdo con lo que le dije a usted, sargento —dijo Carl Mattern en voz baja.

El sargento le miró torciendo el gesto.

—Usted dijo que Tidings sabía que estas mujeres rondaban por el lugar del estacionamiento.

—Lo creí así —se disculpó Mattern—. Él las vio dirigirse allí, pero yo le dije a usted que creía que míster Tidings tenía una cita importante. Esa cita era con una mujer. Estoy completamente seguro... Y creo que era para cuestión de negocios.

—¿Sabe usted qué negocios?

Mattern eligió cuidadosamente sus palabras.

—Era con una mujer que estaba en condiciones de inquietarle, de eso estoy seguro.

—¿No puede darme su nombre?

—No.

—¿Cuándo se presentó Tidings en su despacho el martes por la mañana?

—A eso de las nueve y media. Entre nueve y media y diez.

—¿Y no dijo nada de que acudió a una cita el lunes por la noche?

—No.

—¿No dijo nada de dónde había estado o a quién había visto?

—Ni una palabra.

—¿Puede usted decirme algo de su estado de ánimo, señor?

—Parecía muy tranquilo, un poco menos nervioso, pero pudo ser meramente una impresión mía.

El sargento volvió a dirigirse a mistress Tump.

—Vamos a ver, mistress Tump —dijo—. Usted volvió a las oficinas de Tidings el martes por la mañana, ¿no es cierto?

Mistress Tump se agitó intranquila en su asiento.

—Vamos, señora —apremió el sargento—. Conteste la pregunta.

—Sí, volví.

—¿Por qué?

—Verá. Me figuré... No sé. Quería darle una nueva oportunidad.

—Usted se figuró —interrumpió Holcomb— que la llamada de Mason le habría espantado, que la sola idea de que Perry Mason representaría a Byrl Gailord induciría a Tidings a acceder a algún arreglo y que usted pensaba verle para llegar personalmente a este arreglo y privar a Mason de sus honorarios de abogado, ¿no es cierto?

—¡No hice nada de eso! —saltó mistress Tump, indignada, pero su mirada rehuyó la de Mason y la del sargento Holcomb.

El sargento sonrió fríamente a Mason.

—¿Por qué quería usted verle? —preguntó a mistress Tump.

—Yo..., bueno, quería explicarle que..., bueno, quería decirle que míster Mason iba a representar a Byrl.

—¿Era la única información que quería usted darle?

—Sí.

El sargento Holcomb sonrió triunfalmente.

—Bien, dejemos eso. ¿A qué hora llegó usted allí?

Mistress Tump indicó a Mattern.

—Su secretario lo sabe. Era poco antes del mediodía si mal no recuerdo.

—¿Y Tidings no estaba en su despacho?

—El secretario dijo que no estaba.

—Pero usted no lo creyó.

—No del todo.

—¿Volvió usted al lugar del estacionamiento?

—Sí, miré por allí.

—¿Y luego fue usted al club de míster Tidings?

Hubo una marcada pausa antes de que mistress Tump se decidiese a contestar.

—Sí.

—Y preguntando, preguntando, acabó usted por averiguar dónde se encontraba míster Tidings —concluyó triunfalmente el sargento—. Le siguió usted entonces hasta la casa de su mujer, donde fue descubierto el cadáver, y allí tuvo usted su última conversación con él. ¿No es cierto, mistress Tump?

La mujer sostuvo su mirada en indignada negativa.

—Nada de eso es cierto —dijo—. Usted no tiene el menor derecho a hacer tales afirmaciones. Puedo querellarme por ello contra usted.

—¿Dónde estaba usted, mistress Tump?

—Pues... déjeme que recuerde... Estuve en mi peluquería. Tenía pedido turno para las doce y media.

El sargento frunció el ceño, pensativo.

—¿Dónde estaba usted, miss Gailord?

—Pues no lo sé... ¿Dice usted el martes...? Ah, ya recuerdo. Estuve comiendo con Coleman Reeger. Creo que le conocerá usted. El jugador de polo.

El sargento se aproximó al teléfono que había sobre la mesa de Mason, lo cogió y dijo:

—Póngame en comunicación con la Jefatura de Policía. Quiero hablar con el forense que practicó la autopsia de Albert Tidings. Espero aquí, al teléfono.

Permaneció con el receptor aplicado al oído.

—Ahora, míster Mason, puedo decirle algunas cosas que no tuve ocasión de decirle antes —dijo Mattern a Mason—. En lo que se refiere a los asuntos de miss Gailord, sé bastante. Lo último que hizo míster Tidings fue una operación ventajosísima para miss Gailord.

—¿En qué consistió?

—Vendió diez mil acciones de la Seabord Consolidated Freighters e invirtió el producto en «Western Prospecting». Poco antes de abandonar el despacho, me dijo que me cuidase de realizar el cheque a Loftus y Cale para que realizase la operación.

—¿De cuánto era el cheque? —preguntó Mason.

—De cincuenta mil dólares.

—¿Qué es la «Western Prospecting»? ¿Se cotizan sus acciones? —preguntó intrigada mistress Tump.

—No, mistress Tump. No está admitida en bolsa.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Mason.

—Es una compañía que empieza —explicó Mattern en tono confidencial—. Lo siento míster Mason, pero no puedo divulgar detalles. Lo que sí puedo decir es que míster Tidings hizo una investigación completa. Miss Gailord sacará un bonito beneficio de esta inversión.

—¿Por qué tantas precauciones? —preguntó Mason.

—Porque la información es altamente confidencial y ya sabe usted que no hay nada tan peligroso como que trasciendan los detalles de una operación. Yo no pienso decir nada de lo que hizo míster Tidings. La mencionaré meramente para demostrar que míster Tidings trabajaba en interés de miss Gailord. Dedicaba semanas enteras a estudiar la situación. Tenía un perito minero que le proporcionaba informes confidenciales sobre las pertenencias de la «Western Prospecting», y se tomó enorme interés para conseguir una información detallada y segura sobre *una* de sus pertenencias... una propiedad minera.

—No hay razón alguna —dijo Mason— para que usted no pueda dar a miss Gailord la información que tenga sobre esos valores.

—Usted es abogado, míster Mason, y yo no —repuso Mattern—. Yo no voy a equipararme a usted ni a discutir la Ley; pero presumo que los bienes de míster Tidings tendrán que ser administrados. El administrador tendrá un abogado. Yo confiaré mi información al

administrador y usted podrá hablar con el abogado del administrador... Creo que sabrá usted apreciar mi posición.

—¿A qué hora llevó usted el cheque al agente de bolsa?

—Poco antes de las once.

—¿El martes por la mañana? —preguntó Mason.

—Sí, señor. Salió con el cheque un poco después de que usted llamase.

—¿Y era un cheque personal, extendido por míster Tidings?

—No, señor. Era un cheque de cajero... La cantidad era algo elevada, y por ciertas razones, míster Tidings estaba deseoso de que se concluyese el asunto sin tener que esperar a conseguir un cheque personal. Él mismo obtuvo el lunes el cheque de cajero.

—¿Y lo llevó personalmente? —preguntó Mason.

—No, señor. Me envió a mí. Para eso estoy yo, para relevarle en trabajos de detalle de esta clase.

—¿Y cuándo abandonó Tidings su despacho?

—Al mismo tiempo que yo. Bajó en el ascensor conmigo.

—¿Y no le dijo a usted dónde podría encontrarle para informarle de la terminación de la transacción?

—No, señor. Míster Tidings me llamó por teléfono.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el sargento Holcomb, poniendo una mano sobre la embocadura del aparato.

—Yo diría que poco antes del mediodía.

—¿El martes por la mañana?

—Sí.

—¿Dijo desde dónde le llamaba? —preguntó Perry Mason.

—No, señor. No dijo nada.

—Entonces, lo último que sabemos de...

—Callen —dijo el sargento, disponiéndose a hablar por el teléfono—. Sí. Oiga. Aquí el sargento Holcomb, doctor. Necesito el resultado de Albert Tidings. Necesito saber exactamente cuándo murió... Sí, comprendo que no haya terminado su examen, pero habrá avanzado lo suficiente para anticiparme algo... Bien, ¿qué influencia pudo tener la temperatura de la habitación...? Comprendo... ¿Cómo? ¿Cómo es eso...? Espere un momento. Eso no está de acuerdo con los testimonios que tenemos... No pudo ser tan temprano... ¿A las diez o más tarde...? Tendrá usted que corregir eso en tres horas... Bien, siga trabajando... Claro que necesito los

hechos exactos, pero no quiero que se arme usted un lío, ni el departamento tampoco...

El sargento Holcomb colgó bruscamente el receptor en el soporte.

Mason hizo un gesto a Byrl Gailord, luego se volvió al sargento e inquirió cortésmente:

—¿Qué dijo el forense, sargento?

—No sabía nada —contestó el policía—. Todavía no ha terminado su examen. Estos doctores son un dolor en el pescuezo. Dejé recado de que se pusiesen a trabajar en cuando el cadáver llegase al departamento del forense, pero parece que lo llevan con calma.

Mason sonrió a mistress Tump.

—Bien, mistress Tump —dijo—, sospecho que no tendrá usted que probar la coartada para demostrar que no sacó usted a Tidings de su club, le pegó un tiro y que nos arrastró hasta la casa de mistress Tidings. El forense que practicó la autopsia acaba de decir al sargento Holcomb que el individuo lleva muerto desde las diez de la mañana del martes.

—Eso es dejar volar mucho la fantasía —refunfuñó el sargento.

Mason cogió el teléfono, y, cuando oyó la voz de Gertie, preguntó:

—¿Escuchó usted la conversación por este teléfono, Gertie?

—Sí, señor —contestó la empleada.

—Gracias. Nada más —dijo Mason.

Volvió el receptor a su soporte y sonrió ante el desconcierto del sargento.

—Esos doctores —dijo Holcomb— son una manada de zotes. ¿Cómo diablos puede uno trabajar en un caso con un atajo de nulidades que le atan a uno las manos?

—Yo sé que estaba vivo poco antes del mediodía —declaró Mattern—. Hablé con él por teléfono.

—Usted habló con alguien que dijo que era Tidings —corrigió Mason.

—Hablé con Tidings.

—¿Reconoció usted su voz?

—Bueno... me pareció en aquel momento.

—Las voces pueden imitarse, como usted sabe —dijo Mason.

—¿A qué hora exacta abandonó el despacho? —preguntó Holcomb.

—Si he de decir la verdad, sargento, no sé la hora exacta. Fue inmediatamente después de su conversación con míster Mason... a los pocos minutos de ella.

—¿Puede usted fijar la hora exacta de esa conversación? —preguntó el sargento a Mason.

—Podría reconstruirla —dijo exactamente Mason—, por los datos que pude reunir, pero ahora no puedo decirle la hora exacta.

—¿Por qué se muestra usted tan reservado, Mason? —preguntó el sargento con, tono irritado—. Sus clientes no tienen nada que temer... si mantienen sus coartadas. ¿Por qué no decirme cuándo tuvo lugar esa conversación *exactamente*?

Mason miró significativamente a Byrl Gailord.

—Creo —dijo— que hay una cuestión que tendré que investigar primero.

—¿Qué es?

—Los valores de la Western Prospecting Company.

—Yo puedo decirle a usted todo lo que se refiere a ese asunto, míster Mason —se ofreció Carl Mattern.

—No lo ha hecho usted hasta ahora —dijo Mason.

—Es una buena inversión...

—Prefiero hacer las investigaciones por mí mismo y sacar mis propias conclusiones.

—Bien, verá usted cómo se convence de que es una buena inversión.

El sargento Holcomb hizo una seña a Mattern.

—Bien, bien —dijo—. Eso es todo. Vámonos. —Se volvió a Mason y añadió—: La próxima vez que yo esté investigando un asesinato y quiera hablar con uno de sus clientes si se encuentra en su despacho, no trate de ocultármelo.

—No hice tal cosa —replicó Mason—. Quise sencillamente que mis clientes concediesen sus propias entrevistas.

—No puede decirse que coopera usted mucho con las autoridades —le reprochó el sargento—. Algún día le costará un disgusto... Vamos, Mattern.

Abandonaron el despacho.

Mason se volvió a las dos mujeres.

—Les dije a ustedes que no podría ayudarlas en nada... Ahora creo que sí.

—¿A qué se refiere usted, míster Mason? —preguntó mistress Tump.

—Necesito saber algo más de esa operación con la Western Prospecting Company —dijo Mason—. Quizá podamos anular esa venta... si nos conviene.

—No veo cómo —dijo mistress Tump.

—Ni yo tampoco todavía, pero el sargento Holcomb está en un aprieto.

La autopsia va a revelar que Tidings fue muerto a los diez o quince minutos después de haber abandonado su despacho el martes por la mañana.

—¿Y qué? —preguntó mistress Tump.

—Pues que un muerto no puede comprar acciones.

Mistress Tump y Byrl cambiaron una mirada.

—Pero supongamos que resulte que esos valores son una buena adquisición —objetó mistress Tump.

—En ese caso —dijo Mason—, nos callaríamos... Pero retírense ya y déjenme trabajar.

Las mujeres se pusieron en pie. Byrl Gailord le dijo al tiempo de darle la mano:

—Tengo confianza absoluta en usted, míster Mason. Muchísimas gracias.

—Míster Mason —dijo nerviosamente mistress Tump—: no quisiera que pensase que traté de traicionarle. Yo... bueno, quería ver a míster Tidings para decirle que no estaba fanfarroneando, que le dije que acudiría a usted y que ya había acudido.

—Olvídelo —dijo Mason—. Aunque hubiese usted tratado de llegar con él a un arreglo de última hora, yo no me habría ofendido.

—Muchas gracias, míster Mason. Es usted muy bondadoso.

—Realmente, míster Mason —intervino Gailord—, mistress Tump trabajaba por mis intereses y trataba de ahorrarme hasta el último centavo. Vamos, Abigail, confíésalo.

Mistress Tump se echó a reír.

—No tengo necesidad de confesarlo, Byrl. Me han cogido con las manos en la masa... Adiós, míster Mason. Ya nos veremos.

Mason y Della Street las siguieron con la mirada mientras salían

del despacho.

—La tramposa —comentó Della Street.

—Todo el mundo hace lo mismo, si es suficientemente listo —disculpó Mason—. Llame a mi agente por teléfono, Della. Dígale que averigüe todo lo referente a la Western Prospecting, a cómo se cotizan sus acciones y quién compró un bloque por valor de cincuenta mil dólares el martes por la mañana.

—¿Quiere usted hablar con Loftus y Cale? —preguntó la secretaria.

—Todavía no —dijo Mason—. Quiero estar bien preparado cuando hable con ellos.

—¿Por qué?

—No lo sé —dijo Mason—. Llámelo una corazonada si quiere. Creo que hay algo extraño en esa operación financiera. Tidings se veía acosado. Sabía que Adelle Hastings iba a apretarle los tornillos...

—¿Sería con ella la cita del lunes por la noche? —preguntó la secretaria.

—Eso parece —contestó Mason—. El sargento Holcomb no mencionó nombres, y por eso yo no... Llame a Paul Drake. Dígale que busque a Robert Peltham, y telefonee al *Contractor's Journal* y ponga un anuncio clasificado. Diga sencillamente: «P: Tengo que hablar con usted personalmente si es posible. Si no, por teléfono. No mencionaré nombres, pero tengo que tener inmediatamente información adicional fidedigna. M.»

El lápiz de Della Street voló sobre las líneas de su cuaderno de taquigrafía.

—Bien, jefe —dijo—. ¿Algo más?

—No —contestó Mason—; pero ocúpese de eso de la compra de acciones y dígale a Drake que continúe con ese caso de asesinato.

—Si sus clientes están libres, jefe, ¿por qué ocuparse del asesinato? —preguntó Della.

—Porque estoy cogido en una trampa —contestó el abogado—. Temo que una mujer penetre en este despacho cuando menos lo espere y me entregue la otra mitad del billete de diez mil dólares y diga: «Adelante y represénteme, míster Mason». Y tendría gracia que la mano que retiene esta parte del billete de diez mil dólares fuese la misma que empuñó el revólver para matar a Tidings.

—¿A los quince minutos de abandonar su despacho el martes por la mañana? —preguntó escéptica Della Street.

—Pues alguien lo mató —dijo Mason.

—Entonces, ¿no cree usted que fue Tidings quien llamó al secretario el martes al mediodía para enterarse si había terminado la operación?

—El forense que practicó la autopsia no lo cree —dijo significativamente Mason.

Capítulo 6

Cuando Mason entró en su despacho el jueves por la mañana encontró a Paul Drake esperándole. Saludó con un gesto a Gertie, cogió a Drake por un brazo y lo escoltó hasta su despacho particular, donde Della Street estaba ocupada en clasificar el correo de la mañana.

—Hola, Della. ¿Alguna novedad? —preguntó Mason.

—Nada particularmente importante —contestó la secretaria—. Hola, Paul.

—Hola, Della, ¿cómo van esas conquistas?

—Maravillosamente.

Drake adoptó su postura favorita, atravesándose entre los brazos del gran sillón de cuero negro.

—¿Conseguiste algo? —preguntó Mason.

—Retazos sueltos —dijo Drake—. Peltham se esfumó. La policía lo busca desesperadamente. No puede encontrarle, ni yo tampoco.

—¿Alguna acusación contra él? —preguntó Mason.

—Green que fue quien firmó los cheques con Tidings... Los cheques que dejaron al hospital con el saco vacío.

—¿Averiguaste si tenía alguna amiguita?

—Nada. Vivía en un departamento y, que yo sepa, no le visitaba ninguna mujer. Es un individuo matemático, de sangre de horchata, sin más emociones que un galápago. Todo lo hace hábilmente, reflexivamente y sin descuidar detalle. De tener amores con una mujer casada, por ejemplo, todo habría estado previsto, sin dejar nada al azar.

—Bien —dijo Mason—. Tengo un trabajo importante para ti, Paul. He puesto un anuncio en el *Contractor's Journal*. Es algo confidencial. No quiero que ni siquiera tus esbirros lo sepan. El caso es que, durante el día, entrará allí una persona a poner un anuncio

en contestación al mío. Planta un hombre en las oficinas y cuando se presente ese anuncio haz que la empleada de la taquilla avise para que tu hombre siga a esa persona.

—Bien —dijo Drake—. ¿Algo más?

—Sí. Mistress Tump tiene una disputa con un asilo de huérfanos, la Welfare Society. Para proporcionarse informes está en contacto con un antiguo contador de libros de aquella sociedad. Yo tengo la sospecha de que este tenedor de libros está aquí, en la ciudad. Voy a hacer que tenga que ir a visitarle... pongamos mañana a las diez y media. Tú vigilarás el hotel de mistress Tump, te enterarás de la gente que pregunta por ella en la portería y observarás sus llamadas telefónicas... ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo de las llamadas telefónicas no es fácil —dijo Drake—; pero yo me las arreglaré.

—Muy bien —dijo Mason, y añadió dirigiéndose a Della—: A las diez y media llame a mistress Tump y díglele que míster Mason dice que hay alguna discusión sobre el endoso de los cheques cancelados de la Welfare Society. Díglele que se ha presentado la denuncia de que son falsos, que la Welfare Society nunca recibió dinero alguno y que la persona que endosa los cheques jamás tuvo nada con la sociedad. Procúrela, pero sea un poco vaga. Ya me comprende. Usted es solamente mi secretaria, que llama durante mi ausencia desde el despacho y repite mis instrucciones... de las que se ha enterado muy bien. Puede usted mostrarse un poco torpe si gusta. No habrá mal en ello.

—Muéstrese usted tal como es —añadió Drake.

Della sacó la lengua y tomó unas notas.

—A las diez y media —dijo.

—Eso es.

—Tú tendrás un hombre apostado convenientemente para esa hora —dijo Mason a Drake.

—Muy bien.

—Necesito averiguar algo de Byrl Gailord, Paul. Esa historia de mistress Tump no acaba de convencerme.

Della Street levantó la cabeza sorprendida.

—¿Cómo es eso? —preguntó—. A mí me pareció muy dramática.

—Ya lo creo que es dramática —convino Mason—. Demasiado dramática. Manos engarfiadas en los costados de acero del buque,

seres humanos barridos por las olas... y todo lo demás. Pero lo que mistress Tump pasó por alto fueron ciertos detalles, no por rutinarios menos importantes. En primer lugar, el noble ruso y su esposa no habrían embarcado en el primer bote salvavidas... ni mistress Tump habría permanecido apoyada en la borda contemplando las negras aguas. Es la ley del mar que las mujeres y los niños embarquen primero.

»Mistress Tump hace una bonita descripción, pero el cuadro es sólo como se lo imagina. Ella se describe apoyada en la borda, mirando hacia el mar con curioso interés. Si ella hubiese estado realmente en aquel buque, habría hablado de lo que le costó mantenerse sobre la resbaladiza cubierta, de lo que luchó para conseguir un salvavidas y cómo los oficiales se pusieron a soplar en sus silbatos y a guiar a los pasajeros hacia los botes... Aquel naufragio me suena a falso. Observe que no dio detalle alguno del nombre del buque. Y siempre que se trataba de concretar, agitaba la mano y decía: «Todo esto son preliminares, míster Mason».

—¿Y por qué nos ha engañado? —preguntó Della.

—Sospecho que nos ha mentido en una cosa y nos ha dicho la verdad en otras —dijo Mason—. Si no fuera por la correspondencia que mantuvo, yo me habría figurado que sólo trató de contar a Byrl una historia fantástica para meter la mano en los fondos del fideicomiso.

—Bien, voy a meterme en faena —dijo Drake, y empezó a levantarse del sillón.

—Espera un momento, Paul —le contuvo Mason—. Tengo otra cosa para ti. Carl Mattern, el secretario de Albert Tidings. Averigua todo lo que puedas de él. Descubre quién es su amiga del alma y si piensa casarse con ella, si juega a los caballos, si es aficionado al billar, o qué hace para distraerse.

—Perfectamente. ¿Algo más?

—Nada más, por ahora.

Mientras Drake se dirigía hacia la puerta de salida, sonó el teléfono.

—Ahí está su corredor con la información que le pidió de la Western Prospecting —dijo Della.

Mason alzó el teléfono.

—Mason al habla. ¿Qué hay?

El corredor le dio la información en términos concisos y secos.

—Western Prospecting —dijo—, capital social, tres millones de dólares. Dos millones quinientos mil en acciones en circulación. Cada acción tiene un valor a la par de un dólar. Muchas dadas a cambio de propiedades mineras. Algunas vendidas al público a dólar y cuarto, dólar y medio y dos dólares. La demanda cedió después y los valores cayeron. En este momento no hay mercado para ellos a ningún precio. La corporación no hace venta alguna a menos de un dólar, pero, según informes, hay accionistas particulares que venderían sus acciones por lo que pudieran sacar de dos centavos para arriba. No hay nadie que las quiera.

»El martes, poco después del mediodía, se vendió un gran bloque de acciones. Los valores fueron transferidos en los libros de la corporación a Albert Tidings, fideicomisario. No dice fideicomisario por quién o por o para qué... No sé qué corredor intervino en la referida operación e ignoro cuánto importó el corretaje. No debió de ser superior a tres o cuatro mil dólares. La compañía tiene en marcha un grupo de explotaciones y todas parecen buenas, pero hay una diferencia entre una explotación y una mina. ¿Desea usted algo más?

—Sí —dijo Mason—. ¿De dónde procedían las acciones vendidas a Tidings?

—Sobre eso se muestran muy reservados —dijo el corredor—; pero sospecho que el mismo presidente de la compañía se desprendió de sus acciones personales.

—¿Quién es el presidente?

—Un tal Bolus. Emery B. Bolus.

—¿La Western Prospecting Company tiene oficinas aquí?

—Las tiene simplemente para vender acciones. Están instaladas en unos buenos locales, cuyo contrato de arrendamiento no ha expirado todavía. Ninguna actividad comercial, una estenógrafa, un vicepresidente, un superintendente de operaciones, un presidente, un tenedor de libros... Ya conoce usted el tipo... Si va usted a ir por las malas, no le diga a nadie de dónde obtuvo la información.

—Gracias —dijo Mason—. Voy a ir, en efecto, por las malas, y no le diré a nadie quién me informó. —Se volvió a Della Street y ordenó—: Póngame a Loftus o a Cale por teléfono... Razón social de corretajes Loftus y Cale. Necesito hablar con uno de los dos.

La joven asintió y procedió a hacer la llamada. Mientras Mason esperaba la comunicación hundió las manos en los bolsillos y se puso a pasear, pensativo, por el despacho.

—Míster Loftus al teléfono —anunció la secretaria.

Mason alzó el aparato.

—Hola, míster Loftus. Aquí Perry Mason, el abogado. Me encuentro interesado, por causa de una de mis clientes, en una operación realizada por mediación de ustedes el martes por la mañana.

—¿Sí? —preguntó Loftus, en tono reservado y cauto.

—Una venta de acciones de la Western Prospecting a Tidings, como depositario.

—Ah, sí.

—¿Qué puede usted decirme de la operación? —preguntó Mason.

La respuesta fue rápida:

—Nada.

—Represento a Byrl Gailord, la beneficiaria del fideicomiso que Tidings administraba —explicó Mason.

—¿De veras? —inquirió Loftus.

El rostro de Mason se ensombreció de enojo.

—¿Podría usted venir a mi despacho? —preguntó.

—No.

—¿Tienen ustedes un abogado que lleve sus asuntos? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Tiene inconveniente en decirme quién es?

—No veo motivo para hacerlo.

—Perfectamente —dijo Mason levantando la voz—, si usted no quiere venir a mi despacho, yo iré al suyo. Puede usted hacer que su abogado esté allí, si lo desea. Si sigue usted mi consejo, estará allí. También conviene que esté Emery B. Bolus, presidente de la Western Prospecting Company... Quiero darles unas explicaciones, porque voy a demandarles por la cantidad de cincuenta mil dólares. Así tendrán ustedes algo de qué preocuparse. Y le voy a decir a usted exactamente, por anticipado, lo que voy a hacer... Estaré ahí dentro de quince minutos y no esperaré en absoluto.

Dejó bruscamente el receptor sobre su soporte y de pronto se

echó a reír.

—Es uno de esos calculadores y reservados seres humanos, verdaderas máquinas de sumar —explicó a Della—, que tienen la virtud de metérseme bajo la piel y ponerme nervioso.

Se acercó al armario y se puso el sombrero.

—¿Va usted a buscar al león a su madriguera? —preguntó la secretaria.

—Voy a darle un susto que nunca olvidará ese viejo mochuelo —dijo Mason—, y de paso, voy a patinar sobre hielo demasiado delgado. Espero que tendrán a su abogado allí, y confío en que ese abogado tratará de discutir conmigo... Deséeme suerte, querida porque la necesitaré.

Quince minutos después, exactamente, Perry Mason entraba en las descomunales oficinas de Loftus y Cale. Una atractiva joven levantó la mirada de una mesa en la que una placa de latón, que decía «Información», estaba sujeta a un pedazo de madera de forma prismática.

—¿Míster Loftus? —preguntó Mason.

—¿Cómo se llama usted?

—Mason.

—Ah, sí —dijo la joven—. Míster Loftus le espera a usted.

—Lo celebro —dijo Mason.

—¿Quiere usted esperar unos minutos?

—No —contestó Mason.

La joven pareció ponerse nerviosa.

—No es más que un momento —dijo, y, girando en su silla, hundió una clavija en una centralita telefónica—. Míster Mason está aquí, míster Loftus. Dice que no quiere esperar.

Hubo evidentemente una discusión al otro extremo del conductor. La joven escuchó atentamente, y luego dijo simplemente:

—Pero es que no esperará, míster Loftus.

Siguió otro momento de silencio; luego, la joven se volvió, sonriente, a Mason.

—Puede usted entrar —dijo, indicando una puerta que daba al vestíbulo—. Es la segunda puerta a la izquierda.

Mason empujó la puerta, recorrió un pasillo y abrió otra puerta que ostentaba el rótulo: «Míster Loftus. Particular».

El individuo que estaba sentado detrás de la maciza mesa de nogal tendría unos sesenta años y era de complexión robusta, cara arrebolada, ojos apagados y fríos y cabellos lacios y blancos.

Mason sonrió fríamente.

—Le dije a usted por teléfono que no esperaría —declaró.

—Síntese. Mi abogado está en camino —dijo Loftus con voz ronca y autoritaria, evidentemente más acostumbrado a dar órdenes que a pedir favores.

—Si me lo hubiese usted dicho antes —repuso Mason—, habríamos acordado una entrevista a gusto de los dos.

Loftus cerró su puño derecho, lo extendió frente a él y lo bajó suavemente hasta la mesa. El gesto fue más impresionante que si hubiera descargado un puñetazo con explosiva violencia.

—No me gustan los abogados criminalistas —declaró.

—Ni a mí tampoco —confesó Mason, sentándose en el que parecía ser el más confortable sillón del despacho.

—Pero usted es un abogado criminalista.

—Eso depende de lo que usted quiera decir —observó Mason—. Soy abogado, pero no soy criminal.

—Usted defiende a los criminales.

—¿Cuál es su definición de un criminal? —preguntó Mason.

—Un hombre que ha cometido un crimen.

—¿Y quién decide que ha cometido ese crimen?

—Pues un jurado, supongo.

—Exactamente —dijo Mason, con una sonrisa—. Hasta ahora he tenido suerte de tener jurados que se mostraran de acuerdo conmigo en que las personas que yo representaba no eran criminales.

—Eso no es concluyente —dijo Loftus.

—Los jueces opinan que sí —repuso Mason, todavía sonriente.

—¿Qué interés puede tener un hombre de su calaña en nuestros negocios? —preguntó Loftus.

—No me gusta la palabra «calaña» —observó Mason—. Y pudiera ser que tampoco me gustasen sus negocios. De todos modos, ya le dije a usted el objeto de mi visita. Si usted me hubiese dado por teléfono los informes que le pedí, se habría ahorrado una desagradable entrevista.

—Será desagradable para usted —dijo Loftus—. A mí lo que me

desagrada es el despilfarro de consultar a mi departamento legal cada vez que a un picapleitos se le antoja meter las narices en mis asuntos. Pero ahora he empezado y voy a terminar.

—Muy acertado —dijo Mason, eligiendo cuidadosamente un cigarrillo de su pitillera y encendiéndolo.

—Bien, ¿no va usted a decirme lo que desea?

—Hasta que llegue su abogado, no —contestó Mason.

—Pero usted dijo que no esperaría ni un solo momento.

—No me gusta esperar en los antedespachos —observó Mason—, a menos que sea necesario, y no me gusta discutir cuestiones legales con un individuo a quien voy a dar una carrera en pelo, a menos que se presente su abogado... ¿Quiere que hablemos de baseball o de política?

Loftus medio se levantó de su asiento. Su rostro adquirió un tinte ligeramente púrpura.

—Le advierto a usted, joven —dijo—, que le espera la mayor sorpresa de su vida. Sus victorias, algo espectaculares, ante los tribunales, han sido posibles porque tenía usted que luchar con servidores públicos mal pagados y con funcionarios políticos. Pero ahora va usted a vérselas con los cerebros mejores y mejor pagados de la profesión de las leyes.

—Eso me agrada —dijo Mason—. Siempre deseé...

Se abrió la puerta. Un individuo alto, de anchas espaldas y pómulos salientes, penetró en el despacho. Llevaba una pequeña cartera en la mano.

—Le dije a usted que no le recibiera hasta que yo llegara —reprochó a Loftus.

Mason sonrió afablemente.

—No quise esperar —dijo—. Supongo que usted será del departamento legal.

El individuo le miró sin gran cordialidad por su parte.

—Soy Ganten —dijo—. Socio mayor de Ganten, Kline y Shaw. Usted es Mason. Le he visto en los tribunales. ¿Qué desea usted?

—Le pedí a míster Loftus por teléfono —dijo Mason— que me dijese lo que supiera de una operación de cincuenta mil dólares en acciones de la Western Prospecting Company, vendidas a Albert Tidings, y él se negó.

—Hizo perfectamente —dijo Ganten, tomando asiento y

colocando cuidadosamente su cartera en el suelo, junto al sillón.

Mason sonrió.

—Personalmente, creo que dicha actitud fue una pobre decisión.

—Me tiene sin cuidado que discuta usted mis decisiones —replicó Loftus airadamente.

—Quizá —dijo Mason— será mejor que explique mi posición y llame su atención sobre ciertos hechos. Yo represento a Byrl Gailord, la beneficiaria de los fondos en depósitos... Es decir, he sido consultado en su nombre.

—Por nosotros pude seguir representándola —dijo Loftus—. No tenemos nada que ver con lo que sucede entre ella y el apoderado.

—Debo decir para su conocimiento —dijo Mason— que Albert Tidings fue asesinado.

Loftus y Ganten cambiaron miradas.

—Si no tiene usted inconveniente, míster Loftus —dijo Ganten—, yo llevaré la entrevista.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Loftus—. He leído en el periódico la muerte de Tidings. Pero eso no significa para nosotros nada...

—Por favor, míster Loftus —interrumpió Ganten—. Permítame que yo lleve la palabra. Este abogado trata de embrollarle a usted para que haga alguna confesión.

Mason se echó a reír.

—Yo fui quien sugerí a míster Loftus que tuviese a su abogado presente en esta entrevista para mejor comprensión.

—Bien, pues ya estoy aquí —dijo fríamente Ganten—. Usted dirá lo que desea.

Mason parecía disfrutar de la escena. Inhalaba profundamente y luego observaba el humo del cigarrillo mientras lo exhalaba.

—Desgraciadamente —dijo— parece haber alguna diferencia de opiniones respecto a cómo encontró la muerte Tidings.

—Por favor, míster Loftus —intervino Ganten apresuradamente.

—Quizá tenga mucho que ver con esta venta —dijo Mason—. La transacción, según tengo entendido, fue realizada por el secretario de míster Tidings. Tidings había abandonado su despacho antes de que concluyese la operación. Y actuaba con la capacidad de fideicomisario.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros? —repitió Ganten.

—Sencillamente esto —dijo Mason—: El forense afirma que Tidings no podía estar vivo después de las diez de la mañana del martes.

—Eso es una estupidez —dijo Loftus—. Su secretario le vio después. Su secretario habló con él por teléfono después de cerrarse la operación.

—Su secretario pudo equivocarse —objetó Mason.

—Aparentemente —repuso Ganten— no se le ha ocurrido a usted, míster Mason, que el forense también pudo equivocarse.

—Se ha equivocado, en efecto —concedió Mason—. Me presto a conceder a usted la posibilidad de que el forense se haya equivocado. En cambio, usted no quiere concederme la posibilidad de que fuese el secretario de Tidings quien cometiese la equivocación.

Ganten medio giró en su asiento para quedar frente a Mason.

—¿Sostiene usted —inquirió fríamente— que si resultase que míster Tidings hubiera muerto a la hora en que el secretario terminaba la transacción, habría alguna responsabilidad para mis clientes?

—Por valor de cincuenta mil dólares —anunció jovialmente Mason.

Ganten adoptó la actitud de quien habla a un chiquillo.

—Me temo, míster Mason, que su experiencia legal se haya reducido a demasiados tecnicismos de sala de audiencia bajo las tergiversadas reglas del procedimiento criminal.

—Supongamos que deja usted a un lado mi experiencia legal —sugirió Mason— y que nos concretamos al asunto que me ha traído aquí.

—Muy bien —anunció Ganten, y volvió a dirigirse a Loftus—. No hay nada absolutamente que temer —dijo—. Este señor no tiene una pierna en qué sostenerse. Aun concediendo, en gracia a la discusión, que Tidings estaba muerto a la hora de la operación, no puede haber responsabilidad por su parte. Este señor no puede siquiera discutir la autoridad del fideicomisario.

»Con arreglo a la ley, la muerte de un fideicomisario crea una vacante que se llena con la designación de otro por un tribunal de jurisdicción competente. Hasta que se haga una designación, el administrador del fideicomisario difunto asume el cargo de la

propiedad... No hay duda de que míster Mattern actuó con arreglo a las instrucciones específicas dadas por míster Tidings. Esta demanda no tiene en absoluto fundamento alguno.

—Como ve usted, míster Mason —dijo Loftus con una sonrisa que era casi una mueca—, míster Ganten es un perito en asuntos de esta clase. Es un especialista en contratos.

—Y en relaciones contractuales —suplemento Ganten.

—Celebro saberlo —dijo Mason—. ¿Y cómo está en el reglamento de agencias?

—También me he especializado en eso —dijo Ganten.

—Entonces —observó Mason— quizás haya usted dedicado alguna atención a ese reglamento en lo que tiene de aplicación a este caso.

—No tiene aplicación en absoluto a este caso —afirmó Ganten doctoralmente—. Mis clientes actúan como corredores. En otros términos, obran como intermediarios...

—Olvédelo —dijo Mason—; yo estoy hablando de Mattern.

—¡De Mattern! —exclamó Ganten con sorpresa—. ¿Qué tiene que ver él con nuestro asunto?

—Ustedes cerraron la operación con Mattern —dijo Mason sonriendo—. Ustedes trataron con Mattern como agente de Tidings. El era agente de Tidings. Pero en el mismo momento en que Tidings moría, esa relación quedó automáticamente terminada por la ley. La autoridad de un agente, a menos que esté enlazada con un interés, expira inmediatamente después de haber tenido lugar la muerte del principal.

Loftus iba a lanzar una exclamación despectiva, pero una ráfaga mirando al rostro de Ganten le hizo dar repentinas muestras de interés.

—¿Qué pasa, Ganten? —preguntó.

—Eso no le conducirá a usted a ninguna parte, míster Mason —dijo Ganten—. Se llegó a un acuerdo completo entre las dos partes. Mattern fue meramente el instrumento con el que se consumó ese acuerdo. Y Tidings dio a Mattern su presentación en nuestras oficinas... Si estudia usted la ley de agencias, míster Mason, encontrará que hay diversas distinciones que limitan la aplicación de las secciones del código general en que usted parece apoyarse.

—Y usted —dijo Mason— puede examinar el «Restatment of the

Law». Tome, por ejemplo, la página trescientos nueve a trescientos diez del volumen sobre agencias y observe las ilustraciones que se citan allí y que representan aplicaciones judiciales de la doctrina de que la muerte del principal termina la autoridad del agente. Llamo su atención particularmente sobre lo siguiente:

»P compra una opción sobre Blackaire y autoriza a A a venderla. Dos horas antes de la expiración de la opción y mientras A se encuentra realizando su venta a T, P muere. Toda su autoridad ha terminado.

»P emplea a H, como corredor de bolsa, para comprar en el mercado diez mil acciones a nombre de A, pero por cuenta de P. Este muere y el hecho es desconocido para todos. Unos momentos después, A compra las acciones. A no tenía autoridad para comprar.

Ganten guiñó los ojos rápidamente, su único síntoma externo de nerviosidad, pero evitó mirar en dirección a su cliente.

Se abrió la puerta una vez más y un individuo bajo y grueso de unos cincuenta años penetró en la habitación.

—Buenos días, míster Loftus —dijo—: buenos días —y atravesó el despacho para estrechar la mano de Loftus. Luego se volvió para incluir a los otros dos ocupantes en su amplia sonrisa.

—Míster Ganten, de mi departamento legal —presentó Loftus— y míster Perry Mason, que trata de anular aquella venta de cincuenta mil dólares de acciones al Western Prospecting... Señores, aquí míster Emery B. Bolus, presidente de la Western Prospecting Company.

Bolus siguió sonriendo. Estrechó la mano de Ganten y luego la de Mason cordialmente.

—Celebro conocerles, señores —dijo—. ¿Qué es eso de anular esa venta? La venta quedó ya terminada. La transacción en lo que a nuestra compañía concierne está cerrada.

—¿La transferencia de las acciones ha quedado debidamente registrada en los libros? —preguntó Mason.

Bolus titubeó un momento; luego contestó:

—Sí.

—No conteste a esas preguntas —dijo Ganten—. Yo lo haré por usted. Sus intereses y los de mi cliente son idénticos, míster Bolus.

—Es una confesión un poco extraña, viniendo de un abogado que se ha especializado en la ley de agencias y contratos —dijo

Mason—. No intento sugerir como debe usted llevar sus asuntos, pero si la investigación descubriese que los hechos son como yo los expongo, resultaría muy en interés de su cliente el ayudarme a depositar esos cincuenta mil dólares hasta que la validez de la transacción pueda ser determinada. Si hemos de ir a pleito, le interesa a usted cuidar que se pague con esos cincuenta mil dólares que Bolus retiene, en vez de los cincuenta mil que tendrían que salir de los bolsillos de sus clientes.

Mason se puso en pie, dispuesto a retirarse.

—Vamos, vamos, muchachos, ¿qué pasa? —preguntó jovialmente Bolus.

—Mason sostiene que Tidings estaba muerto cuando nosotros cerramos la operación —explicó Loftus—. La muerte de Tidings viene en los periódicos de la mañana.

Por un momento hubo silencio en la habitación, luego Bolus se volvió a Ganten.

—Bien, míster Ganten —dijo—, como abogado de Loftus y Cale, puede usted cuidarse de nuestros intereses en el asunto. Personalmente, no pienso meterme en tecnicismos legales.

—Un momento, Ganten —interrumpió Loftus—. Nos ataremos las manos haciendo eso. Ya oyó usted lo que dijo Mason.

—Dadas las circunstancias —dijo cautelosamente Ganten—, quizá fuese mejor que míster Bolus consultase a su abogado.

—Vamos, vamos, Loftus —intervino Bolus—. Supongo que no dejará que las extrañas ideas de Mason se inmiscuyan en nuestras cordiales relaciones.

—¿Dónde están esos cincuenta mil dólares? —preguntó Loftus.

Bolus se pellizcó la oreja.

—Bueno, bueno —dijo—, veamos primero dónde estamos, antes de contestar a esa pregunta. ¿Considera usted que hay alguna posibilidad de que sus clientes traten de recuperar esos cincuenta mil dólares?

—Claro que tratarán —contestó Mason.

—Esta situación es absurda —declaró Ganten—. Tidings estaba vivo y bien vivo cuando se llegó al acuerdo. De eso hay pruebas positivas e irrefutables.

Mason bostezó.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta —dijo Bolus—. ¿Hay

alguna posibilidad de que sus clientes traten de solicitar el depósito en cuestión de esos zarandeados cincuenta mil dólares?

—Quizá no sea mala idea simplificar y dejar el asunto en suspenso hasta que investiguemos el caso en todas sus ramificaciones —suspiró Loftus.

—¿Qué entiende usted por dejar el asunto en suspenso?

—Oh, pues hacer lo necesario para conservar el *statu quo*.

Bolus perdió su sonrisa.

—Yo no sé lo que entiende usted por *statu quo* —dijo.

—Pues procurar que todos quedemos protegidos —explicó apresuradamente Loftus.

—De la manera que yo voy a protegerme —dijo Bolus—, es poniendo esos cincuenta mil dólares en circulación.

—No creo que eso sea prudente —repuso Loftus.

—¿Por qué no? —preguntó Bolus—. Su mismo abogado ha dicho que la reclamación es completamente absurda.

—No obstante, es una reclamación.

—¿Y qué se propone usted hacer con ella?

—La investigaremos.

—Pues, adelante, e investigue —dijo Bolus—. Investigue todo lo que quiera, pero no cuente conmigo para eso del *statu quo*. Se trata de mi dinero, ¿no es cierto?

—Del mismo de la corporación —corrigió Ganten.

—Ustedes tienen las acciones. Yo tengo el dinero. No doy un comino por lo que hagan ustedes con las acciones y ustedes no me van a decir lo que tengo que hacer con el dinero.

—Un momento —dijo Ganten—. Reconocerá usted que no quiere verse envuelto en el litigio. Opino que todo el asunto es absurdo. Creo que unos días de investigación aclararán la cuestión. Utilizaremos todos nuestros recursos para procurar que la investigación se realice rápida y meticulosamente.

—¿Y entretanto? —preguntó Bolus.

—Entretanto —dijo Ganten— nos interesa a todos que la situación no se complique más.

—¿Qué debo hacer?

—Debe usted cooperar con nosotros.

—¿En qué forma?

—Ayudando a la investigación.

—¿Nada más?

—Claro que si la transacción fuese declarada no válida, todos deberíamos quedar en situación de protegernos mutuamente.

—En lo que a mí respecta —dijo Bolus—, hice un trato y voy a sostenerlo. Esos valores son una buena inversión. Hay cosas que el público en general desconoce. No me está permitido decir cuáles son, pero dentro de sesenta días esas acciones valdrán..., bueno, valdrán mucho.

Loftus asintió.

—Entonces, ¿por qué se desprendió usted de todas sus acciones, Bolus? —preguntó Mason, con indiferencia.

Bolus se revolvió airado.

—Yo no me desprendí de todas mis acciones.

—¿Cuántas tiene usted en la actualidad a su nombre en la compañía de la que es usted presidente?

—Eso no le importa a usted.

—¿Fue alguna parte sustancial de aquellos cincuenta mil dólares al tesoro de la corporación?

—Eso tampoco le importa a usted. No tengo por qué contestar a sus preguntas.

—Es cierto —convino Mason afablemente—, no está usted obligado a contestarlas. —Y una vez más dedicó su atención al humo de su cigarrillo, que ascendía hacia el techo—. Tal como tengo entendido lo que sucedió, sería usted tonto si lo hiciese.

Ganten y Loftus cambiaron unas miradas.

—Bien ¿están ustedes a mi lado en este asunto o contra mí? —preguntó Bolus.

—Nosotros no estamos contra usted —contestó apresuradamente Loftus.

—Lo que quiere decir mi cliente —aclaró Ganten— es que en muchos aspectos nuestros intereses son comunes. Es decir, que el interés de todos nosotros es demostrar que Tidings estaba vivo cuando se terminó la operación.

—¿Va usted a decir que si hubiese muerto cuando fueron entregadas las acciones y embolsado el dinero, podrían ustedes proceder contra mí?

—Naturalmente —dijo Ganten—. Si la transacción fuese nula por alguna razón, tendríamos que procurar que usted recuperase los

valores y que el dinero fuese devuelto a la persona interesada.

—¿Por qué?

—Porque actuamos como corredores y de la mejor buena fe... Creo que debería usted contestar a la pregunta de míster Mason, respecto a lo que fue del aquel dinero y asegurarle que la venta fue de valores de tesorería.

—Yo no tengo que asegurar nada a nadie —saltó Bolus—. Ustedes necesitaron acciones por valor de cincuenta mil dólares. Yo se las di y cobré el dinero. Eso es todo y ya basta.

—¿Usted individualmente? —preguntó Mason—. ¿O como presidente de la corporación?

—No me agradan sus malditas insinuaciones —replicó Bolus.

—Hay una manera de evitar su repetición —recalcó Mason—: Conteste a mi pregunta.

—Creo que no hay inconveniente en lo que haga usted —apoyó Ganten.

—Bueno, pues no quiero —replicó Bolus.

Loftus se frotó la barbilla. Su mirada se dirigió desde su abogado al presidente de la Western Prospecting Company, y luego a Mason, pero a desvió apresuradamente.

—Bien, me retiro —dijo Mason—. Sólo quería que conociesen ustedes mi actitud. No permitan que mi marcha interrumpa su discusión, señores.

Loftus se levantó de su asiento, rodeó la mesa y se detuvo.

—¿Qué se propone usted hacer, míster Mason? —preguntó.

—Proteger los intereses de mi cliente —contestó Mason—, y dar una lección a su departamento legal.

Y con una ceremoniosa inclinación, abandonó el despacho.

Mason regresó a su oficina de un raro buen humor.

—¿Dio buen resultado? —preguntó Della Street.

—Así lo creo —contestó Mason—. He dejado a los corredores bastante preocupados y a su departamento legal sin dar pie con bola. Para cuando logren serenarse un poco sabremos cuándo murió Tidings. De la manera que se están poniendo las cosas, el sargento Holcomb no podrá desenterrar nuevas pistas y ocultármelas.

—¿Quiere usted decir que ellos investigarán para usted?

—Así es.

—Paul Drake quiere hablar con usted —dijo la secretaria—. ¿Lo

llamo?

—Venga.

Della llamó a Drake por teléfono. Mientras Mason recogía el receptor, oyó la voz de Drake en el conductor.

—Escucha, Perry —dijo apresuradamente—. En el *Contractor's Journal* se presentó una joven con la respuesta al anuncio que pusiste. Desde allí fue a un salón de belleza y está utilizando todos los servicios: champú, ondulación, manicura, masaje. Tengo un hombre apostado frente al salón. Si quieres echar un vistazo a la jovencita, tenemos tiempo para presentarnos allí y darle el visto bueno cuando salga.

—¿Tienes el coche abajo, Paul?

—Sí.

—Bien. Me reuniré contigo en el estacionamiento. Tú guiarás. Yo observaré.

Colgó el receptor y dijo a Della Street:

—Hemos cazado una parroquiana con aquel anuncio del *Contractor's Journal*. Probablemente la misma muchacha que entregó el último anuncio. Voy a echarle un vistazo y volveré luego.

—¿Cree usted que tendrá la otra mitad del billete de diez mil dólares? —preguntó Della Street.

Mason sonrió.

—Voy cogiendo la manía de creer que todo el mundo lo tiene —dijo—. Si esta muchacha resulta ser Byrl Gailord, sabremos mucho más dentro de una hora.

Mason atravesó rápidamente el pasillo, tomó el ascensor y encontró a Paul Drake sentado en su automóvil, esperando frente a la entrada. Mason subió a él.

—¿Crees que conocerás a la muchacha cuando la veas, Perry? —preguntó Drake.

—Así lo espero y lo temo —contestó Mason.

—¿Quién es ella, Perry?

—Mi cliente.

Drake le miró sorprendido.

—¿No conoces a tus clientes?

—Tengo una amplia práctica —sonrió Mason.

—Mira, Perry, este caso me parece cada vez más extraño. ¿Quieres explicarme por qué mandas vigilar a tu propia cliente?

—Pues para dar algo que hacer a tus propios muchachos, Paul. Has tenido un montón de casos difíciles y pensé que debía darte uno fácil.

Mason permaneció pensativamente silencioso mientras Drake conducía el coche a través del tránsito. Una señal los detuvo, y Drake, parando su coche, dijo:

—Es un par de calles más allá. Quizá no podamos encontrar un lugar de estacionamiento.

—Podemos detenernos frente a una boca de incendios —dijo Mason—. Necesito echar un buen vistazo a esa muchacha, pero no quiero que ella me vea... ¿Traes unas gafas oscuras, Paul?

—Sí. En el compartimento de los guantes. Ponerse gafas oscuras es como disfrazarse... y generalmente es todo lo que se necesita.

La señal cambió y Drake puso el coche en movimiento.

—¿Puedes describirme la muchacha? —preguntó Perry Mason.

—No muy bien —dijo Drake—. Sólo tengo los detalles que cogí por teléfono. El operario me llamó desde una expendeduría de cigarros, en la acera de enfrente al salón de belleza. Es una muchacha de esbelta figura, de unos veintiocho años, trigueña, con grandes ojos oscuros.

Mason quedó pensativo.

—¿No está de acuerdo con la que tú tienes en la imaginación? —Preguntó Drake.

—Depende de los ojos —dijo Mason—. La muchacha que yo llevo en la imaginación tiene ojos oscuros, pero yo no los mencionaría como rasgo particularmente digno de notarse.

—Este operario es joven e impresionable —dijo Drake—. Me la describió como una belleza insuperable.

Volvió el coche hacia la izquierda y añadió:

—Allí está el coche de mi muchacho. Le avisaré para que avance dos espacios y podamos nosotros colocarnos detrás.

—Está bien —dijo Mason.

Drake oprimió ligeramente el botón de la bocina y el operario miró hacia atrás, hizo un gesto afirmativo, puso en marcha su motor e hizo avanzar su coche hasta que el parachoques rozó con el que tenía delante. Drake se las arregló para meter su vehículo en el espacio que quedó detrás.

—¿Quieres hablar con él? —preguntó al abogado.

Mason asintió.

Saltaron del vehículo y avanzaron hacia el coche de la agencia.

—Creo que no tardará mucho en salir —les informó el agente.

—¿La siguió usted hasta aquí desde las oficinas del *Contractor's Journal*? —preguntó Mason.

—Sí. Está solamente tres o cuatro manzanas más allá. La joven tenía evidentemente reservado un turno en el salón de belleza. Creo que la encargada del establecimiento la conoce. Pero todavía no he intentado conseguir la dirección o algún otro detalle.

—Puede usted hacerlo después de que salga —dijo Mason—. Pero no, espere. No quiero que ella crea que alguien la sigue. Esperaremos y reservaremos ese salón de belleza como un as en la manga. Es lo más conveniente.

—Bien. ¿Quiere usted que me quede aquí?

—Sí. Puede usted seguir en el coche. Yo la seguiré a pie. Si se me escabulle, usted interviene y descubre entonces por dónde va.

—Muy bien. Quizá se meta en un almacén o cosa por el estilo. Está uno perdido si trata de seguir a un peatón en automóvil.

—Muy bien. Usted procure no perderla de vista. ¿Cómo va vestida? —preguntó Mason.

—Vestido de lana oscura, con una chaqueta de zorro rojo y uno de esos sombreritos tan lindos.

—¿Es bonita? —preguntó Mason.

—¡Que si lo es! ¡Una belleza! A ese número jugaría yo todo lo que tengo.

Drake hizo un guiño a Mason.

—Bien. Volveremos a esperar en nuestro coche —dijo Mason—. Usted siga en su puesto y vea todo cuanto pueda hacer.

Mason y Drake volvieron a sentarse en el coche de este último y se dedicaron a esperar.

—¿Tienes alguna idea de la hora en que murió Tidings? —preguntó Drake.

—Creo que sí.

—¿Cuál, si se puede saber?

—Yo mismo desconfío —dijo Mason—. La cosa no tiene sentido... Ni la hipótesis que ha lanzado la Brigada de Homicidios.

—¿Cuáles son esas hipótesis?

—Holcomb tiene dos. La primera es que Tidings fue muerto a

tiros en el *bungalow*, y la segunda que lo mataron en el automóvil y arrastraron el cadáver hasta el *bungalow*.

—Y tú, ¿cómo te lo figuras?

—Yo me figuro que le pegaron el tiro en el automóvil y que entró en la casa por sus propios medios... probablemente con alguna ayuda. Murió lentamente tan pronto como fue tendido sobre la cama... Un detalle extraño es el de los zapatos puestos.

—¿Qué detalle es ése?

—Que no los tenía puestos.

—Nadie acostumbra a meterse en cama con los zapatos puestos.

—Pero es que un moribundo no es natural que se detenga a quitarse los zapatos. Si alguien le estuvo ayudando, a ese alguien no se le ocurriría tampoco quitárselos... a menos que fuese una mujer.

—Voy comprendiendo —dijo Drake.

—Los muchachos de la brigada de homicidios no pudieron descubrir los zapatos. Yo también, cuando estuve allí, los busqué, pero no los vi en el ropero, ni tampoco debajo de la cama.

—¿Y por qué le quitaron los zapatos?

—No lo sé, pero tengo una idea, que quizá, podría ser acertada.

—¿Qué idea?

—Revisemos los hechos, Paul. El forense que practicó la autopsia dice que llevaba muerto algún tiempo. Supone que desde las diez de la mañana del martes lo más tarde. Se me figura que le gustaría situar la hora un poco antes, pero en vista de los testimonios, estirará las cosas hasta el límite posible.

—El radiador de gas en marcha y la habitación completamente cerrada, contribuye a embrollar el asunto —observó Drake.

—Es cierto, pero ése es un detalle muy significativo por sí mismo.

—¿Por qué lo dices, Perry?

—Miremos las cosas bajo este aspecto, Paul. Tidings pudo entrar en la casa por sus propios medios. Ello pudo ser durante el día. Pero hay unos cuantos detalles que me hacen pensar de otro modo. Uno de ellos es precisamente el gas.

»No creo que el gas fuese abierto simplemente para crear condiciones que causasen una más rápida descomposición del cadáver y hacer más difícil determinar la hora de la muerte con alguna seguridad.

—¿Por qué fue abierto entonces? —preguntó Paul Drake.

—Fue abierto porque hacía frío en la habitación —dijo Mason—. Quien lo abrió quería calentar la habitación. Eso quiere decir que fue abierto durante la noche.

—¿La noche del martes? —preguntó Drake.

—No, Paul. El lunes por la noche —rectificó Perry Mason.

Drake se le quedó mirando en espera de más deducciones. Luego exclamó:

—¡El lunes por la noche! ¡Pero si eso es imposible!

—Pues fue o el lunes por la noche o el martes de madrugada. El hombre no estaba muerto cuando fue llevado al interior de la casa. Las manchas de sangre en el suelo lo indican. La naturaleza de las manchas de sangre del lecho demuestran que hubo una hemorragia considerable después de tenderse en él.

—Es cierto —admitió Drake.

—Según el testimonio del forense, la muerte tuvo que ocurrir el lunes por la noche y no el martes por la noche. Recuerda que dice que el individuo llevaba muerto por lo menos desde las diez de la mañana del martes.

—Pero, por Dios, Perry, tú hablaste con él por teléfono. Su secretario dice que estaba...

—¿Cómo sé yo que hablé con él por teléfono? —interrumpió Mason—. Yo hablé con alguien que dijo que era Tidings. Hablé primero con el secretario.

—Pero es que el secretario dice que estaba en el despacho... ¿O es que opinas que el secretario miente?

—Exactamente —dijo Mason—. No veo otro modo de interpretarlo. El secretario tuvo que mentir.

—¿Por qué?

—Tus sospechas son tan buenas como las mías, pero miremos el asunto desde un punto de vista de profundo sentido común. Para empezar, supondremos que Tidings no estaba muerto cuando fue introducido en la casa. Estaba mortalmente herido. Aparentemente murió poco después de ser tendido en la cama. Quien ayudó a Tidings a entrar en la casa a tenderse en el lecho y abrió el radiador del gas para calentar la habitación, probablemente entró en el cuarto de baño para coger unas toallas para contener la hemorragia, o quizá corrió al teléfono para llamar a un doctor... y Tidings

entretanto murió.

»Luego, se apoderó de él el pánico, examinó la situación y decidió huir; una vez tomada aquella decisión, quienquiera que fuese, tuvo razón para creer que pasaría un considerable período de tiempo antes que se descubriese el cadáver... y que sería difícil, si no imposible, determinar la hora exacta de la muerte. Por eso quitó los zapatos de Tidings.

—¿Por qué?

—¿No comprendes? Los zapatos forman una pista valiosísima.

—¿Para qué?

—Para determinar la hora de la muerte.

—No comprendo —dijo Drake.

—Opino —prosiguió Mason— que los zapatos le fueron quitados a Tidings después de morir, y que la persona que se los quitó era una mujer.

—¿Qué tienen que ver los zapatos con eso, Perry?

—Había barro en los zapatos —dijo Mason—. No mucho barro, pero sí el suficiente para indicar que había estado lloviendo fuera, una lluvia que no había originado mucho barro, pero sí una débil capa que se había adherido a las suelas.

»No había colcha en la cama. Eso significa que la colcha fue sacada a tirones de debajo del cadáver, porque presentaba algunas huellas reveladoras... probablemente dejados por los embarrados zapatos y por un abrigo demasiado mojado.

—¿Crees que Tidings llevaba abrigo en aquel momento?

—Sin duda. Supongo que Tidings fue al *bungalow* en automóvil, conduciéndolo otro. Alguien que le ayudó a caminar hacia la casa, atravesando el vestíbulo para dirigirse al dormitorio. Tidings se tendió en el lecho y estaba muerto a los pocos minutos. Había manchas de sangre en la colcha, barro en los zapatos y mojaduras dejadas por el abrigo.

»Alguien le quitó los zapatos, le despojó del abrigo y luego tiró de la colcha hasta sacársela de debajo... Todo aquello formó un buen montón. Del abrigo se deshicieron metiéndolo en el fondo del coche de Tidings. Luego el coche fue situado donde la policía pudiese encontrarlo al día siguiente, pero no antes.

»Esto nos lleva a la pista más significativa de todas, al hecho de que aquellas manchas de sangre desaparecieran a una o dos

pulgadas más allá del umbral de la casa. Recuerda que estaba lloviendo el lunes por la noche. Aquél es un porche de cemento y un paseo del mismo material. Ahora te diré por qué las manchas de sangre se detienen cerca de la puerta. Ello es debido a que la violenta lluvia las limpió, excepto las dos o tres gotas que quedaron protegidas de la lluvia por el tejadillo de la puerta delantera. Eso indica también que el asesinato ocurrió... el lunes por la noche.

—Bien, Perry. Tú ganas —dijo Drake—. Ese último indicio no tiene vuelta de hoja. Se basta por sí mismo... Perfectamente, quedamos en que fue muerto el lunes por la noche. ¿A dónde nos conduce eso?

—No lo sé —contestó Mason.

—¿Qué te parece si fuésemos a trabajar a aquel secretario de Tidings para ver si le hacemos cantar?

—Eso sería lo más lógico —dijo Mason—, si yo supiera dónde estoy.

—¿Qué quieres decir, Perry?

—Francamente, Paul, yo no sé quién es mi cliente —confesó Mason.

—Vamos, no bromees —dijo Drake.

—He sido comprometido por alguien para proteger a una mujer —dijo Mason—. Creo que fui contratado para defender a esta mujer de la acusación del asesinato de Albert Tidings.

—¿Y no se mencionó eso específicamente? —preguntó Drake.

—No, Paul. No se mencionó. Un hombre se presentó en mi despacho después de la medianoche del lunes. Estaba lloviendo entonces..., lloviendo a cántaros. Le acompañaba una mujer. La mujer no me dejó oír su voz ni ver su rostro. El hombre estableció determinadas condiciones por las que podría ser identificada. Cuando esa identificación fuese completa, yo recibiría unos honorarios muy importantes.

»Ahora bien, no puedo imaginarme nada que justifique todos aquellos locos esfuerzos..., aquel procedimiento de sacarme de la cama para proteger a alguien, a menos que se tratase de algo urgente y grave. Como por ejemplo, un asesinato...

»Claro que cuando me enteré de la muerte de Tidings, pensé en seguida que aquello debía ser. Pero yo fui contratado el lunes por la noche. El asesinato, aparentemente, no fue cometido hasta el

martes. Luego empecé a comprobar los indicios y todo lo que descubrí indicaba que Tidings murió el lunes por la noche... Y hasta tengo fundadas sospechas de que fue antes de la medianoche del lunes.

—Todavía no comprendo por qué no te decides a sacarle una confesión al secretario —dijo Drake—, si estás seguro de que tu cliente era una mujer.

—Es que no estoy seguro de que el secretario lo asesinase —dijo Mason.

—¡Por Dios, Perry! Si te mintió en lo de que Tidings estaba en el despacho, y si suplantó a Tidings en el teléfono al hablar contigo...

—Eso no prueba nada —interrumpió Mason— excepto que el secretario tiene alguna razón muy poderosa para no querer que nadie sepa que Tidings no estaba en el despacho. Supongamos, por alguna razón, que era vital hacer aparecer que Tidings estaba sentado en su despacho el martes por la mañana. El secretario hizo todo lo que pudo para crear la impresión de que Tidings estaba allí. Luego fue encontrado el cadáver de Tidings, y los indicios señalaban como hora de la muerte el lunes por la noche... pequeñas cosas que hubieran sido insignificantes para un extraño, pero que hicieron que el secretario se diese cuenta de que tenía que luchar contra ellas.

»Puedes imaginarte el apuro en que se vio el secretario. No se atrevería a retroceder ni a desmentir sus anteriores afirmaciones, porque aquello le hubiera organizado un conflicto espantoso. Por lo tanto, se dedicó a seguir adelante con sus embustes...

»Ahora bien; supongamos que el secretario no es culpable de asesinato, sino que utilizó meramente un subterfugio para hacer aparecer que Tidings estaba en el despacho el martes por la mañana. Supongamos también que yo me precipito, que abrumo al secretario de Tidings con un montón de hechos y le obligo a confesar. Confesará que mintió en lo de Tidings, pero adelantará alguna razón lógica para la mentira. Como consecuencia, la policía caerá sobre mi cliente y la acusará de asesinato. Mi oficiosa injerencia habrá borrado la única defensa que posiblemente habría tenido frente a un jurado.

—¿Y en qué consistiría...?

—En una coartada para el martes por la mañana y para la tarde

y la noche de ese martes.

—¿Qué te hace creer que ella tiene en su favor alguna coartada?

—La falta de los zapatos y de la colcha.

—¿Hablas en serio, Perry?

—En serio estoy hablando. ¿No comprendes, Paul? La única razón para quitarle de los pies los zapatos a aquel hombre y la colcha de la cama, fue ocultar el hecho de que estaba lloviendo cuando entró en la casa. Esto significa que aquella persona sabía que aquel lugar era el último sobre la tierra en que a alguien se le ocurriría buscar a Tidings. Significa también que la persona que lo hizo sabía que mistress Tidings no estaba en la ciudad y que no esperaba que volviese en varios días. La única solución lógica es que esta persona tuvo que abandonar mi despacho el lunes por la noche y luego se dedicó a proporcionarse una coartada... Ahí tenemos a nuestra muchacha que ya sale, Drake.

Drake miro rápidamente a la joven parada a la puerta del salón de belleza, la que estaba ocupada en calzarse unos guantes oscuros.

—Parece ella —dijo—. El operario no exageró mucho. Está chica tendrá mi voto para Miss América siempre que quiera.

Drake levantó la mirada del rostro de Mason y vio que el abogado permanecía en silencio.

—¿Qué te pasa, Perry? —le preguntó.

—Habría apostado diez contra uno a que se trataría de una mujer que yo hubiera visto antes —dijo Mason—. No esperaba encontrar una desconocida.

—Pues ésta es la que buscamos —dijo Drake—. Mi hombre acaba de darnos la señal de que la pieza está a la vista.

Mason inclinó la cabeza para que el ala del sombrero le ocultase una porción del rostro.

—No la pierdas de vista, Paul —dijo—. Quizá me conozca cuando me vea. Dime lo que está haciendo.

—Está terminando de calzarse los guantes —dijo Drake—. Ahora sale a la acera... Dirige una mirada de curiosidad a mi operario del coche de delante... Parece no habernos advertido en absoluto. Bien, Perry. Ya echa a andar. ¿Vas a seguirla?

—Sí —dijo Mason—. Y no olvides esto, Paul. No descuides lo del secretario Mattern. Averigua todo lo que puedas de él. Investiga particularmente si hay alguna relación entre Mattern y un individuo

llamado Bolus, que es presidente de la «Western Prospecting Company». Hasta la vista. No pierdas el tiempo.

Mason saltó a la acera, se incorporó al tránsito y avanzó tranquilamente detrás de la joven.

La muchacha caminaba con paso rápido, pero no lo suficientemente apresurado para destruir el fácil juego de unos músculos perfectamente coordinados. Las caderas de Mason se movían rápidamente, dirigiéndose al parecer hacia algún objeto determinado, sin preocuparse de ninguna otra cosa.

Mason la siguió hasta un almacén, donde ella penetró en una cabina telefónica, en la que permaneció el tiempo suficiente para marcar un número y entablar rápida conversación con alguien. La joven colgó el receptor, pasó por delante del mostrador, donde Mason se encontraba comprando un cepillo de dientes, y ganó de nuevo la acera. Una vez más, la joven lanzó una rápida mirada al coche que guiaba el agente de Drake, pero no fue más que un simple aleteo de la mirada.

Ya en la calle la muchacha pareció perder gran parte de su anterior prisa. Su paso se hizo más lento. Por dos veces se detuvo para mirar los escaparates de un almacén. La segunda vez pareció retirarse a desgana de la contemplación de un traje de terciopelo negro, que vestía un maniquí del escaparate. Dio media docena de pasos, retrocedió bruscamente y estudió una vez más el vestido, dando a Mason la oportunidad, después de un momento de titubeo, de pasar por delante, advirtiéndolo al hacerlo que sus ojos estaban solamente interesados en el escaparate del almacén.

Mason se detuvo en la puerta de los lujosos almacenes y esperó que ella pasase.

En su lugar, la joven penetró rápidamente en dos almacenes y se mezcló con la multitud que se movía lentamente por las naves. Un momento después se dirigió hacia los ascensores, luego retrocedió bruscamente, penetró en el departamento de ropas hechas y salió por la puerta a otra calle.

Mason que la seguía, se encontró por completo desprevenido cuando ella se detuvo repentinamente. Se vio entonces en la necesidad de hacerse visible, deteniéndose también, o continuar andando, haciéndose el distraído. Decidió esto último.

—Buenos días, míster Mason —dijo una bien modulada voz—.

¿Deseaba usted decirme algo?

Mason levantó el sombrero y miró al fondo de aquellos ojos negros, en los que brillaba una chispita de humor burlón.

—No creo tener el honor de conocerla —dijo.

Ella se le echó a reír en la cara.

—¡A esto se expone una mujer cuando da facilidades para que se la aborde! —rió—. ¿Había que esperar algo mejor del gran Perry Mason? ¿Por qué me seguía usted?

—Nada más que para admirar su belleza.

—No diga tonterías... Vamos, si usted desea hablarme, no hay razón para que camine detrás de mí.

La joven se cogió del brazo de Mason, sonrió y dijo:

—Así vamos mejor, ¿verdad? Iba a torcer a la izquierda. Supongo que eso significa que usted iba también a torcer a la izquierda.

Mason asintió.

—¿Se dio cuenta de los dos coches que me seguían también? —preguntó ella con acento en que predominaba la ironía.

—¿Dos? —preguntó Mason fingiendo sorpresa.

—Bueno, uno de ellos, estoy segura. Del otro, no tanto.

—Parece usted algo popular —dijo Mason.

—Eso parece.

—Realmente, no recuerdo haberle visto a usted antes de ahora.

Ella se echó a reír.

—Oh, ya he visto su retrato docenas de veces y me lo han enseñado en los clubs nocturnos. Usted probablemente no se dio cuenta, míster Mason, pero es usted casi un ídolo popular en la ciudad... Decididamente, más que una celebridad.

—Me siento halagado —murmuró Mason.

Ella le miró de reojo.

—A mí me desagrada la idea de dejarme interrogar por usted —dijo.

—Y a mí —repuso Mason— me desagrada interrogarla. Los que saben rehuir las preguntas tan bien como usted, hacen unos testigos muy molestos.

—¿Por qué? ¿Qué preguntas rehuyo yo?

—No me ha dicho usted su nombre... todavía.

—Es cierto. No se lo he dicho —rió la joven—. Ni siquiera estoy

segura de que se lo diré, míster Mason. Son bastante listos esos detectives, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice usted?

Ella aseguró:

—Uno de ellos se estacionó ante la puerta del establecimiento donde entré. El otro dio la vuelta a la manzana. Aquí viene ahora. ¿Nos escabullimos o dejamos que nos vea?

—Les dejaremos que nos vean —dijo Mason—. Cobran por días y es una obra de misericordia darles facilidades. Supongo que mi entrada en escena no originará complicaciones.

—¿Por qué lo dice usted?

—Oh, nunca se sabe a quién dirigen sus informes y, por otra parte, ignoran por qué la seguía yo a usted. Como consecuencia, su informe dirá, sobre poco más o menos: «Poco después que la individua abandonase el salón de belleza, Perry Mason se puso a seguirla. Después de observar que la costa estaba completamente libre, Mason se acercó a la individua y los dos se alejaron del brazo, charlando animadamente».

La joven frunció el entrecejo.

—Eso complicaría las cosas —dijo—. No me gustaría que dijesen... bueno, ya me comprende usted. Del modo que lo dice usted, suena un poco extraño.

—Pues es así, como los detectives redactan sus informes —repuso Mason.

—¿Me estuvo usted siguiendo todo el camino desde el salón de belleza?

—Sí.

—Yo no me di cuenta hasta llegar a los almacenes. ¿Qué desea usted de mí?

—Desearía saber quién es usted —dijo Mason.

—¿Y si no se lo digo?

—Entonces probablemente me llevará media hora el averiguarlo.

—No sea tonto, míster Mason. Dispongo de docenas de medios para burlarlo.

—Supongo que no descenderá tan bajo como para ensayar conmigo el truco de los lavabos públicos. Eso está muy gastado.

—¡No, por Dios! Además, no me inspira usted confianza. No estoy segura ni siquiera de que se detuviese a la puerta de los

lavabos. Tiene usted cara de haber hecho una apuesta para averiguar algo, y le creo capaz de todo.

—Si es así, ¿por qué no es usted buena chica y me lo dice?

—Porque es la única cosa que no quiero que sepa usted. No estoy dispuesta a comunicárselo.

—¿Cuándo lo estará usted?

—Cuando sepa por qué me venía usted siguiendo y qué le hizo dirigirse a mí en primer lugar. También quiero saber si tiene usted alguna relación con esos detectives que me venían siguiendo en los automóviles. En otras palabras, míster Mason, que yo parezco haber alcanzado una repentina y halagadora popularidad. Ser vigilada por un detective ya es bastante grave. Llevar dos detectives al retortero es desconcertante, y luego volver la cabeza y ver al más famoso abogado de la ciudad tomándose un desacostumbrado interés por mis actividades es suficiente para elevarme el pulso hasta el vértigo.

—¿Me va usted a decir quién es? —preguntó Mason.

Ella se volvió para mirarlo.

—No —dijo—; ni tampoco estoy dispuesta a que continúe siguiéndome. Le advierto, míster Mason, que deseo vivamente que se me deje sola... Supongo, pues, que nos estrecharemos la mano y que nos separaremos tan amigos. Yo permaneceré aquí y le veré alejarse por aquella calle. Cuando esté usted una manzana más allá reanudaré mis compras de la tarde.

Mason hizo un gesto negativo.

—Después de haberme tomado tantas molestias para encontrarla a usted —dijo—, no pienso dejarla escapar tan fácilmente.

—¡Entonces éstos son sus detectives!

Mason no dijo nada. Ella echó hacia atrás la cabeza, desafiadora.

—¿Nos declaramos la guerra? —preguntó Mason.

—Sí, a menos que se retire usted —contestó ella sin vacilar.

—Contésteme a cuatro o cinco preguntas —dijo Mason— y pediré un armisticio.

—No.

—Está bien: estamos en guerra entonces.

Habían ido dando vuelta a la acera mientras hablaban, como una pareja galante entretenida en su charla. Sólo un atento observador habría notado una testaruda decisión en el rostro del abogado y una nerviosa agitación en los modales de aquella

hermosa joven.

Cambió la señal del tránsito. El agente echó a andar contra la corriente de peatones caminando tranquilamente para detenerse en expectante atención al borde del cruce, fija la alerta mirada en el tránsito de automóviles, pronto a descubrir los primeros síntomas de un prohibido viraje a la izquierda.

Bruscamente, la joven, parada al lado de Mason, le apartó violentamente y gritó, descompuesta:

—¡Guardia! ¡Este individuo me está molestando descaradamente! Me...

Obrando con la rapidez del relámpago, y antes de que el guardia pudiera volverse para abarcarlos en su campo visual, Mason arrancó el bolso de debajo del brazo de la joven.

Muda de sorpresa e indignación, volvióse ella para mirarle con asombrados ojos. Mason se quitó el sombrero y dijo cortésmente:

—Sólo trato de devolverle el bolso, señora.

El guardia avanzó hacia ellos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Me está molestando —dijo la joven—. Me tomó...

—Una joven dejó su bolso en el mostrador de unos almacenes —explicó Mason al agente—. Creo que el bolso es de esta señorita, pero no se lo daré hasta que pueda identificarlo. ¿No es razonable? Puede usted hacerse cargo de él, si quiere.

Mason abrió tranquilamente el bolso y añadió:

—Puede usted verlo por sí mismo guardia. Hay...

La joven se abalanzó a Mason y agarró frenéticamente el bolso.

—No se atreverá usted... —exclamó.

Mason giró para presentar uno de sus anchos hombros al brusco ataque. Sacó del bolso una carterita de cuero, la abrió y dirigió una rápida mirada a la licencia de conductor de la joven.

—Véalo usted mismo, guardia —dijo—. El nombre y la dirección de la dueña del bolso están en estas licencias de conductor. Todo lo que tiene ella que hacer ahora es darme su nombre y yo le entregaré el bolso.

Había lágrimas de humillación e indignación en los ojos de la joven.

—Oiga, señor —dijo el guardia—. Me parece que usted obra de un modo un poco raro en esto.

—No veo la rareza —replicó Mason con dignidad—. Permítame que me presente. Soy Perry Mason, el abogado. Yo...

—¡Anda, pues es verdad! —exclamó el agente—. Perdóneme, míster Mason. No le reconocí. Le he visto a usted en los tribunales algunas veces y muchas su retrato en los periódicos.

Mason sonrió y se inclinó agradecido. Luego dijo a la joven con sus modales más conciliatorios:

—Dese cuenta de mi situación. Creo que éste es su bolso. Pero no puedo devolverlo a menos que pueda usted identificarlo.

—Muy bien —dijo ella—. El nombre de la licencia es de Adelle Hastings. La dirección, novecientos seis, Cleveland Square. Hasta hay una huella de mi pulgar en la licencia, caso de que ustedes necesiten algún detalle.

—Ya sé bastante, miss Hastings —dijo Mason—. Estoy convencido de que es su bolso. Ése es el nombre y la dirección que figura en la licencia.

El agente se volvió para ahuyentar a los curiosos que se habían detenido a escuchar.

—Circulen —rezongó—. Ésta es una intersección, no el salón de un club. Circulen, no obstruyan el tránsito.

Mason se quitó el sombrero, saludó al agente y dijo a Adelle Hastings:

—¿Lleva usted mi camino, miss Hastings?

La joven hizo un esfuerzo para tragarse las lágrimas.

—Sí —dijo, y añadió, pasado un momento—: Ahora sí que lo llevo. —Y echó a andar a su lado.

—Lamento no haber tenido la oportunidad de hacer una más detallada investigación de su monedero —dijo Mason.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—A lo mejor hubiera encontrado en él un billete roto.

—¿Un billete roto? —preguntó la joven, mirándole con las cejas enarcadas.

—Bueno, por lo menos uno que hubiese sido cortado por los bordes.

—No tengo la menor idea de lo que está usted hablando, míster Mason —dijo ella con rápida vehemencia.

—Bien —dijo él—, podemos discutir esto más tarde. ¿Por qué no quería que me enterase de quién era usted?

—Por varias razones.

—¿Puede usted decirme cuáles?

—Puedo, pero no quiero.

—¿No cree que sería mucho mejor para usted ser franca conmigo?

—No.

—¿Es usted quien insistió en la investigación que descubrió el desfaldo en los fondos del hospital?

—Sí.

—¿Cómo se enteró usted de que Tidings había estado malversando los fondos?

—Yo pedí sencillamente una investigación. No hice acusación alguna.

—La pregunta sigue en pie —dijo Mason.

—Y también la respuesta —replicó la joven.

—Bien, lo ensayaremos desde otro aspecto —dijo Mason—. Estoy deseoso de hablar con cierto arquitecto. Claro que puedo esperar hasta mañana y leer la respuesta de mi anuncio en el *Contractor's Journal*, pero pensé que se simplificaría el asunto si usted me comunicase lo que míster Peltham había dicho.

Ella permaneció muda y Mason vio que su rostro palidecía intensamente. En sus ojos brillaba el pánico. Sus labios temblaban. Por dos veces trató de hablar antes de acertar a decir «oh», con una voz que pareció un sollozo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al fin.

—No hay necesidad de apurarse tanto, miss Hastings —dijo Mason—. Limítese a decirme lo que él contestó a mi anuncio.

Ella se agarró a su brazo y él sintió cómo las puntas de sus dedos se le hundían en la carne.

—¡No, no! —gimió—. ¡No, no! Usted no debe permitir que nadie sepa eso jamás... ¡Oh, debí comprender que usted me haría caer en la trampa!

Mason la palmoteo suavemente en la espalda y al ver las miradas curiosas de algunos transeúntes la condujo hacia un portal.

—Tranquílcese —dijo—. Quizás haya algún sitio donde podamos hablar... He aquí una cafetería. Entremos unos momentos.

Ella permitió que la guiase por el interior del establecimiento y al sentarse lanzó un suspiro, como si se sintiera aliviada del peso de

su cuerpo sobre las temblorosas rodillas.

—¿Cómo se enteró usted de eso? —preguntó, mientras Mason se sentaba al otro lado de la pequeña mesita.

Acudió un camarero con blanca chaqueta y Mason interrogó con la mirada a Adelle Hastings.

—Un doble *brandy* —dijo ella.

—Traiga dos —ordenó Mason, y cuando el camarero se hubo retirado añadió con voz suave—: Debíó usted comprender que no podía ocultar su personalidad.

—Ya lo creo que hubiera podido —replicó ella—. ¡Oh, si hubiese empleado nada más que la prudencia ordinaria! Ahora lo comprendo todo. Y veo la trampa que usted me tendió.

—Dejémonos de andar por las ramas —dijo Mason, cambiando bruscamente de tema—. ¿No tiene algo que decirme?

—¿Sobre qué?

—Sobre su primera visita a mi despacho. Si usted me necesita, ya sabe que se tomarán todas las medidas para asegurarle mi ayuda.

—No sé de qué me está hablando —afirmó la joven.

—Así no nos entenderemos —dijo Mason.

—Puede usted creerme que es cierto que no le comprendo a usted —insistió ella.

—Está bien —dijo Mason—. Ha tenido usted su oportunidad. Recuerde que yo protejo a mis clientes de la mejor manera que puedo. Los que no son mis clientes tienen que estar en guardia.

La joven se echó a reír nerviosamente.

—Si cree que de aquí en adelante no voy a estar muy en guardia con usted, míster Mason, está muy equivocado.

—Está bien. En eso quedamos entonces. Volvamos ahora a Robert Peltham. Antes de nada, ¿qué dice en su contestación a mi anuncio?

Como ella titubease, Mason añadió:

—Puedo averiguarlo con el sencillo expediente de telefonar al *Contractor's Journal*. Al fin y al cabo, tienen que publicarlo mañana como usted sabe.

La joven se mordió los labios. Por un momento sus negros ojos quedaron velados por las abatidas pestañas, luego le miró de pronto y sus dientes destellaron entre los labios sonrientes.

—Míster Peltham —declaró— dice que no puede entrevistarse

con usted... y que siga adelante.

—Pero es que ando a tientas en las tinieblas.

—Pues parece que lo está usted haciendo muy bien, míster Mason —repuso ella, y Mason se dio cuenta de que algo había hecho que la joven recuperase repentinamente el dominio de sus nervios.

Mason la observó, tratando de descubrir la razón de tal transformación, de saber si era debido a algo que él había dicho o simplemente a que ella había concebido de pronto un nuevo plan capaz, por sus posibilidades, devolver la confianza en sí misma.

—He profundizado demasiado para retroceder ahora —dijo Mason—. Seguiré adelante.

—Hágalo —dijo la joven—. Míster Peltham parece pensar que lo está haciendo espléndidamente.

—¿Ha hablado usted con él?

—Expresémoslo de este modo: he estado en comunicación con él.

—¿Por teléfono?

—Me temo que voy a tener que volver a rehuir sus preguntas, míster Mason.

—Perfectamente —dijo Mason, mirándola con repentina beligerancia—. Dejemos de jugar al escondite. ¿Cuál es su coartada para la noche del lunes?

Ella le sonrió dulcemente.

—Dirá usted desde el mediodía del martes, míster Mason —corrigió.

—Ya ha oído mi pregunta. La noche del lunes.

—Ya ha oído usted mi respuesta —replicó la joven—. Se referirá usted a partir del mediodía del martes.

—Espero que será una buena coartada.

—Lo es.

—Dígame, sólo por satisfacer mi curiosidad, ¿qué estuvo usted haciendo la noche del lunes?

—Lo que estuve haciendo la noche del lunes no tiene nada que ver con el caso. Usted lo sabe bien. Los periódicos dicen que usted, en persona, estuvo hablando con Tidings la mañana del martes, a eso de las once... Y estoy enterada de que representa usted a la señorita Gailord... Le deseo suerte con ella.

—¿Trata usted de cambiar el tema? —preguntó Mason.

—No, nada de eso.

—¿Qué sabe usted de miss Gailord? ¿La conoce usted personalmente?

—Me he encontrado con ella, sí.

—¿Dónde?

—Oh, varias veces; en actos sociales.

—¿Se mueve en su círculo?

—No exactamente. Trata de alternar... Bueno, no he querido decir eso.

—Sí que ha querido decirlo —insistió Mason—. La observación quizá se le haya escapado, pero refleja exactamente su pensamiento.

—Está bien entonces; lo dije.

—¿Es una advenediza social?

—Si usted quiere, llámelo de ese modo. Dicen que su padre fue un gran duque. ¡Vaya usted a saber! Yo no lo creo.

—¿Tiene ambiciones específicas hacia el matrimonio? —preguntó Mason, observando a la joven atentamente.

—¿Qué mujer no las tiene? —replicó la joven.

—Pero ¿en quién ha fijado sus aspiraciones?

—Lo siento, míster Mason, pero no me he preocupado de averiguarlo.

—¿Será porque ella es una rival?

—¿Que quiere usted decir? ¿Qué está insinuando?

—Quizá sepa más de lo que usted imagina —dijo Mason.

—Mire, míster Mason —repuso altivamente la joven—, Coleman Reeger y yo somos buenos amigos y nada más. No me interesa con quién se case..., pero me dolería verle caer en una trampa.

—¿Y cree usted que es eso lo que le va a pasar a su amigo?

—Basta, míster Mason —atajó la joven con firmeza—. No vamos a discutir este asunto, y dejemos ya de ocuparnos de Coleman Reeger.

—Perfectamente. Veamos si me quiere usted decir dónde estuvo el lunes por la noche.

—¿Me está usted preparando otra trampa, míster Mason? —rió la muchacha.

El camarero les trajo las bebidas.

—Hablemos claro —dijo Mason—. Usted, en el asunto de los

fondos del hospital, no obró por corazonada. Le informó Peltham. Usted está en comunicación con él. Y tiene la fe más ciega en ese hombre. Eso significa que... bueno, ya sabe usted, bastante mejor que yo, lo que significa.

—¿Qué significa? —preguntó ella, desafiadora.

—Puede usted enmascarar su rostro, pero no sus sentimientos —dijo Mason.

Ella oprimió el tallo de la copa, haciéndolo girar por un lento movimiento del pulgar y del índice, mientras desviaba su mirada de la de Mason.

—No creo que deba dar ninguna respuesta a esa insinuación —dijo.

—¿Es que no me ha comprendido usted?

—No es eso exactamente, pero quisiera que me concretase más antes de que... antes de que yo me decidiera a decir algo.

Mason apuró su bebida, sacó un billete del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa.

—Escuche: hemos jugado a los despropósitos y al ratón y el gato hasta cansarme. Ha llegado el momento de que me hable usted franca y noblemente o me retiraré y le costará trabajo volverme a encontrar.

—Pero ¿para qué quiero yo encontrarle, míster Mason? Recuerde que fue usted quien me siguió.

—Olvídelo —dijo Mason—. Estoy cansado de hacer el caballo. ¿Quiere usted que me marche o no?

—Míster Mason —dijo la joven con vehemencia—, si usted se levanta de esta mesa, se dirige hacia aquella puerta y no me hace más preguntas, creo que será una de las mayores satisfacciones que habré tenido en mi vida.

Mason, sin pronunciar palabra, empujó hacia atrás su silla, recogió su sombrero y se encaminó hacia la puerta. A mitad del camino se volvió y dijo:

—Ya sabe usted dónde está mi despacho.

Luego abandonó el establecimiento y la joven quedó sola.

Capítulo 7

Della Street miró a Mason, abrió la puerta del despacho particular y entró precediendo al abogado.

—¿De manera que le ha ido tan mal como eso? —preguntó.

—Peor —dijo Mason, quitándose el sombrero y arrojándolo sobre una silla—. Me he metido en una aventura folletinesca, pero es la última vez que me sucede.

—Pues Paul Drake telefoneó que usted había abordado a la joven y que todo parecía marchar bien.

—Drake es un pésimo conocedor del carácter femenino —dijo Mason—. Yo creo que no soy tan malo... ¿Y cuándo telefoneó Drake?

—Hace unos minutos. Dijo que le parecía que no había necesidad de seguir vigilando a la mujer, pero que lo había hecho obedeciendo normas generales, que la joven es Adelle Hastings, que usted la dejó en una cafetería, que ella salió poco después que usted y que se había dirigido directamente a su departamento. Si me da usted la otra mitad del billete de diez mil dólares lo llevaré al banco y haré un depósito.

Mason se echó a reír despiadadamente.

—¿Qué pasa? ¿No lo tiene usted? —preguntó la secretaria.

—No.

—¿No lo tenía ella?

—Debe tenerlo —contestó Mason—; pero antes de dármelo quiere hacerme bailar al son del pandero. Y yo he sido tan inocente que metí el dedo en el potaje y empecé a revolverlo. Ahora he deshecho todos los burbujones, pero sólo puedo mostrar un dedo quemado.

—¿Quiere usted decir que ella no está dispuesta a entregarle la otra mitad del billete?

—¿Y por qué va a dármele? Peltham está satisfecho y ella está satisfecha. Las cosas marchan divinamente. Ella tiene una coartada de hierro para el martes por la mañana. Por lo menos, ella dice que la tiene, y yo no le concedo la listeza suficiente para haber dicho la verdad. Si ha organizado una coartada, no hay duda de que la habrá organizado bien.

»He puesto a Holcomb en aprieto de tener que fijar la hora del asesinato como inmediatamente después del mediodía del martes. Tengo el trozo más pequeño del billete de diez mil dólares. No puedo hacer nada con él hasta que no tenga la otra mitad. Pero si soy tan simple que trabajo gratis, ¿por qué se va a molestar nadie en pagarme? Pero dejemos esto ahora. ¿Hay alguna noticia más que darme?

—Drake dice —contestó la secretaria— que sus hombres siguieron a Abigail Tump, que ella los condujo al hombre que cree que es el secretario del asilo de huérfanos que usted busca. También tiene en su poder una copia del anuncio dejado en el *Contractor's Journal* por miss Hastings.

—¿Qué dice el anuncio? —preguntó Mason, dejándose caer en el sillón giratorio, elevando los pies hasta la mesa y cogiendo un cigarrillo del estuche del despacho.

Della Street consultó su cuaderno de taquigrafía y leyó:

—«Nada que añadir a la situación. Conceder la *entrevista* esta vez sería imprudente. Lo está usted haciendo muy bien. P.»

—¡Y dale con que lo estoy haciendo muy bien! —exclamó Mason—. Della, copie esto, póngalo a máquina y mándelo inmediatamente al *Contractor's Journal*. Dígame que lo publique en su primera edición: «P. No me gusta trabajar a ciegas. Disponga que se me envíen planes detallados o considéreme dimitido». Ahora léamelo, Della.

La secretaria se lo leyó.

—Dele curso —dijo Mason, sonriendo satisfecho.

Ella lo miró con expresión que revelaba su interés.

—¿Y no sería mejor, jefe —preguntó—, permanecer callado y dejar que se desarrollen los acontecimientos?

—Esto no va con mi carácter —replicó él—. Sería probablemente lo más prudente y razonable, pero nunca se va muy lejos haciendo cosas prudentes y razonables. Este caso está ya en

marcha. Si yo me siento y espero, cristalizará contra el cliente que eventualmente tengo que representar.

—Pero si usted continúa haciendo cosas ventajosas para su cliente, nunca logrará que le paguen —replicó la secretaria.

—De ahora en adelante —repuso Mason—, las cosas que voy a hacer le pondrán los pelos de punta. Lleve ese anuncio al *Contractor's Journal* y deje recado en las oficinas de Drake para que venga aquí tan pronto como regrese... Ese diablillo de Adelle Hastings se figura que puede fallarme los ases, pero va muy equivocada.

—¿Y cómo puede evitar usted que siga jugando de ese modo mientras usted continúa trabajando en el caso?

Mason sonrió, pero de mala gana.

—Voy a impedir que haya fallos —dijo.

Della Street se arregló el sombrero frente al espejo del despacho.

—Bien —murmuró—; es inútil decir a usted que tenga cuidado.

—¿Quién consiguió nada en la vida teniendo cuidado? —replicó Mason—. Cada vez que se detiene uno a pensar lo que va a hacer el prójimo, se imagina uno inconscientemente lo que haría en su lugar. El resultado es que no se lucha con él, sino con uno mismo y siempre se llega a hacer tablas.

»Los buenos luchadores se preocupan de que sus movimientos sean lo suficientemente rápidos para que su enemigo esté demasiado ocupado y no pueda discurrir acertadamente.

—Algo me dice —observó Della, mientras se dirigía a la puerta— que las cosas van a ir muy deprisa esta vez.

Se oyó en el pasillo la voz de Paul Drake que decía alegremente:

—A contraluz sus piernas están bastante bien, Della. Podría usted exhibirlas en un escaparate.

—Cuando no tenga usted demasiado quehacer, cuénteles a Perry lo que ha visto —rió la joven.

Drake, de raro buen humor, se plantó ante Della y la obligó a entrar con él en el despacho.

—Caramba, Perry —dijo—, fue un buen truco lo del bolso. Creí que me moría de risa. Cuando ella llamó al guardia y le dijo que la estabas molestando, pensé que tendría que presentarme en la comisaría de policía a responder de tu conducta para con la muchacha.

—Pero, ¿de qué se trata? —preguntó Della.

—Pues de que su patrón se ha hecho carterista —contestó Drake.

—Vamos, entra y cierra esa puerta —dijo Mason—. No quiero que todos los inquilinos se enteren de mis cosas.

—Si Paul ha terminado de admirar mi figura, yo me marcho —declaró Della.

Drake entró y cerró la puerta.

—¿De qué diablos hablabais? —preguntó Mason.

—¿No te has dado cuenta de las piernas de tu secretaria? —preguntó a su vez Drake, haciendo un leve guiño.

—¡Por Dios, dejemos eso! —exclamó Mason—. Tenemos mucho que hacer.

—¿Qué clase de trabajo?

A guisa de contestación, Mason cogió el teléfono de su mesa, lo conectó con la línea y dijo:

—Gertie, necesito hablar con el doctor Finley C. Willmont. Lo encontrará usted en su despacho. Su enfermera le dirá que está viendo pacientes y que no puede acudir al teléfono. Dígale que es Perry Mason quien le llama y que es importante. Necesito hablar con el doctor Willmont personalmente.

—Perfectamente —prometió Gertie—. ¿Quiere esperar?

—No; llame cuando lo tenga en la línea.

Mason colgó el auricular y añadió, dirigiéndose a Paul Drake:

—Ese demonio me tiene atado de pies y manos.

—¿Della? —preguntó Drake, sorprendido.

—Vuelve a la tierra —rezongó Mason—. Me refiero a Adelle Hastings.

—Yo creí que ya la hacías comer en tu mano.

—No —dijo Mason—. La convidé a una bebida y bebió del vaso.

—Estás como si te hubieran puesto un aguijón debajo de la manta de la silla —comentó Drake.

—Alguien me lo ha puesto, en efecto.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Bien, ¿y no te lo puedes sacar?

—No quiero. Prefiero aguantar los pinchazos.

—¿Qué quieres que haga yo?

—¿Tienes el nombre y la dirección de aquel tenedor de libros de

la Welfare Society?

—Sí.

—¿Quién es, dónde vive y qué aspecto tiene?

—Arthmont A. Freel, Departamento Montway, unos sesenta años, muy cargado de espaldas, ojos turbios, pelo lacio, ropas raídas y una personalidad desvaída y astrosa por todos conceptos. Ponle en un grupo de tres y lo perderás entre la multitud. No destacará más que unas cenizas de cigarro sobre una alfombra gris en una mañana brumosa.

—Hoy estás de buen humor, ¿verdad, Paul?

—Bastante bueno.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Me divirtió mucho verte actuar de «descuidero» con aquella joven cuando trató de llamar al guardia. Éste hacía gestos de aprobación cuando os alejasteis, como si hubiese cumplido magníficamente sus deberes hacia los contribuyentes y se considera acreedor a una condecoración.

Sonó el timbre del teléfono de la mesa de Mason. Éste cogió el receptor y oyó la voz de Gertie que decía:

—Ahí tiene al doctor Willmont.

Y un momento después la voz del mismo doctor que preguntaba:

—Sí, Perry, ¿qué desea?

—Deseo un donador de sangre, doctor... aproximadamente un cuartillo —contestó Mason.

—¿De qué tipo? —preguntó el doctor.

—Del tipo de los que saben tener la boca cerrada —dijo Mason.

—Pregunto de qué tipo de sangre.

—Sangre humana. Es todo lo que necesito.

El doctor Willmont titubeó.

—Eso es algo delicado. No se puede hacer una transfusión sin tener los tipos, tanto del donador como del paciente. Usted...

—Es que no hay paciente —replicó Mason—. No va a hacer ninguna transfusión. Yo necesito simplemente un donador.

El doctor Willmont titubeó.

—Supongo que yo podré explicarlo diciendo que es para fines de laboratorio —dijo—. En realidad, ¿para qué la necesita usted?

—Usted lo ha dicho: para experimentos de criminología en un laboratorio —contestó Mason sin demostrar mucho entusiasmo.

—Bien. Eso está bien. Trataré de arreglarlo.

—Le llamaré a usted más tarde —dijo Mason—. Téngalo todo dispuesto y el donador a mano.

Colgó el auricular y se volvió a Paul Drake.

—Bien, Paul; vamos.

—¿Adonde? —preguntó Drake.

—A los departamentos Montway —contestó Mason.

—¿En tu coche o en el mío?

—En el tuyo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. En marcha.

El locuaz buen humor de Drake se evaporó bajo la influencia del taciturno mutismo del abogado. Intentó una o dos pullas, pero luego cayó en un silencio que persistió hasta que el coche quedó estacionado frente a los departamentos de alquiler.

—Aquí es —dijo—. ¿Piensas ponerte muy duro con él, Perry?

—Pienso ponerme duro con todo el mundo... hasta que alguien hable claro —refunfuñó Mason—. En marcha.

Abrieron en silencio las portezuelas del coche, las cerraron de golpe y entraron en la casa. No había nadie en el mostrador del vestíbulo.

—Es el segundo piso, al fondo —dijo Drake—. Yo sé el número de la habitación.

Treparon por unas crujientes escaleras y siguieron un pasillo cubierto por una gastada y deslucida alfombra que se alargaba por entre las hileras de puertas. Drake indicó silenciosamente una de ellas. Mason llamó fuerte con los nudillos.

Al otro lado de la puerta se dejó oír la cascada voz de un hombre:

—¿Quién es?

—Me llamo Mason —contestó el abogado.

La voz sonó entonces más próxima a la puerta:

—¿De qué se trata?

—Noticias.

Rechinó una llave en la cerradura. Se abrió la puerta, y un hombre, cuyo rostro apenas llegaba a los hombros de Mason le miró por encima de unas gafas de aros de acero.

—¿Qué clase de noticias? —preguntó.

—Malas —dijo Mason, y penetró en la habitación sin más preámbulos.

Drake siguió al abogado. Mason le lanzó una rápida mirada interrogadora, y el detective asintió casi imperceptiblemente. Drake se acercó a una silla colocada junto a la ventana y se sentó. La silla estaba todavía caliente por la ocupación de otro ser humano. Freel, reteniendo todavía entre el pulgar y el índice un periódico que había estado leyendo, paseó la mirada de uno a otro.

—No creo conocerles a ustedes —dijo.

—Ya nos conocerá —repuso Mason—. Siéntese.

Freel se sentó en la cama. Mason se posesionó de la única silla que quedaba en la habitación, un artefacto de asiento de cañas que crujió bajo su peso.

Era un dormitorio pequeño y sombrío, con una cama de hierro, un delgado colchón y un espejo que devolvía deformados sus reflejos. Una gotera caía debajo del lavabo. Como muebles había solamente las dos sillas, una alfombra deshilachada a fuerza del uso, un armario ropero, la cama y algunas litografías ya borrosas.

Por debajo de la cama asomaban los bordes de una maleta y de un saco de mano. Un raído abrigo a cuadros estaba doblado sobre el pie esmaltado en blanco de la cama de hierro. La colcha había sido remendada en dos sitios y había sido agujereada en otros muchos.

Freel arrojó nerviosamente su periódico a un lado. En el silencio de la habitación, el crujido del papel sonó desacostumbradamente ruidoso.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar Freel.

—De sobra lo sabe usted —dijo Mason, observándole atentamente.

—Estoy seguro de que no tengo la más ligera idea de lo que les trajo a ustedes aquí ni de lo que está usted hablando.

—¿No se llama usted Freel?

—Sí.

—¿Era usted tenedor de libros, hace años, de la Welfare Society? La nerviosidad del individuo aumentó perceptiblemente.

—Sí —contestó.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Mason.

—Busco trabajo.

—Invente otra cosa —replicó Mason con sorna—. A ver si por

casualidad acierta usted a decir la verdad.

—Yo no sé quién es usted —protestó el individuo—. No sé qué derecho tiene usted a hacer esas insinuaciones.

—Puedo hacer hasta acusaciones —replicó Mason.

Las arqueadas espaldas se enderezaron. Hubo un repentino fulgor de desafío en los turbios ojos grises.

—No serán contra mí —replicó el individuo.

—¿No? —preguntó sarcásticamente Mason.

—No.

Mason apuntó repentinamente el dedo índice al pecho del hombre.

—Podría, por ejemplo, acusarle a usted del asesinato de Albert Tidings.

El hombrecillo de la cama saltó como si hubiese pasado a su pecho una descarga eléctrica surgida del dedo índice de Mason. Su boca quedó abierta en gesto de asombro y consternación.

—¡Yo! —exclamó con voz temblorosa por el miedo y la indignación.

—Usted —dijo Mason enérgicamente, y encendió un cigarrillo.

El silencio de la habitación fue solamente interrumpido por el crujido de los muelles del lecho al cambiar Freel su incómoda postura.

—¿Es usted policía? —preguntó.

—Este señor —dijo Mason, indicando a Paul Drake con un movimiento del pulgar— es detective. —Y luego añadió tras un momento, en voz baja—: Particular. Trabaja en el caso Tidings.

—¿Y qué tiene que ver ese señor conmigo? —preguntó Freel.

—Querrá usted decir qué es lo que le va a hacer a usted. ¿Cuándo vio usted por última vez vivo al señor Tidings?

—No sé de qué está usted hablando.

—¿Quiere usted decir que no conoce a Tidings?

—No —contestó Freel, desafiador—. No sé quién es.

—Pues estaba usted leyendo en el periódico algo que se refiere a él —repuso Mason.

—¿Habla usted del hombre que fue encontrado muerto?

—Así es como generalmente se encuentra a la gente que ha sido asesinada.

—Es cierto que estaba leyendo ese suceso. Pero ni siquiera lo

relacioné con el nombre.

—Bien, pues el nombre está relacionado con usted —afirmó Mason.

Freel se enderezó y avanzó hasta sentarse en el borde del delgado colchón.

—Escuche, señor —dijo—. No tiene usted derecho a entrar en mi casa para injuriarme. No puede usted...

—Olvídelo —le interrumpió Mason—. No trate de soslayar la cuestión. ¿Cuándo vio usted por última vez a Tidings vivo?

—Nunca lo vi. Nunca lo conocí.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí.

Mason rompió a reír.

Hubo otro intervalo de violento silencio, roto por la repentina pregunta de Mason.

—¿Cuándo vio usted por última vez a mistress Tump?

—¿A quién?

—Tump.

—Mire —protestó Freel con su voz chillona—, yo no asesiné a nadie. Yo... tuve algunos negocios con mistress Tump, eso es todo.

—¿Y qué me dice de Tidings?

Freel rehuyó la mirada de Mason.

—No le conocí.

—Piénselo mejor —insistió Mason.

—La verdad es que lo conocí casualmente. El fue quien me buscó.

—¿De veras fue así?

—En cierto modo, sí.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, no lo sé. Hará una semana o diez días.

—¿Usted no lo buscó a él?

—No.

—¿Buscó usted a mistress Tump?

—Bueno... ¿Cómo dice usted que se llama?

—Mason.

—¿Es usted Perry Mason, el abogado?

—Sí.

—¿Es cierto que representa usted a Byrl Gailord?

—¿Le dijo a usted eso mistress Tump?

—Sí.

—¿Qué más le dijo?

—Que va usted a conseguir que ella administre el dinero de Byrl.

—¿Qué sabe usted de Byrl?

Freel se recostó en el lecho y dijo untuosamente.

—Tenga cuidado, míster Mason, que yo no tomé parte alguna en aquel fraude primitivo. La Welfare Society fue culpable de numerosas irregularidades. Usted sabe lo que pasa con los chiquillos. Una pareja quiere adoptar un nene. Lleva algún tiempo encontrar uno que esté debidamente documentado y cuyos padres sean conocidos. Hay mucha demanda de tales chiquillos y siempre la ha habido. A veces las parejas tienen que esperar un año o más después de presentar una solicitud... Y a la gente no le gusta esperar tanto tiempo.

»Una sociedad como la Welfare está en condiciones de sacar provecho de tales impacencias. La gente va allí y paga para que el asilo les ceda chiquillos para adopción. Muchas veces la madre trata de llegar a un acuerdo con el asilo para que le mantenga la criatura. Cree que va a poder trabajar y enviar sus mensualidades regularmente. Pero el noventa y nueve por ciento de los casos no puede.

El hombrecillo hizo una pausa y se aclaró nerviosamente la garganta. Sus ojos miraron furtivamente por encima de las gafas que se le habían deslizado por las narices, para estudiar los rostros de los oyentes, con la esperanza de poder leer sus reacciones en su expresión facial.

—Prosiga —dijo Mason.

—Poco tengo que añadir. Si los asilos son honrados, esperan hasta que la madre abone sus atrasos antes de resolver nada, pero a veces prueban fortuna.

—¿Qué entiende usted por probar fortuna?

—Pues que se anticipan y ceden el chiquillo para adopción... Por cierto, que un niño pequeño logra mejor precio que un muchacho ya crecido.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Cuando un chiquillo tiene cuatro o cinco años, edad suficiente

para recordar su vida en el asilo, se da cuenta de que ha sido adoptado. La mayoría de la gente nunca dice a los chicos que han sido adoptados. Quieren que las criaturas los miren como a sus verdaderos padres.

—Perfectamente —dijo Mason—. ¿Qué sucedió con Byrl Gailord?

—Pues que probaron fortuna con ella... y perdieron.

—¿Qué origen tenía la chiquilla?

—Era rusa —dijo Freel sin gran convicción—. Sus padres murieron en un naufragio. Mistress Tump la metió en el asilo. Por aquella fecha ya era mayor de lo que convenía a la Welfare Society pero el origen de la chiquilla era un cebo para obtener un precio más alto.

Freel se humedeció los labios con la lengua y empezó a mover la cabeza arriba y abajo, dando silenciosos énfasis a sus palabras.

Mason observó atentamente al individuo durante varios segundos. De pronto preguntó:

—Mistress Tump tiene una hija, ¿verdad?

La cabeza de Freel cesó repentinamente en sus movimientos, mientras su y mirada buscaba confusa a Mason.

—¿Una hija? —preguntó.

—Sí.

—Pero..., ¿qué clase de hija?

—Una hija —replicó Mason—. Supongo que sabrá usted lo que significa la palabra.

—Oh, sí, sí, naturalmente... Pero no puedo recordar. Muchas cosas se han escapado a mi recuerdo... pequeños detalles. Supongo que en el asilo se enterarían de la historia de mistress Tump cuando se hicieron cargo de la chiquilla.

—¿Y por qué hicieron eso? —preguntó Mason.

—Oh, en el asilo querían saber todo lo relacionado con los chiquillos. Generalmente hacían que las muchachas que iban allí a dar a luz les diesen los nombres de los padres. Las muchachas se resistían a ello... Es extraño cómo tratan de proteger a los hombres que las han traicionado. Es la lealtad natural que las mujeres tienen para los hombres. Las mujeres son mucho más leales con los hombres, que los hombres con las mujeres, míster Mason.

Mason dio una larga fumada a su cigarrillo y lo arrojó en el

cenicero.

—Así es —dijo—. Volvamos a Tidings.

—Tidings trató de sonsacarme —confesó Freel—. Quería descubrir todo lo que yo sabía. Creo que buscaba algo que pudiera demostrar que Byrl Gailord no tenía...

—No tenía ¿qué? —apremió Mason.

—No tenía derecho al dinero.

Mason contempló, pensativo durante varios segundos, la deslucida alfombra. Freel les observaba con la ansiedad del tirador que quiere ver si sus balas han dado en el blanco.

—¿Investigó el asilo la verdad de aquella historia del barco torpedeado? —preguntó el abogado.

—Oh, sí. Ya lo creo, míster Mason. Hicieron una investigación muy completa. Siempre se informan del parentesco. La información podía significar muchos dólares...

Mason se levantó de la silla y se dirigió a la estrecha ventana, cuya parte inferior tapaba un mugriento visillo de encaje. Levantó la verde persiana y permaneció con los codos apoyados en la moldura que separaba la parte superior de la inferior, contemplando meditabundo la lisa pared de ladrillos situada enfrente.

Freel se dirigió a Drake.

—¿Verdad que usted me cree? —preguntó.

—Seguro —contestó Drake distraídamente.

—¿Conoce a Coleman Reeger? —preguntó Mason, asomado todavía a la ventana.

—No —contestó Freel—. ¿Quién es?

—¿No sabe nada referente a él?

—No.

—¿No oyó nunca su nombre?

—No, estoy seguro de que no. Tengo una buena memoria para los nombres.

—Pero necesita usted pensarlo mucho —repuso Mason—. Le llevó un buen rato recordar a Tidings.

—Mentí en lo de Tidings —confesó Freel—. Creí que sería mejor que nadie supiese... Bueno, ya sabe usted lo que pasa.

—¿Se presentó él a usted?

—Sí. Quiso sobornarme.

—¿Qué dijo mistress Tump cuando le contó usted todo eso?

Hubo un repentino pánico en la voz de Freel.

—No se lo dije —murmuró—. No se lo diga usted tampoco. No debe enterarse nunca de ese asunto.

Mason continuó asomado a la ventana. Las yemas de sus dedos tamborileaban sobre el estrecho saliente en que tenía apoyados los codos. De pronto se dio la vuelta para encararse con Freel.

—Está usted mintiendo —le acusó.

—No miento, míster Mason. Le juro a usted que le estoy diciendo la verdad del Evangelio.

—Ahora lo comprendo todo —dijo Mason—. ¿Cuánto saca usted de este asunto?

—Nada. Presto simplemente mi testimonio para tratar de enmendar una mala acción en que participé involuntariamente... Claro que yo sabía lo que pasaba en el asilo, pero allí yo no era más que un contador. Estaba encargado de los libros y eso era todo.

—¿Dónde están aquellos libros?

—No lo sé. Me despidieron.

—Pero recuerda muchos detalles.

—Sí.

—Su testimonio no valdrá un comino, Freel —dijo Mason, observándole con fija intensidad—. Ya ha pasado demasiado tiempo. Ningún jurado confiará en su memoria.

—Tomé notas —repuso Freel—. Tomé notas muy detalladas de ciertos casos que me impresionaron por... bueno, porque podían volverse contra mí.

—¿Por qué?

—Para si alguna vez se me llamaba a declarar estar seguro de poder exponer verdaderos hechos.

—Querrá usted decir que necesitaba algo para explotar el *chantaje* —repuso Mason.

Las espaldas de Freel se hicieron una pelota.

—No sé de qué me habla usted —dijo, rehuyendo la mirada de Mason.

—Míreme, Freel —ordenó Mason.

Por un momento, Freel continuó rehuyendo sus ojos; luego, con evidente esfuerzo, miró al abogado.

—¿Qué hay detrás de todo este asunto de Byrl Gailord? —

preguntó Mason.

—Lo que le he dicho a usted —contestó Freel, y su mirada volvió a rehuir la del abogado.

—Míreme, Freel.

Mason esperó hasta que el individuo levantó lentamente sus ojos.

—Ahora —dijo Mason— le expondré a usted la totalidad del asunto. Byrl Gailord es tan hija de un gran duque como yo. Byrl Gailord es un fruto ilegítimo de la hija de mistress Tump. Aquella historia del gran duque fue inventada en los últimos meses por mistress Tump para dar a la criatura un fondo de respetabilidad. El testamento de Gailord se refería a ella como a una chiquilla adoptada. La niña heredó mucho dinero en virtud de aquel testamento, pero él descubrió también el hecho de que había sido sacada de un asilo y que nunca había sido formalmente adoptada, por ser el fruto ilegítimo de una ilegítima unión... No, no baje usted los ojos, Freel. Míreme. Siga mirándome... Mistress Tump quería introducir a la muchacha en la sociedad. La familia de Reeger pertenece a la alta sociedad y tiene títulos nobiliarios. Nunca habría consentido en el matrimonio con una joven de los verdaderos antecedentes de Byrl Gailord, y por eso mistress Tump se propuso ennoblecerla con una falsa historia. Pero como sabía que no podría hacerlo por sí misma, acudió a usted y convinieron en presentarle como testigo.

Freel se estremeció. Los muelles de la cama crujieron acompañando su intranquilidad.

—¿Cuánto? —preguntó Mason.

—Quince mil dólares —respondió Freel con un hilillo de voz.

—¿Qué cantidad recibió usted realmente?

—Mil. Lo demás me lo darán cuando... cuando.

—¿Cuándo se case con Reeger? —preguntó Mason.

—Sí —dijo Freel, rehuyendo todavía la mirada del abogado.

—Siga hablándome de este asunto.

—Es todo lo que sé. Yo me encontraba sin trabajo y desesperado. Mistress Tump tenía detectives que me buscaron. Luego me hizo aquella proposición. Los mil dólares me parecieron una suma enorme. No tuve más remedio que acceder a ello.

—¿Y es pura invención todo eso de la sangre rusa en las venas

de la muchacha?

—No del todo. El padre es un ruso, hijo de un jefe de camareros, que vino refugiado de Rusia.

Mason se apartó bruscamente del hombrecillo y empezó a pasear por la habitación, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Su mirada se clavaba de vez en cuando en el pálido rostro de Freel.

Drake, manifiestamente incómodo en aquella silla de respaldo alto, observaba a Mason con silencioso interés.

Después de algunos minutos de pensativo pasear, Mason se detuvo con lentos movimientos.

—No puedo comprender —dijo— qué interés podía tener Tidings en sobornarle a usted para cambiar su testimonio. ¿Qué es lo que quería exactamente?

—No lo sé, míster Mason —dijo apresuradamente Freel—. E. 1 asunto no pasó de ahí. El trató de sobornarme y yo le hice saber claramente desde un principio que no estaba interesado... que no era de esa clase de hombres.

—Pero es que usted *sí que es* de esa clase de hombres —repuso Mason—. Se dejó sobornar por mistress Tump para declarar un montón de mentiras.

—Pero aquello era diferente, míster Mason. Aquel hombre quería que yo traicionase a mistress Tump.

—¿Por qué?

—No lo sé. No me lo dijo.

—Exactamente, ¿qué es lo que quería?

—Quería que yo cambiase mi declaración.

—¿En qué forma? ¿Pretendía que dijese usted la verdad?

—No. El no sabía la verdad.

—Bien. Entonces, ¿qué quería?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—¿Cómo se puso en contacto con usted?

—Lo ignoro también. Me encontró del mismo modo que usted. Yo estaba en mi habitación cuando de repente él se presentó.

—¿Más de una vez?

—No, sólo una.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. Hará una semana.

—¿Y qué le dijo?

—Dijo que podría hacer mi suerte si cooperaba con él.

—¿Cooperar cómo?

—Cambiano mi declaración.

—¿Pero, qué ventaja podría proporcionarle eso? —preguntó Mason.

—No lo sé.

—¿Cuánto dinero le dio a usted mistress Tump?

—Mil dólares.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—Y usted empleó algún tiempo en discurrir su historia..., quizás en falsificar algunos registros.

—Comprenderá usted, míster Mason, que yo tenía que procurar que mi relato tuviese visos de verosimilitud.

—Freel —dijo repentinamente Mason—, fue usted quien se dirigió a Tidings y no Tidings a usted. Usted quería venderle la información de Byrl Gailord. Como él era administrador de sus bienes, pensó que sería fácil sacarle dinero. Luego se puso usted al habla con mistress Tump, o ella se puso al habla con usted, y quedaron de acuerdo. Pero usted continuó negociando con Tidings. Había algo que él quería... Ahora bien: *¿Qué es lo que quería Tidings?*

Freel puso sus manos en las rodillas y bajó la cabeza.

—Me juzga usted mal, míster Mason —dijo con voz apenas perceptible—. No ocurrió nada de eso.

Mason se acercó a él, le agarró por el cuello de la americana y dijo:

—Levántese de esa cama —y mientras hablaba, obligó a Freel a ponerse en pie.

Mason golpeó las almohadas de la cama y palpó debajo de ellas.

—Échame una mano para manejar este colchón, Paul —dijo, dirigiéndose a Drake—. Vamos a registrar esto primero.

Mason cogió el colchón por la cabecera y Drake por los pies. Lo volvieron del otro lado. Freel corrió a agarrar a Mason por un brazo.

—No, no —protestó, forcejeando inútilmente.

Mason se lo sacudió de su lado.

—No puede usted hacer eso —gritó Freel, indignado.

Cerca del centro del colchón, por la parte de debajo, unas tiras de cinta adhesiva formaban como una red. Mason sacó su cortaplumas y cortó las tiras.

Una vez más Freel se abalanzó sobre él, Mason dijo sin levantar la mirada:

—Cuidate de este prójimo, Paul. Puede hacerse daño con el cortaplumas.

Drake rodeó con un brazo los hombros del individuo.

—Vamos, Freel —dijo—. Tranquilícese. Nadie le va a hacer daño.

Freel se debatió con frenético esfuerzo entre los poderosos brazos de Drake. Mason, después de cortar las tiras de cinta adhesiva, descubrió un pequeño escondrijo, practicado entre la borra de algodón que llenaba el colchón. Un fajo de billetes, sujetos con dos elásticos, se hizo visible en la cobertura... Mason sacó el fajo y quitó el elástico.

Había en el rollo diez billetes de mil dólares.

Mason se encaró con Freel.

—Muy bien, Freel —dijo—. ¿Quién le dio a usted el dinero?

—Mistress Tump —contestó Freel.

—Tidings —corrigió Mason.

Freel movió la cabeza nerviosamente. Mason rehízo el fajo de billetes y volvió a poner los elásticos.

—Está bien, Freel —dijo—, si va usted a portarse de ese modo, este dinero saldrá de la habitación conmigo. Se lo entregaré a la policía.

Freel se humedeció los labios.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—La verdad —repuso Mason.

—¿Y me dará usted mi dinero?

—Sí.

—Tidings me lo dio —confesó Freel.

—Cuénteme cómo fue —exigió Mason.

—Traicioné a mistress Tump —confesó avergonzadamente Freel—. Acertó usted. Quizás hice un mes un poco de chantaje. Tuve que buscarme la vida cuando me despidió el asilo. Si tuve que pedir dinero a algunas personas, fue porque no tenía otro remedio. Y

nunca pude sacar gran cosa y, además, tenía que andar con mucho cuidado, porque sólo me atrevía a trabajar en casos en que no habría peligro de que me denunciasen a la policía... casos en que la publicidad habría arruinado a alguien. A veces conseguía un poco de dinero del padre, otras de las personas que habían adoptado a las criaturas, y que no querían que éstas se enterasen de la adopción...

Freel parecía ya dispuesto a confesar por completo todas sus mentiras.

—Nunca pedí mucho dinero, míster Mason —prosiguió—, solamente el necesario para ir viviendo. Pensé que el mundo me debía un modo de vivir.

—Prosiga —dijo Mason—. Hábleme de Tidings.

—Fui a ver a Tidings. Le conté lo que sabía de Byrl Gailord.

—¿Qué hizo Tidings?

—Se echó a reír y me arrojó de su casa.

—Y después, ¿qué?

—Luego surgió mistress Tump. Me ofreció mil dólares en metálico y quince mil más tarde si yo apoyaba su historia sobre la adopción y sobre el parentesco ruso de la muchacha... Todo era una pura invención suya. La muchacha era fruto ilegítimo de su hija. La hija está casada con un banquero de Des Moines. Habrían tenido un disgusto si él hubiese llegado a enterarse... Pero no era ésa la caza que mistress Tump perseguía. Byrl empezaba a figurar en sociedad. Mistress Tump tenía proyectado su matrimonio con ese tal Reeger.

—¿Y entonces Tidings volvió a presentarse otra vez en escena?

—Sí.

—¿Qué quería?

—Que le prometiese que, cuando llegase la ocasión, diría la verdad. Fue todo lo que me pidió.

—¿Qué hizo usted?

—Traté de proteger a mistress Tump. Le dije que no podía. Él se rió de mí y me amenazó con que me haría condenar por perjurio si no lo hacía; y luego me ofreció diez mil dólares y... Bueno, no pude resistirme. Tuve que coger el dinero. De lo contrario, tendría que haber hecho lo que él quisiera y sin cobrar un céntimo. Me tuvo atado de pies y manos con sólo amenazarme con llevarme a los tribunales. Mi historial en los últimos años no hubiera resistido una investigación. Yo lo sabía tan bien como cualquiera y por eso

acepté.

—¿Mató usted a Tidings? —preguntó Mason.

—No, claro que no.

—Tidings tenía mucho de qué acusarle a usted —dijo Mason—. Tidings era un hombre duro. Lo habría usted pasado mal de tenerlo como enemigo.

—Pues no lo maté. Nunca he matado a nadie —insistió Freel, sin mucha vehemencia.

Mason le arrojó el fajo de billetes.

—Está bien, Freel —dijo—, ahí tiene su dinero. Vamos, Paul.

Freel vio cómo los dos hombres salían del pasillo. Luego se precipitó a cerrar la puerta con llave.

—Haz que le vigile uno de tus hombres —ordenó Mason a Drake.

—Éste se apresurará a desaparecer —dijo Drake.

—Eso supongo, pero necesito saber a dónde va —dijo Mason.

Drake se detuvo en la droguería de la esquina para llamar a su despacho. Cuando volvió a salir, hizo seña a Mason.

—Uno de mis sabuesos se pondrá a la tarea dentro de diez minutos, Perry.

—Ahora —dijo Mason, saltando al coche de Drake— dime algo de Peltham.

—¿Qué quieres saber?

—¿Vivía en un departamento de alquiler?

—Sí.

—Creo que dijiste que es hombre algo circunspecto.

—Mucho.

—¿Reservado?

—Mucho.

—La casa donde está su departamento, ¿tiene un garaje?

—Sí. En los sótanos. Un empleado se cuida de los coches.

—¿Salió Peltham en su automóvil?

—No. Su coche continúa allí.

—¿Tomaste el número de la matrícula y una descripción?

—Sí. Todo está en el informe que te enviamos a tu despacho.

—¿También el número de su departamento?

—Sí.

—Supongo que la policía habrá registrado el piso.

—Sí, lo han registrado sin perdonar rincón.

—¿Sabes si lo vigilan todavía?

—No, pero probablemente continuarán vigilando.

—Esto va a complicar un poco la situación —dijo Mason.

—Perry —saltó repentinamente Drake—, te agradeceré infinito que no me digas nada de lo que te propones hacer. No me agrada este asunto. Mason se recostó contra los almohadones del coche.

—Ni a mí tampoco —dijo.

Capítulo 8

Mason, ataviado con un sombrero de fieltro negro, un abrigo y guantes, se apeó con naturalidad de un taxi frente al Gilmont Hotel. Un portero con librea se hizo cargo de las dos maletas que el conductor le entregó, maletas que llevaban las etiquetas de media docena de países extranjeros.

Mason pagó al conductor, le dio una generosa propina y siguió al portero al interior del hotel.

Un corpulento individuo de zapatos de punta cuadrada y tacones de goma, levantó la vista de un periódico al entrar Mason, y después de lanzar al abogado una rápida y escrutadora mirada, volvió a su periódico.

—Quizá tenga que parar aquí dos meses —dijo Mason al empleado—. Mi sobrina viene conduciendo el automóvil que he de utilizar. Necesito en el garaje un espacio para él. No quiero que mi habitación esté demasiado alta sobre el nivel de la calle, ni muy cerca de ella. Algo así como el décimo piso me agradaría. Estoy dispuesto a pagar doscientos cincuenta dólares al mes.

El empleado asintió.

—Creo que tengo lo que necesita, míster...

—Perry —contempló el abogado.

—Sí, míster Perry. Haré que un botones le acompañe arriba para que lo vea.

El empleado hizo una seña a un botones, y añadió:

—Enseña a míster Perry el número mil cuarenta y dos.

Mason siguió al botones al ascensor.

El 1042 era un bien amueblado departamento de tres habitaciones a dos calles. Mason anunció que lo encontraba completamente de su agrado e hizo que el botones le deshiciera las maletas. Cuando se encontró instalado, cogió el teléfono y dijo al

empleado:

—Le anuncié que mi sobrina me trae el automóvil que he de utilizar. Tenga la bondad de avisarme cuando llegue, y entonces bajaré para alojarlo debidamente.

—No será necesario, míster Perry —dijo el empleado—. Avisaré al garaje y...

—No, gracias —se opuso firmemente Mason—. Necesito asegurarme de que el coche queda alojado en sitio donde lo tenga a mano a horas algo desacostumbradas. Yo mismo hablaré con el encargado del garaje. Una propina es a veces lo más eficaz.

—Bien, míster Perry —dijo suavemente el empleado—. Le avisaré a usted tan pronto como llegue su sobrina.

Mason colgó el receptor, abrió una de las maletas, sacó un manojo de llaves y las comparó con la de su puerta. Eligió tres de hechura similar y empezó a probarlas en su propia cerradura.

La segunda llave funcionó fácil y suavemente. Mason la desenganchó del llavero y se la guardó en el bolsillo. Luego salió silenciosamente al pasillo, cerró la puerta de su departamento y echó a andar hasta llegar a la del que ostentaba el número 1029, que era el ocupado por míster Peltham, y Mason, obrando con calmosa seguridad, metió su llave en la puerta. El pestillo retrocedió y Mason entró en el departamento.

No encendió las luces, sino que sacó del bolsillo una minúscula linterna, casi la mitad del tamaño de su dedo meñique, y utilizándola para guiarse, avanzó directamente hacia el armario ropero.

Eligió un abrigo oscuro y se aseguró de que el nombre del sastre y las iniciales «R. P.» aparecían en la etiqueta de la parte interna del bolsillo interior.

Dobló el abrigo, se lo puso al brazo, cerró el armario, sin dejar la menor huella, gracias a sus manos enguantadas y abandonó tranquilamente el departamento.

Dos minutos después, de vuelta ya en sus habitaciones, Mason telefoneó a Della Street a la tienda donde estaba esperando.

—Hola, Della —dijo.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Como un aparato de relojería.

—Me pongo en camino —anunció la secretaria.

Mason colgó el receptor y se sentó a esperar. A los pocos minutos sonó el teléfono y dijo el empleado:

—Su sobrina está aquí, míster Perry.

El detective del vestíbulo seguía leyendo su periódico cuando Mason salió del ascensor. Lanzó al abogado una rápida mirada y volvió a su lectura.

—El garaje está a la vuelta de la esquina, hacia la derecha, bajando la rampa, míster Perry.

—Gracias —contestó Mason—. Lo encontraré.

Della Street pasó su brazo por el de Mason. Iba elegantemente vestida con un traje de *sport*, con el sombrero inclinado en un gracioso ángulo.

—Hola, tío —dijo.

El coche de Della estaba parado junto a la acera.

—¿Arrancó aquel hilo? —preguntó Mason.

—Sí.

—Perfectamente. Espéreme aquí.

Se dirigió rápidamente hacia la esquina, torció a la derecha y bajó la rampa que descendía hasta los sótanos del garaje.

El dependiente del garaje estaba sentado en un sedán junto a la puerta, muy entretenido, escuchando un programa de radio. Cuando vio a Mason, cerró la radio, y fingió estar muy atareado en estacionar el coche.

Mason esperó hasta que hubo acabado, luego se sacó significativamente la cartera del bolsillo.

—Mi nombre —dijo— es Perry.

El hombre del garaje asintió.

—Acabo de ocupar la habitación mil cuarenta y dos —prosiguió Mason—. Mi sobrina ha tenido la bondad de poner su coche a mi disposición durante mi estancia. Por alguna razón, su coche no arranca. Lo guió ella perfectamente hasta la entrada y allí se paró el motor. Ahora no quiere arrancar. ¿Podría usted ponerlo en marcha y traerlo aquí?

—Seguro —dijo el hombre del garaje—. Se ha obstruido el carburador, eso es todo. Es una avería muy corriente. Voy a traerlo.

Mason tuvo que mover dos coches antes de poder sacar el de Peltham a la calle.

El hombre del garaje estaba todavía luchando con el rebelde

automóvil de Della Street cuando Mason se deslizó suavemente por una calle lateral. Al mirar hacia atrás, pudo ver el brazo y la mano de Della que le saludaba por una ventanilla.

Mason condujo el coche hasta unas diez manzanas más allá, se detuvo en una droguería, y telefoneó al doctor Willmont a su club.

—Oiga, doctor —dijo Mason—. Estoy preparado para aquel experimento.

—¿Cuándo lo quiere usted?

—Tan pronto como sea posible.

—Dentro de media hora en el Hastings Memorial Hospital —dijo el doctor Willmont.

—Gracias. Póngalo en una caja y déjemelo en el despacho.

—Tengo un termo que utilizo de vez en cuando para ese menester —dijo el doctor—. Se lo dejaré en el despacho. Cuide de devolverme el termo cuando haya acabado con el experimento.

—Bien —contestó Mason—. Será mañana. ¿Está usted seguro de que estará preparado dentro de media hora?

—Sí. Todo está dispuesto. El donador, esperando y mi ayudante aguardando mis instrucciones.

—Bien —dijo Mason, y colgó el receptor.

Mason condujo el automóvil de Peltham hasta un lugar lo suficientemente aislado para servir a su propósito. Detuvo entonces el coche, paró el motor y extendió el abrigo de Peltham sobre unas maletas. Sacó, a continuación, del bolsillo, un revólver de calibre treinta y ocho, mantuvo el arma lo suficientemente alejada para que no dejase quemaduras de pólvora en el paño del abrigo y disparó un tiro en la parte izquierda del pecho.

Tras arrojar el abrigo al interior del coche, Mason volvió a guardarse el revólver y se puso en marcha hacia el hospital. Allí recogió el termo con su contenido de sangre humana, y condujo el automóvil de Peltham hasta el sitio exacto donde fue encontrado por la policía el coche de Tidings.

Mason vertió la sangre sobre el abrigo, en torno del agujero hecho por la bala. Cubrió de nuevas manchas tanto el interior como el exterior del coche. Dejó salpicaduras en el volante e hizo correr un reguero de manera que formase un charco sobre los asientos y el suelo.

Cuando agotó su provisión de sangre, contempló el efecto con

gesto crítico y sonrió con satisfacción.

Dio vuelta al coche en rápido viraje y se encaminó hacia el norte. Unos faros brillaron allá adelante, antes de que hubiese recorrido dos manzanas, y Della Street arrimó su coche a la acera.

—¿Bien, jefe? —preguntó.

—Sin un tropiezo —contestó el abogado.

—¿Para qué servirá esto? —preguntó la secretaria.

—Para ahumar a alguien y obligarle a que salga de su agujero —contestó Mason, encendiendo un cigarrillo y recostándose en los almohadones del coche.

Quince minutos después, Mason envió un telegrama a miss Adelle Hastings, 906 Cleveland Square, que decía:

«Importantísimo: averiguar por P. si hay algún inconveniente para anular venta de acciones de la Western Prospecting al apoderado de Gailord. Sírvase averiguarlo en seguida y notifícamelo por telegrama a mi despacho. M.»

Capítulo 9

El secretario de Tidings, Carl Mattern, al abrir la puerta de su departamento, en respuesta a la llamada de Mason, miró al abogado con su característica avidez.

—Caramba, buenas tardes, míster Mason.

—Hay un asuntillo que necesito aclarar, Mattern —dijo Mason—, y pensé que podrá usted ayudarme.

—Ciertamente. ¿No quiere usted entrar?

—Gracias.

Mason entró en el modesto departamento. Mattern le indicó un cómodo sillón, y Mason se dejó caer en él.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Mattern.

—Por mí, poca cosa —contestó Mason—. Es realmente por usted.

—¿A qué se refiere?

—No voy a mencionar nombres, Mattern, pero se ha presentado la denuncia de que usted abandonó el despacho del agente de bolsa inmediatamente después de la terminación de aquella compra de acciones para ir a informar a Tidings, y que mientras estaba usted hablando con él surgió una disputa, porque Tidings le acusó a usted de tener un interés personal en la transacción, mostrándole a usted la prueba, y usted entonces le disparó un tiro.

—Eso es absurdo —dijo Mattern.

Mason asintió afablemente.

—Me parece haberle indicado —dijo— que tendría usted ocasión de justificarse.

—En primer lugar —dijo Mattern—, puedo responder de cada minuto de mi tiempo desde la hora en que salí del despacho del agente.

—¡Estupendo! —exclamó Mason—. ¿Quiere usted que

repasemos juntos el empleo de este tiempo?

Mattern sacó un cuaderno de notas.

—Cuando me di cuenta —declaró— de que iba a serme necesario recordar lo que sucedió aquel día, me pareció conveniente apuntarlo todo en un papel.

—Buena idea —aprobó Mason.

—Para empezar —prosiguió Mattern— abandoné el despacho del corredor de bolsa a las once y ocho. Tuve cuidado de fijarme en la hora en que terminó la operación. Volví a mi oficina, y míster Tidings me llamó hacia el mediodía. Le dije que la transacción había concluido satisfactoriamente. Mistress Tump había intentado ver a mi jefe, y así se lo comuniqué a él. Después telefoneé a una amiguita mía, que trabaja en otro despacho, y le pregunté si quería comer conmigo. Bajamos en el ascensor a las doce y cinco minutos, y regresé con ella cinco minutos antes de la una.

—Supongo que ella podrá afirmar, no sólo la ocasión, sino también la hora —dijo Mason.

—Ciertamente. Trabaja en una oficina donde todo se hace a golpe de reloj. La hora del almuerzo es de doce a una. Mi amiga tenía que estar de regreso en su mesa a la una en punto.

—Comprendo —dijo Mason—. ¿Y después?

—Después —prosiguió Mattern— regresé al despacho de míster Tidings. Había algunos asuntos que arreglar con el gerente del edificio, y telefoneé a su secretario para que me concediese una entrevista hacia la una y media, de ser posible.

—¿La consiguió usted?

—Sí, a la una y veinticinco. Hablé con el gerente del edificio durante quince minutos. Yo había dicho a su secretario que mi asunto no ocuparía más tiempo, y recuerdo que miré mi reloj y comenté con él, al terminar, que no me había excedido de los quince minutos en lo más mínimo.

—¿Y después? —preguntó Mason.

—Después —dijo Mattern—, bajé a una joyería a ver un reloj de pulsera que pensaba comprarme. Trabaja allí un muchacho que conozco y estuve mirando relojes durante casi media hora.

—¿Recordará él la ocasión?

—¡Oh, sí!

—¿Y la hora?

—También —contestó Mattern, riendo—, porque estuvimos discutiendo la seguridad de los relojes. Le aposté que mi reloj de pulsera no variaría más de un segundo en media hora, comparado con su cronómetro tipo. Estuve allí media hora y comprobamos el segundero.

—Eso le justifica a usted las dos horas y media —dijo Mason.

—Es cierto.

—¿Qué otras cosas hizo usted después de las dos y media, Mattern?

—Tenía algunos asuntos que arreglar con el contador, que lleva los estados de los impuestos sobre la renta, de míster Tidings. Le rogué que se reuniese conmigo en el despacho a las tres y cuarto. Estuvimos allí hasta las cinco.

—¿Y después de las cinco? —inquirió Mason con insistencia.

—Invité a una joven a reunirse conmigo a las cinco y veinte para ir a cenar y después al cine.

—¿La misma joven a quién llevó usted a almorzar?

—No, otra.

—¿Por qué a las cinco y veinte en particular? —preguntó Mason.

—Verá usted. Fue porque... porque mencioné esa hora por casualidad, sólo por eso.

—¿No era una hora algo temprana para cenar?

—Sí, quizá. Pero yo quería ir al cine a tiempo de ver la primera película.

—¿Esa joven, trabaja?

—No, no trabaja.

—Bien, volvamos al martes por la mañana —dijo Mason.

—Fui a la oficina a las nueve —dijo Mattern—. Míster Tidings llegó hacia las nueve y cuarto... Estuvimos despachando alguna correspondencia hasta las diez y media, luego discutimos detalles en relación con la operación de la Western Prospecting, y entonces llamó usted. Aquello hizo que míster Tidings empezase a despotricar sobre lo entrometida que era mistress Tump, y hablamos de aquello durante varios minutos. Luego Tidings salió y yo fui a ultimar la operación con la Western Prospecting.

—¿Vio usted a alguien además de Tidings, el martes por la mañana?

—A los agentes de bolsa. Luego estuvo mistress Tump, poco antes de las once.

—Me refiero a antes de eso.

Mattern reflexionó un momento, luego movió lentamente la cabeza.

—No —dijo—. No creo que fuese nadie al despacho.

—Inmediatamente después del mediodía —comentó Mason—, su tiempo parece estar muy bien justificado.

—Sí, señor. No hay más que veinte minutos al descubierto, y habría sido físicamente imposible para cualquiera llegar al *bungalow* donde fue encontrado el cadáver y volver al centro de la ciudad en un período de unos escasos veinte minutos.

—Eso es algo significativo, ¿no le parece, Carl? —dijo Mason.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Mattern, sorprendido.

—Usted no tiene coartada —dijo Mason— hasta eso de las once de la mañana del martes. A partir de ese momento, tiene usted un perfecto motivo que cubre cada minuto del día, y lo interesante es que, virtualmente en cada caso, se aseguró usted de que la hora se grabase en sus testigos.

—No le comprendo a usted.

Mason le miró fijamente.

—Quiero decir, Carl, que ha tratado de darse un motivo y que ha tomado usted todas las precauciones para que cada minuto de su tiempo estuviese justificado... Tome, por ejemplo, sus comentarios con el secretario del gerente del edificio sobre la duración que su conferencia había tenido... La discusión sobre exactitud de la hora en la joyería... La cita con el contador y, por último, aquella cena a las cinco y veinte.

—Es que yo... no sé de lo que está usted hablando, míster Mason.

—Ya lo creo que lo sabe usted —repuso el abogado—. Usted estaba enterado de que él había muerto, antes de dirigirse a las oficinas del agente de bolsa.

Por un momento, reinó un tenso silencio en la habitación. Un reloj despertador batía audiblemente sobre el tocador. Los ojos de Mattern, grandes y saltones detrás de sus gafas de concha, expresaban la mayor consternación.

—Yo no creo que usted lo matase —prosiguió Mason—, pero sé

que estaba usted interesado en aquella operación financiera. Usted sabía que él había muerto antes de que fuese hora de ir al despacho del corredor, y sabía que tenía que hacer aparecer que Tidings estaba vivo a la hora en que concluyese la operación.

»Usted fue lo suficientemente astuto para darse cuenta de que si hacía aparecer que Tidings estaba vivo al mediodía del martes, las autoridades se verían obligadas a fijar la hora de la muerte como casi inmediatamente después del mediodía, y por eso tuvo usted cuidado de justificar una coartada que le protegiese durante la tarde.

—Míster Mason —dijo Mattern—, puedo asegurarle que no hice nada de eso. Yo...

—No empeore usted su situación —le interrumpió el abogado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sencillamente, que soy yo el luchador temible, Carl —afirmó Mason, cruzando las piernas y encendiendo un cigarrillo.

—Eso he oído decir.

—En toda lucha —prosiguió Mason— trato de perjudicar a mi adversario de todas las maneras posibles. Hasta golpeo por debajo del cinturón... si se hace preciso a mis fines.

Mattern hizo gestos de comprensión.

—Yo represento a una persona —continuó Mason— que va a ser acusada del asesinato de Albert Tidings.

—¿Y usted se propone colgarme a mí el crimen para salvar a esa persona?

Mason acercó un fósforo a su cigarrillo, sopló la llama y sonrió amablemente a Mattern.

—Exactamente —dijo.

—Pero, ¿sería usted capaz de acusar a un inocente y...?

—Un momento, Carl —le interrumpió Mason, imponiéndole silencio con un gesto de la mano—. Dejemos lo de inocente a un lado.

—Pero es que yo soy inocente.

—Eso —repuso Mason— no soy yo quien lo tiene que decir. Allá el jurado.

—Pero usted no tiene razón para creer que yo le maté.

—Francamente, Carl, no creo que usted lo hiciese —confesó Mason.

—Entonces, ¿por qué me acusa?

—No le acuso —replicó Mason—. Me limito a decirle que usted sabía que estaba muerto antes del mediodía del martes, que usted ocultó su muerte y que empezó a proporcionarse un motivo. Pero ya verá usted como el jurado no es tan caritativo como yo.

—¡Usted está loco!

—Yo estoy dispuesto a creer que no es usted un asesino que manejó astutamente las cosas para poder cerrar la venta de aquellas acciones de la Western Prospecting. Cuando descubrió usted que Tidings había muerto, se dio cuenta de que tenía que ocultar aquella muerte hasta que pudiese terminar la transacción. Pero lo que se le pasó por alto, Carl, fue que, una vez que empezase usted a embrollar los hechos, cualquier jurado llegaría a la conclusión de que era usted culpable del asesinato.

Mattern parpadeó rápidamente.

—No podría —afirmó.

Pero Mason le interrumpió:

—Oh, ya lo creo que podría, Carl. Supongamos, por ejemplo, que usted tuviese razones para creer que Tidings iba a estar en aquel *bungalow* el martes por la mañana. Supongamos que salió usted hacia allí con una cartera llena de documentos y correspondencia, para recibir instrucciones, y supongamos que encontró a Tidings muerto sobre el lecho. Se deslizó usted entonces sigilosamente fuera de la casa, sin que nadie le viera. Usted sabía que la noticia de la muerte dejaría en suspenso la operación con la Western Prospecting y decidió hacer aparecer a Tidings como muerto poco después del mediodía del martes. Afortunadamente, mi llamada telefónica le dio a usted la oportunidad de añadir una segunda cuerda a su arco... Yo nunca había oído la voz de Albert Tidings. Con una ligera modulación vocal pudo usted darme la impresión de que había hablado con Tidings por teléfono.

»Es usted un joven muy listo, Mattern, pero debe concederme que conozco algo la psicología del jurado. Le digo a usted, llana y francamente, que un jurado le condenaría a usted por el asesinato de Tidings, basándose puramente en pruebas circunstanciales, una vez que salga a la luz aquella cadena de hechos. El jurado consideraría que usted lo mató el martes por la mañana... Y eso coincidiría con la opinión de los forenses que practicaron la

autopsia.

Mason dedicó su atención a observar la columnilla de humo que se desprendía de la punta de su cigarrillo, desechando a Mattern, al parecer, enteramente de su imaginación.

—Pero esas cosas no pueden probarse —replicó Mattern, pasados unos segundos.

Mason sonrió.

—Oh, sí que pueden probarse —dijo—. Yo puedo probarlas.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Cómo?

Mason volvió a reír.

—No voy a descubrirle toda mi baza, Mattern, pero recuerde que fue usted un poco codicioso y un tanto apresurado. Al darse cuenta de que la transacción de las acciones podía prestarse a discusión, sintió usted demasiada ansiedad por entrar en posesión de la comisión que debía entregarle Bolus. Individuo peculiar ese Bolus. Algo egoísta, diría yo. Una vez que las autoridades le acusaran de ser su *cómplice* en el asesinato, removería cielo y tierra para demostrar que fue su *cómplice* solamente en el negocio de las acciones, y que usted era el único responsable de la muerte de Tidings.

Mattern se agitó intranquilo en el sillón.

—Me parece —dijo Mason— que le he hecho saber mi posición, Mattern. Esto es todo. Quería obrar con usted con absoluta nobleza.

—¿Qué desea usted que haga? —preguntó Mattern.

—Nada —dijo Mason, con tono de sorpresa—. Absolutamente nada. Sólo quería que usted supiese que cuando llegue la ocasión de defender a mi cliente, podré presentar un buen caso contra usted.

Mattern se echó a reír.

—No sé lo que pretende usted, míster Mason. Diciéndome esto por anticipado, se pone usted enteramente en mi poder. Suponga que yo le cuento esta conversación al jurado.

—No hay necesidad de que usted se moleste —dijo Mason—. Yo mismo se la contaré. Recuerde, Mattern, que he venido a decirle que tengo razones para creer que usted sabía que Tidings estaba muerto el martes por la mañana, antes de que se concluyese la operación de las acciones. Entre otras cosas, yo quería oír su voz,

convencerme de que fue usted quien habló conmigo por teléfono el martes por la mañana. Ahora estoy convencido.

—Un jurado no tomaría demasiado en serio su declaración.

—Quizá no —dijo Mason—. Existiría su palabra de usted contra la mía.

—Usted está interesado en salvar el cuello de su cliente.

—Como usted en salvar el suyo —replicó Mason.

—El mío no está en peligro.

—Recuerde también que una de las razones de esa visita fue preguntarle si tenía algún interés financiero en aquella venta de valores en poder de la Western Prospecting Company.

—Le aseguro a usted que no —afirmó Mattern rotundamente.

Mason se puso en pie, se estiró, bostezó y preguntó con indiferencia:

—¿Conoce al coronel Gilliland?

—No —contestó Mattern.

—Pues es el encargado de investigar las infracciones contra el impuesto sobre los ingresos —dijo Mason—. Encantador muchacho. Probablemente, entrará usted en relaciones con él algo más tarde.

Hubo ansiedad en los ojos de Mattern.

—Es amigo mío —prosiguió Mason—. Ya sabe que el gobierno tiene todo un sistema. Si alguien le hace una denuncia sobre una infracción, el gobierno manda investigar, y si se recupera el importe del impuesto, gracias a aquella denuncia, paga una recompensa que asciende a un tanto por ciento de lo recuperado. Usted no puede burlar al gobierno, bien lo sabe. Él puede examinar los registros de los bancos y los libros de las corporaciones... Bien, tengo que hacer, Mattern.

—Oiga, espere un minuto —le contuvo el joven—. No irá usted a decir a ese Gilliland nada de mí, ¿verdad?

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

—Porque... Bueno, porque, dadas las circunstancias, armaríamos un verdadero lío.

—Sigo sin ver por qué.

—Mire, míster Mason: ¿No he cooperado hasta ahora?

—Es cierto, y no hay por qué preocuparse, Mattern. Si usted no recibió parte de aquellos cincuenta mil dólares, nadie le puede hacer nada. Claro que Gilliland revisará los libros de la Western

Prospecting Company, examinará los estados del impuesto sobre la renta de Bolus, comprobará los registros del banco, intervendrá sus cuentas corrientes y actuará desde otros muchos aspectos. Y si no encuentra nada delictivo, nada tendrá usted que temer.

—Venga aquí, Mason. Siéntese —dijo Mattern.

Mason enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—Me tiene usted cogido —dijo Mattern.

—¿Cogido? —preguntó Mason—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—No hay mucho que contar. No he gozado de un momento de tranquilidad desde entonces, pero necesitaba el dinero. No tenía más remedio que procurármelo.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Oh, por algunas malas corazonadas en las carreras de caballos —dijo Mattern.

—¿Se puso Bolus en contacto con usted?

—No. Fui yo quien le buscó. Yo sabía algo de los valores de la Western. Fui a verle y le hice la proposición. Yo tenía que interesar a Tidings en la compra de aquellas acciones, y Bolus me daría una participación del cincuenta por ciento. Créame que aquellos valores eran realmente buenos, míster Mason. Una inversión de dinero acertadísima...

—¿Pero no consiguió usted el cincuenta por ciento? —preguntó Mason.

—No —confesó Mattern con amargura—. Bolus es un pillo y me engañó. Después de arreglárselo todo y de llevar las gestiones hasta un punto que podía hacerme sospechoso, Bolus me dijo que había tenido más gastos de los que se figuraba, entre ellos una participación de un banquero, y que yo tenía que conformarme con diez mil dólares en lugar de veinticinco mil.

—¿Por qué dio esa participación al banquero? —preguntó Mason.

—Era un banquero a quién Tidings había pedido un informe sobre los valores en venta, y que se lo dio inmejorable. Al menos, esto es lo que Bolus me contó.

—Perfectamente —dijo Mason—. Prosiga. Cuénteme cómo se enteró de que Tidings estaba muerto.

—Ya le he dicho a usted que no lo sabía.

—Pataratas —dijo Mason.

—De verdad, míster Mason, que todo sucedió como le he dicho.

—Mire, Mattern, ya me estoy cansando de sus mentiras... ¿Sabe lo que pienso hacer? Ir al fiscal del distrito a denunciarle.

—Usted no tiene nada de que acusarme —replicó el joven Mattern.

—¿Que no? —preguntó Mason con fría sonrisa.

—Absolutamente nada.

—En primer lugar, usted necesitaba aquellos diez mil dólares porque había cometido una equivocación en la elección de los caballos, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Y qué? Mucha gente juega a las carreras.

—Pero usted necesitaba el dinero para jugar —replicó Mason.

—Bien. ¿Y no tuve el dinero?

—Lo tuvo usted después de sufrir las pérdidas —replicó Mason—. Tengo razones para afirmar que las apuestas fueron hechas con dinero distraído de los fondos encomendados a la custodia de Tidings. La revisión de los libros de Tidings le habría puesto a usted en un buen apuro, de no ser por esos diez mil dólares.

Mason no necesitó más que una mirada al desmayado continente de Mattern para convencerse de lo acertado de su acusación.

—¡Oh, vaya! —dijo—. En eso quedamos. Estuvo usted desfalcando dinero. Tidings le llamó el martes por la mañana. Había descubierto la verdad. Iba a enviarle a usted a presidio. Usted sabía que si podía dar largas al asunto durante algunas horas, la venta de la Western Prospecting le sacaría del apuro y tendría dinero suficiente para hacer la restitución. Se figuró usted que podría arreglar los libros de manera que quedase disimulado el desfaldo criminal. Desesperado y excitado, encañonó usted a Tidings con un revólver. Tidings se abalanzó sobre usted, y usted oprimió el gatillo.

—¡Eso es mentira! —saltó Mattern.

—Quizá lo sea —observó Mason—, pero nunca se lo hará usted creer a un jurado.

—Ningún jurado podrá declararme culpable del asesinato. No existen pruebas.

—Muchas, Mattern —sonrió Mason—. Usted me ha inspirado una gran defensa. No necesito preocuparme por mi cliente. Me ha

venido usted que ni llovido del cielo. Buenas noches.

Una vez más. Mason se levantó de su asiento dispuesto a marcharse.

—Escuche —dijo Mattern con desesperación—. Le diré a usted la verdad, míster Mason. Le diré cómo fue. Es cierto que no lo maté. Llevaba muerto mucho tiempo cuando lo vi.

—¿Cuándo fue eso?

—Hacia las ocho y media de la mañana del martes.

—¿Dónde?

—En la misma cama donde fue encontrado el cadáver.

—¿Qué sucedió?

—Tidings trataba de poder acusar de algo a su esposa. Me dijo que ella estaba en relaciones con cierto individuo a quien había que mantener en la sombra por lo que pudiera suceder en una acción de divorcio. Tidings había averiguado todo lo referente a este hombre y se proponía ver a su esposa para exigirle una explicación. Había algunos documentos importantes que él tenía que revisar y prometió estar en el despacho a las siete y media de la mañana del martes para firmarlos.

»Como a las ocho no se había presentado en el despacho, puse los documentos en una cartera y me dirigí a casa de su esposa. Pensé que quizás habrían efectuado una reconciliación. El realmente estaba loco por ella. La puerta estaba abierta. Entré. Había manchas de sangre en el suelo. Seguían las manchas hasta el dormitorio... Ya sabe usted lo que encontré.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Huí —contestó Mattern—. Estaba espantado. Me figuré que con su muerte, serían revisados los libros, que se descubriría mi desfalco y que iría a presidio. Si siquiera hubiese vivido unas horas más, me habría salvado... Pensé entonces que quizá pasase bastante tiempo antes de que alguien descubriese el cadáver y que podría alargar las cosas de manera que pudiese terminar aquella operación con la Western Prospecting. Yo sabía que el cheque del cajero estaba ya en condiciones de ser pagado a los agentes... Bien, ya conoce usted el resto.

—¿Y fue usted el que me habló por teléfono aquella mañana?

—Sí. Cuando llamó usted y quiso hablar con Tidings, no sabía qué hacer. No quería decir que no estaba en el despacho... Y

entonces se me ocurrió la idea, que me pareció salvadora. Yo sabía que usted no había oído la voz de Tidings. Yo tengo la pequeña habilidad de modificar mi voz. He trabajado un poco en teatros de aficionados.

—Bien, Mattern; ya sabe usted la situación en que esto le coloca —dijo Mason.

—¿En qué situación?

—Es usted una buena presa para el fiscal del distrito.

—¡Pero si soy inocente! Seguramente que usted me cree.

Mason le observó, pensativo.

—Mejor será que empiece usted a ayudarme a buscar al verdadero asesino, Mattern. Ésa es su única salvación.

Mattern alargó impulsivamente la mano.

—Eso haré, míster Mason —prometió—. Cuente usted conmigo para todo.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

Capítulo 10

Un telegrama se hallaba sobre la mesa de Mason cuando éste entró en el despacho, el viernes por la mañana, y Della Street le informó de que mistress Tump aguardaba impaciente su llegada. Estaba firmado por Adelle Hastings y decía:

He hablado con la persona que usted me indica. No hay motivo para preocuparse por los acontecimientos hasta la fecha. Siga adelante. Todo va bien.

Mason se guardó el telegrama en el bolsillo y dijo a Della Street:

—Perfectamente. Veamos lo que quiere mistress Tump y quitémosla de en medio.

Della Street introdujo a mistress Tump en el despacho. Los grises ojos de la mujer parecían mirar con hostilidad. Sólo sus labios sonreían.

—Buenos días, míster Mason —saludó.

—¿Cómo está usted esta mañana, mistress Tump?

—Muy bien, gracias. ¿Qué ha averiguado usted?

—No gran cosa —confesó Mason—, pero voy haciendo progresos.

—¿Qué hay de la venta de los cincuenta mil dólares, míster Mason?

—Esto voy a intentar cancelarlo —contestó el abogado.

—¿Valen algo las acciones?

Mason indicó una silla, dio a mistress Tump un cigarrillo, tomó otro para sí, lo encendió y dijo:

—Las acciones entregadas a Loftus y Cale representaban la participación particular del presidente de la compañía. Con eso queda contestada su pregunta. Pero voy a anular la operación,

basándome en que Tidings estaba muerto antes de que fuese entregado el cheque para su pago.

La mujer le observó unos momentos con su dura mirada.

—¿Usted puede hacer eso?

—Sí.

—¿Cómo va a probarlo?

—Espero poder hacerlo con el testimonio del forense que practicó la autopsia.

—Míster Mason, quiero hablar con usted francamente —dijo mistress Tump.

—Hágalo.

—No soy de las que eligen las palabras.

—Vengan sin elegirlas —dijo Mason con una sonrisa.

—Muy bien, míster Mason. Cuando yo quise que se encargase usted del caso Byrl, empezó usted por querer ganar tiempo.

Mason enarcó las cejas en silenciosa interrogación.

—Ahora bien, míster Mason; cuando nosotras nos dirigimos a usted, no tenía manera de saber que míster Tidings había muerto.

—Exacto —confesó Mason.

—A mi entender, si usted puede probar que míster Tidings murió algún tiempo antes de las once de la mañana del martes, Byrl tendrá derecho a recuperar los cincuenta mil dólares de los fondos del fideicomiso.

—Cierto.

—¿Quién pagará esos cincuenta mil dólares?

—Procederemos contra Loftus y Cale —dijo Mason—. Ellos tratarán de obligar a Bolus a que les devuelva el dinero. Como yo les advertí lo que podían esperar de nosotros, están haciendo gestiones para depositar la cantidad.

—Ha sido usted muy hábil, míster Mason.

—Muchas gracias.

—Míster Mason, ¿representa usted a Adelle Hastings?

—¿En relación con qué, mistress Tump? —preguntó cautamente el abogado.

—En cualquier aspecto.

—Un abogado tiene que guardar el secreto de los asuntos de sus clientes.

—Ya sabe usted a lo que me refiero —dijo mistress Tump—. Si

se viese acusada por el asesinato de Tidings, ¿sería usted su abogado?

Mason estudió su cigarrillo, pensativo.

—Eso es difícil de contestar.

—Muy bien —dijo mistress Tump—. Sólo quiero decir una cosa y termino, míster Mason. Personalmente, creo que Adelle Hastings es una *snob*, una pequeña *snob*, altiva e insultante. Ha Hecho muchas cosas para perjudicar a Byrl. Por eso la aborrezco. Pero comprendo que no es capaz de cometer un asesinato. Eso lo diría en su favor, aunque sigo aborreciéndola.

»Ahora bien, míster Mason. Supongamos que se la acusase de ese asesinato. Ella podría confiar en su coartada, pero necesitaría probar que Tidings murió después de las doce del martes. En ese caso, si usted tratase de ayudarla para probarlo, trabajaría usted directamente contra los intereses de Byrl, porque nosotras queremos demostrar que Tidings murió *antes* de las once... ¿Me comprende usted, míster Mason?

—Sí.

Mistress Tump se puso en pie.

—Muy bien, míster Mason —dijo—, sólo quería saber su posición. No sirvo para medir mis palabras. No me importa a quién represente usted, pero hay una cosa en que no debe haber malas interpretaciones: Albert Tidings encontró la muerte *antes* de que se terminase la operación de la venta de las acciones... Buenos días, míster Mason.

Mason miró de soslayo a Della Street mientras la puerta se cerraba detrás de mistress Tump.

—Ya lo ha oído usted —dijo—. Coja el sombrero y el abrigo, Della. Tráigame un cuaderno de notas. Vamos a visitar a la mujer que tiene en su poder el otro trozo de aquel billete de diez mil dólares.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó Della, sorprendida.

—Lo sé —dijo Mason— con un retraso de tres días.

Fueron en el coche de Mason, atravesando la ciudad y se dirigieron hacia el norte por la avenida.

—¿Mistress Tidings? —preguntó Della Street, mientras iniciaban la ascensión de un empinado camino.

Mason asintió.

—Pero sí estuvo en Reno. Salió el lunes. No pudo estar en su despacho ese día por la noche.

—Pues es la única que trata de hacer que su coartada abarque hasta el lunes por la noche —dijo pacientemente Mason—. Todos los demás presentaron coartadas para el martes por la tarde.

—¿Y qué?

—La respuesta es obvia —dijo Mason—. Es la única que *sabía* que Tidings había muerto el lunes por la noche. Ella no pudo penetrar en el futuro y saber que Mattern trataría de salvar sus diez mil dólares haciendo figurar a Tidings como vivo el martes por la mañana.

—¿Éstas son todas las pruebas que tiene usted, jefe? —preguntó Della.

—Son suficientes —contestó lúgubrementes Mason—. Debí haberlo comprendido en el momento en que ella me dijo que había salido para Reno al mediodía del lunes y que había estado viajando durante toda la noche.

—¿Y ella es la mujer enmascarada?

—Sí.

—¿Supone usted que lo negará?

—Mi única esperanza es conseguir que lo confiese antes de que Holcomb intervenga.

—¿Cree usted que intervendrá?

—Sí.

Viajaron en silencio durante toda la larga cuesta. La casa en que había sido encontrado el cadáver de Albert Tidings, destacaba su blancura bajo el sol sin rastro alguno de haber servido de siniestro escenario a un asesino.

—Bien; ya estamos —dijo Mason. Abrió la portezuela, se deslizó por el pavimento que se alargaba desde el porche hasta la calle.

Mason oprimió su pulgar contra el botón del timbre.

Casi instantáneamente se abrió la puerta y apareció mistress Tidings en traje de calle.

—Oh, buenos días, míster Mason —dijo—. Creí reconocerlo cuando saltó del coche.

—Miss Street, mistress Tidings —presentó rápidamente el abogado.

—¿Cómo está usted? —saludó mistress Tidings a Della Street—.

¿No quieren ustedes entrar?

Entraron, y mistress Tidings les indicó asientos.

—¿Un cigarrillo? —preguntó a Della, abriendo una caja.

—Gracias —dijo Della tomando uno.

—Fumaré de los míos —anunció Mason, sacando su pitillera.

—Las cosas andan para mí a manga por hombro —dijo mistress Tidings—. Esta tarde celebramos el funeral. Fue aplazado mientras los peritos trataban de descubrir algún rastro que los condujese al asesino... ¿Sabe usted si han adelantado algo, míster Mason?

—Si esta tarde entregaron el cadáver —dijo Mason—, es seguro que han terminado sus pruebas.

—Sí, ya me lo suponía; pero no sé lo que han averiguado.

—¿No se lo han dicho a usted?

—Ni una palabra. Es natural. Estoy trastornada. Estábamos separados, pero ha sido un golpe tremendo para mí. Yo le aborrecía.

—Aprecio su posición, mistress Tidings —dijo Mason—, y por eso he venido a que me entregue la otra mitad de aquel billete de diez mil dólares.

—¿Qué quiere usted decir, míster Mason?

Mason miró, su reloj de muñeca.

—Unos minutos pueden significar la diferencia entre una buena defensa y un veredicto de asesinato en primer grado. Si usted quiere malgastar el tiempo, prosiga. Es su funeral... Y no hago la observación en lenguaje figurado.

—Parece usted estar muy seguro de su terreno, míster Mason.

—Lo estoy. Cuando usted y Peltham fueron a mi despacho, advertí dos cosas. La primera, que Peltham había preparado cuidadosamente sus planes para ponerse en contacto conmigo a cualquier hora del día o de la noche, en caso de que necesitase alguna vez un abogado. La segunda que, en relación con su visita, muchas cosas revelaban extremo apresuramiento y falta de preparación. El hecho, por ejemplo, de que Peltham me diese un nombre ficticio que no figuraba en la guía telefónica. Y luego su antifaz.

Ella le escuchaba con la mirada baja.

—¿Qué hay del antifaz? —preguntó.

—Era un antifaz negro con un festón de lentejuelas plateadas. Había formado parte de un traje de máscara, algo que fue

arrinconado como un agradable recuerdo.

—No veo lo que prueba eso —repuso mistress Tidings.

—Se lo voy a explicar —dijo Mason—. Peltham había hecho cuidadosos preparativos para verme en caso de que sucediera algo. Cuando ese algo sucedió, tuvo que actuar rápidamente, y decidió protegerla a usted haciendo de su identidad un secreto, hasta para mí. Aquello exigía un antifaz. Ahora bien; la gente no acostumbra a llevar antifaces encima, ni tampoco se los encuentra colgados de los faroles a medianoche. Pero usted *tenía* uno. Eso significa que lo que obligó a la protegida de Peltham a ir a verme sucedió en la misma casa o en sitio razonablemente próximo. Yo debí comprenderlo cuando descubrí el cadáver de Tidings aquí.

Ella le miró un momento en silencio, estudiando las líneas de granito de su rostro. Luego, sin pronunciar palabra, abrió su bolso, sacó un sobrecito, lo desgarró y extrajo de él otro trozo del billete de diez mil dólares, que entregó a Mason.

Hubo alguna sorpresa en el rostro de Della Street, pero Mason ni siquiera pestañeó.

—¿Cuándo se enteró usted de que Tidings había muerto? —preguntó.

—Pues cuando regresé de Reno.

Mason no dijo nada, pero contempló una vez más su reloj de pulsera, un elocuente recordatorio de que iba pasando el tiempo.

—Le estoy diciendo la verdad, míster Mason —insistió ella.

—Usted estaba en amores con Peltham —dijo Mason—. Él quería protegerla a usted. Ustedes se presentaron en mi despacho poco después de la medianoche. Usted hizo todo lo posible por impedirme conocer su verdadera identidad, así como la naturaleza del caso en que iba a ser empleado. Y sostuvo posteriormente que había salido para Reno a última hora de la tarde del lunes. Al parecer, estuvo realmente en Reno el martes por la mañana.

»Considerando estas diversas circunstancias a su propia luz resulta que el cadáver de Albert Tidings se encontraba aquí mismo, en ese dormitorio, en el momento en que ustedes se encontraban en mi despacho... Dígame ahora, ¿lo mató usted o lo mató Peltham?

—Ninguno de los dos.

—Pero, ¿usted sabía que estaba muerto?

La mujer titubeó unos segundos, y luego dijo casi

inaudiblemente:

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

—De verdad, míster Mason, que lo ignoro.

—Será mejor que me diga cuanto sepa —aconsejó el abogado.

—Voy a ser franca con usted —prometió ella—. Yo quería el divorcio. Estoy muy enamorada de Bob. Bob tuvo razón al creer que Albert estaba malversando los fondos del hospital Hastings. Estoy trabajando con Adelle Hastings, tratando de aclarar las cosas. Quería que ella pidiera una revisión de los libros. En tales circunstancias, si mi afecto por Robert se hubiera descubierto, habrían surgido gravísimas complicaciones. Ya lo comprenderá usted, ¿verdad, míster Mason?

—Lo comprendo —dijo el abogado.

Della Street sacó del bolso su cuaderno de notas.

—No se moleste, Della —añadió el abogado—. No necesito que esto conste en ninguna parte... Prosiga, mistress Tidings.

—Albert había intentado una reconciliación. Yo le dije que era imposible. Bob y yo habíamos estado en un cinematógrafo. Regresábamos a casa. Encontramos el coche de Albert estacionado cerca de la rotonda, al final de la carretera. Llovía con furia. Albert estaba en el coche, derrumbado en el asiento a un lado del volante. Le habían disparado un tiro y estaba sin conocimiento. Detuvimos nuestro coche. Bob y yo corrimos bajo la lluvia y tratamos de enterarnos de la gravedad de la herida de Albert. Todavía le latía débilmente el pulso. Le habían disparado en el pecho. Nos dimos cuenta de que no podríamos hacer nada en el espacio que quedaba en el interior del coche. Le dije a Bob que tenía que ayudarme a meter a Tidings en la casa y luego telefonaría llamando a un doctor y a la policía.

»Juntos lo sacamos del coche y medio lo arrastramos, medio lo llevamos hasta la casa. Luego lo tendimos en el lecho. Corrí al teléfono y estaba a punto de marcar el número cuando Bob me llamó. «Es demasiado tarde, ahora, Nadine —me dijo—. Ha muerto».

»Volví al lecho. No había duda. Supongo que, al moverlo, provocamos la hemorragia, agravando su estado. De todos modos, estaba muerto. No tenía el más débil pulso.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Bob me dijo que yo no podía aparecer mezclada en aquel asunto, que él se escaparía y permanecería escondido, que aquello orientaría las sospechas hacia él, que sería mejor que yo metiese mi coche en un garaje y tomase el aeroplano para Reno, donde yo tenía amigos. Podría luego afirmar que me había dirigido en coche hacia allí. Dejando la puerta de la casa abierta, aparecería que él la había forzado en mi ausencia.

»Después hablamos más sosegadamente y decidimos que podría pasar bastante tiempo antes de que se descubriese el cadáver en la casa y que yo podría proporcionarme una coartada que no hiciese aguas. Esta coartada se vería favorecida haciendo aparecer la hora de la muerte lo más tarde posible. El cadáver tenía barro en los zapatos y había también manchas en la colcha. En seguida nos dimos cuenta de que aquello podía ayudar a determinar la hora del asesinato. Por eso le quitamos los zapatos y el abrigo, le sacamos la colcha de debajo e hicimos un bulto con todo ello.

—¿Qué fue de él? —preguntó Mason.

—No lo sé. Bob se encargó de deshacerse de aquellas ropas.

—¿Qué hicieron ustedes luego?

—Yo conduje el coche de Bob, y Bob el de Albert. Quería que el coche fuese descubierto lo más lejos posible de la casa. Estacionamos el vehículo y luego le telefoneamos a usted. Bob decía que usted podría protegerme como nadie, pero me hizo notar que si mi coartada en Reno daba resultado, no tendría necesidad de ningún abogado, y que si no descubrían el cadáver de Albert hasta pasados cuatro o cinco días, nadie podría decir exactamente cuándo murió y que, con un poco de suerte, yo podría mantenerme absolutamente fuera del asunto.

»Habíamos llevado nuestras relaciones muy circunspectamente. Nadie en el mundo tenía la menor idea de que Bob y yo éramos... bueno, que nos interesábamos el uno por el otro.

—Descuidaron ustedes una cosa —dijo Mason.

—¿Qué?

—Que en la frontera de California, cerca de Topaz Lake, hay un puesto de tráfico. Allí comprueban los coches que pasan, particularmente los que han entrado en el estado, y llevan un registro de los números de las matrículas... ¿Fue usted a Reno en

aeroplano?

—Sí.

—¿Y guardó usted su coche?

—Sí.

—¿Dónde?

—En un pequeño garaje donde lo hago a veces.

—¿La conocen a usted?

—No como mistress Tidings —sonrió la señora.

—¿Bajo otro nombre?

—Sí.

—¿Mistress Peltham?

—No, no mistress Peltham. Mistress Hushman.

—¿Quién es míster Hushman? —preguntó Mason.

La mujer bajó los ojos y dijo, pasado un momento:

—Mistress Peltham.

Se oyó el ruido de un coche que frenó rápidamente al pasar por delante de la casa. Las cubiertas chillaron como en protesta al detenerse el vehículo. Della Street se levantó de su asiento y cruzó hasta la ventana para mirar.

—Un coche de la policía —dijo a Mason.

Mason frunció el ceño.

—Mistress Tidings —dijo—, quiero que me prometa una cosa. No declare absolutamente nada. Niéguese a contestar a ninguna pregunta.

—Pero seguramente, míster Mason, usted no creerá que...

—El sargento Holcomb y un agente salen ahora del coche —anunció Della—. Vienen hacia la casa.

—¿Me lo promete usted? —insistió Mason.

—Sí.

—Recuerde que su vida depende de cumplir esa promesa.

—Pero, míster Mason, no podrán hacerme nada, independientemente de cómo fui a Reno. Yo estaba allí a las cinco de la mañana del martes, y el testimonio del secretario de Albert demuestra que estuvo vivo y bien hasta el mediodía del martes.

—¿Sabía usted que Mattern iba a decir eso? —preguntó Mason, mientras se oían pasos en el porche.

—No, claro que no. No fue más que un golpe de suerte, para nosotros.

—Bien, pues hay una cosa mala en eso —dijo Mason—, que no es cierto. Siempre que comparezca usted ante un tribunal confiada en algo que no sea cierto, toda su defensa se derrumbará. Yo no llevo mis casos de ese modo. Yo averiguo la verdad y edifico mi defensa sobre un sólido cimiento... Así, pues, si usted lo mató, necesito que me lo diga.

—No lo maté.

—Si me miente usted —dijo Mason—, que Dios la proteja.

—Míster Mason, le digo a usted la verdad absoluta y pura. Antes le mentí. Ahora le digo la verdad.

El timbre de la puerta continuaba alborotando, con el aditamento de unos rotundos y seguidos puñetazos sobre los paneles.

—Si usted no lo mató, ¿quién fue? —preguntó Mason.

—Puede creerme, míster Mason, que no tengo la menor idea. Debí de ser alguien interesado en los fondos del hospital. A veces he sospechado...

La puerta crujió bajo la presión de unos hombros aplicados contra ella.

—Perfectamente. Vaya a abrir la puerta —dijo Mason.

Mistress Tidings cruzó la habitación y abrió la puerta.

El sargento Holcomb entró como una tromba y clavó la mirada en Perry Mason y Della Street.

—¡Ustedes dos! —exclamó con voz que denotaba su ira—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Hablando con mi cliente —contestó Mason.

—Usted sabía que yo iba a venir —dijo el sargento—. ¿Cómo se enteró usted?

Mason hizo gestos negativos.

—¿Está usted contratado por mistress Tidings?

—Sí.

—¿Por qué le contrató a usted?

—Para que la guíe en sus asuntos.

—¿Qué clase de asuntos?

Mason sonrió.

—Realmente, sargento, un abogado no debe descubrir las confidencias de su cliente.

El sargento Holcomb se encaró con mistress Tidings.

—Perfectamente, mistress Tidings —dijo—. Vamos a hacerle unas cuantas preguntas. Durante el tiempo que estuvo usted en Reno su coche permaneció encerrado en un garaje de la East Central Avenue. Allí la conocen a usted como mistress Robert Hushman. Y también han visto a su supuesto esposo, míster Hushman. Los del garaje han identificado fotografías de Robert Hushman. Han identificado igualmente fotografías de usted... ¿Qué tiene usted que decir a esto?

—Yo puedo contestar a esa pregunta —intervino Mason.

—No quiero que lo haga usted —dijo el sargento—. Quiero que sea ella quien conteste.

—Yo no tengo nada que decir —replicó mistress Tidings.

Mason asintió.

—Le he ordenado que no conteste a ninguna pregunta.

—Si no contesta —replicó el sargento— irá a la Jefatura. Allí charlará un poco con el fiscal del distrito. Y si con tal motivo no da una explicación de ciertos hechos, se le acusará de asesinato en primer grado.

Mason aplastó cuidadosamente la punta de su cigarrillo.

—Póngase el sombrero, mistress Tidings —dijo.

Capítulo 11

—¿Por qué no comunicó usted a mistress Tidings las noticias? —preguntó Della Street, de vuelta en el automóvil, camino del despacho de Mason.

—¿Se refiere usted al hallazgo del abrigo de Peltham en su automóvil?

—Sí.

—Prefiero que Holcomb lo haga —dijo Mason.

—Será un golpe terrible para ella, jefe... ¿No debió usted sugerirle que tiene razón para creer que se trata de una simulación y que no debe emocionarse mucho?

—No —contestó Mason.

—¿Por qué, jefe?

—Yo discurrí en un principio ese pequeño truco para atrapar a Adelle Hastings. Quería que Peltham saliese de su escondrijo, y me figuré que alguien hablaría si parecía que Peltham había muerto.

—Ése es precisamente el peligro —opinó Della Street—. Si mistress Tidings cree que Peltham ha muerto puede decir algo.

—Déjela que lo diga —repuso Mason—. Si Peltham se esconde detrás de sus faldas, ya es hora de que salga al descubierto.

—¿Cree usted que es él?

—No lo sé. Apréndase esto, Della. Muchos abogados se presentan ante los tribunales con un caso fundado en falso testimonio. A veces, triunfan. A veces no. Personalmente, nunca me he atrevido a correr el riesgo. La verdad es el arma más poderosa que un hombre puede utilizar, y el que practica la ley como lo hacemos nosotros no puede esgrimir otra.

»Un abogado que haga las cosas que yo he hecho y que confíe en algo menos poderoso que la verdad quedaría desprestigiado en un mes. Este caso me preocupa... me desconcierta. No puedo

imaginarme exactamente lo que sucedió, y, sin embargo, *tengo* que saber lo que sucedió.

»Creo que ahora sé lo que sucedió, pero no tengo verdad suficiente para forjar un arma lo bastante poderosa con que luchar... Pero no nos preocupemos de esto ahora. Creo que las cosas van a marchar bien. Vamos a ver a Adelle Hastings...

Encontraron a Adelle Hastings en sus habitaciones. Fuera de cierta dureza en su exposición facial, no había en ella síntomas de emoción.

Mason la observó atentamente y notó aquella máscara dura y helada, tras la cual ocultaba sus sentimientos.

—Miss Street, mi secretaria, miss Hastings —presentó Mason.

Adelle Hastings acogió la presentación con una cortés cordialidad que daba todo lo que la formalidad exigía, pero no fue ni un paso más allá.

—¿No quieren ustedes entrar? —preguntó.

—No esperaba encontrarla a usted aquí —dijo Mason—. Tengo entendido que trabaja usted.

—No trabajo hoy —dijo ella, y no ofreció otra explicación—. ¿No quieren sentarse?

Cuando estuvieron sentados, miss Hastings se volvió bruscamente hacia Perry Mason. Por un momento cayó la careta de su rostro. Sus ojos fulguraron con vividos destellos.

—¿Por qué me envió usted aquel telegrama? —preguntó.

—Porque necesitaba la información —contestó Perry Mason.

La joven señaló con un gesto un periódico de la mañana.

—Podía casi haberse sospechado que era una trampa —dijo.

—¿Una trampa? —preguntó Mason, como si no acertase a seguir su razonamiento.

La joven guardó silencio.

—Por cierto que ahora que lo menciona usted —prosiguió Mason—, es algo extraño que pudiese usted conseguir el mensaje de un hombre que había sido grave o mortalmente herido y que me transmitiese usted ese mensaje.

La joven parpadeó rápidamente, conteniendo las lágrimas.

—¿Puede usted decirme exactamente a qué hora comunicó usted anoche con mister Peltham? —preguntó Mason.

—No.

—A la policía le interesaría mucho —rechazó el abogado—. Me temo, miss Hastings, que no tendrá usted más remedio que depositar en nosotros su confianza.

—¿Lo ha... lo ha encontrado la policía? ¿El cadáver?

—No lo sé —contestó Mason—. La policía no siempre siente particular amistad hacia mí. Para informarme tengo que echar mano de los periódicos del día, justamente como usted.

Los dedos de la mano izquierda de miss Hastings buscaron los de su derecha y se entrelazaron nerviosamente. No hubo otro síntoma de emoción.

—Evidentemente —dijo Mason—, nos interesa a todos que se encuentre el cadáver.

La joven siguió inmóvil y silenciosa.

—La policía —prosiguió Mason— tiene procedimientos muy insistentes y a veces muy desagradables.

—¿Me está usted amenazando? —preguntó la joven.

Mason le sostuvo la mirada.

—Sí —dijo.

—Yo no me asusto fácilmente —repuso ella.

Mason sacó la pitillera del bolsillo.

—¿No le importa que fume? —preguntó.

Ella se mordió los labios, rápido reflejo de emoción facial que traicionó por un momento su tensión nerviosa, pero luego sonrió graciosamente y dijo:

—Perdóneme por no haberles ofrecido cigarrillos, míster Mason. Tengo algunos aquí...

—No, gracias. Prefiero los míos. ¿Puedo ofrecerle uno?

La joven tomó un cigarrillo de la pitillera de Mason. Della Street aceptó otro, y Mason acercó la llama de sendos fósforos a sus cigarrillos. Luego se recostó cómodamente en su asiento.

—Estoy esperando —dijo.

—Esperando, ¿qué?

—Su declaración completa.

—No le voy a hacer a usted ninguna.

—Eso —repuso Mason— sería una verdadera desdicha.

La joven abrió la boca, titubeó y de pronto rompió en un torrente de palabras:

—Pero, ¿es que se propone usted dominar a todo el mundo? ¿No

puede usted dejar que nadie conserve un poco de amor propio y autovolución? Mi primera experiencia con usted fue tan humillante, que estuve a punto de llorar, pero ahora... Bueno, no estoy dispuesta a que se repita aquella primera experiencia.

—Hagamos frente a los hechos, miss Hastings —dijo Mason con calma—. Sus relaciones con los hombres se han reducido a los círculos sociales, donde las mujeres son objeto de mera cortesía. Yo me enfrento con problemas de vida o muerte. Yo no tengo tiempo ni paciencia para cumplidos y galanterías.

—¿Qué se propone usted, entonces? —preguntó la joven.

—Me propongo saber qué contactos tuvo usted con Robert Peltham, qué acuerdo tenían ustedes, cómo recibió usted sus mensajes y hasta qué punto gozaba usted de carta blanca.

—¿Qué le hace a usted pensar que me dio carta blanca?

—Es evidente —repuso Mason— que no se pueden recibir mensajes de un muerto.

—¿Cree usted que ha muerto?

—Al menos eso indican los indicios encontrados por la policía.

—Pues estaba vivo y bien vivo a las nueve de la pasada noche.

—¿Está segura de eso?

—Sí.

—¿Habló usted con él?

—Sí.

—¿Por teléfono?

—No me interesa contestar a esa pregunta.

Mason se dirigió a Della Street:

—Creo que será mejor que llame usted al sargento Holcomb, de la Brigada de Homicidios, Della, y dígame que tenemos un testigo que sabe algo de Robert Peltham.

—Usted no puede hacer eso —protestó Adelle Hastings.

—¿Por qué no?

—No sería noble. Míster Peltham contrató sus servicios.

—No para protegerle a él —repuso Mason—, sino para proteger a una mujer.

—¿Quién era la mujer?

—Míster Peltham tomó sus precauciones para ocultarme su identidad.

—Ahora comprendo —dijo la joven— a qué se refería usted

cuando habló conmigo... intimándome a que yo tenía que darle a usted algo.

—¿De veras? —preguntó Mason con acento que indicaba solamente cortés interés.

—¿Desea usted que haga ahora esa llamada, jefe? —preguntó Della.

—Sí, haga el favor.

—¿Puedo utilizar el teléfono? —preguntó Della a mis Hastings con la mayor amabilidad.

—No puede ser —contestó bruscamente miss Hastings—. No voy a permitir que la policía se mezcle en este asunto.

—Encontrará usted un teléfono en el almacén de la esquina, Della —dijo Mason con la mayor indiferencia—. ¿Tiene un níquel?

—Sí.

La secretaria se levantó, arrojó su cigarrillo en el cenicero y abrió la puerta.

Sólo cuando salió del pasillo y estaba a punto de cerrar la puerta tras ella, la llamó Adelle Hastings con voz ronca por la ira.

Della Street se detuvo.

—Vuelva —dijo Adelle—. Le diré a Míster Mason lo que desea saber.

Della Street volvió a entrar, cerró la puerta y permaneció con la espalda apoyada en ella, agarrando todavía el tirador. Adelle Hastings trató inútilmente de contener las lágrimas.

—Pero, ¿ni siquiera da usted al adversario la oportunidad de salvar su pundonor? —preguntó a Mason.

—Lo siento, miss Hastings —respondió el abogado—. Sólo me interesan los resultados. Me importan poco los métodos.

—Eso he observado —murmuró la joven—. Creo, míster Mason, que podría aprender a aborrecerle a usted con muy poco esfuerzo.

—Me aborrece mucha gente —repuso con frialdad.

—Le diré la verdad —declaró Adelle, en tono de cansancio—. Estoy arrinconada. No tengo otro remedio. Robert Peltham vino a verme hará dos semanas. Me dijo que estaba convencido de que ocurrían irregularidades en el manejo de los fondos del hospital. Yo no le creí al principio, pero él llamó mi atención hacia ciertos hechos significativos. Dijo que por razones personales le era imposible tomar la iniciativa. Y me sugirió que yo lo hiciese.

—¿Lo hizo usted?

—Realicé alguna investigación preliminar.

—¿Y después?

—Después, el lunes último por la noche, el martes por la mañana, para mayor exactitud, a eso de las tres de la madrugada, me llamó míster Peltham por teléfono. Dijo que tenía que verme inmediatamente para un asunto de la mayor importancia.

—¿Habrá usted hecho ya las gestiones para que se hiciese una investigación completa?

—Sí.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Mason.

—Peltham me dijo que Albert Tidings había sido asesinado, que las circunstancias que rodeaban el hecho eran tales que se le acusaría a él del crimen. Parecía muy preocupado.

—¿Mencionó algo referente a una mujer? —preguntó Mason.

—Directamente, no; pero sospeché que no se encontraba solo cuando ocurrió el suceso.

—¿Le confesó a usted que había disparado contra Tidings?

—No.

—¿Qué más? —preguntó Mason.

—Peltham me dijo —prosiguió la joven— que quizá pasase algún tiempo antes de que fuese descubierto el cadáver de Tidings, que bajo ninguna circunstancia debía yo confirmar a nadie que tenía algún indicio de que Tidings había muerto, que yo debía seguir adelante como si estuviese vivo, y que era vital para él que quedase definitivamente establecido que hubo malversación de las cuentas de Tidings antes de que el público se enterase del asesinato.

—¿Dijo por qué?

—No.

—¿Qué le contestó usted?

—Le dije que lo haría. Él había sido conmigo muy noble y muy fiel, y me propuse corresponderle.

—¿Dijo él algo más?

—Me recomendó que tuviese cuidado de poder justificar mi tiempo... por si era necesario.

—En otras palabras, que él esperaba que la acusasen a usted del asesinato.

—No lo sé. Sólo me dijo eso y yo no le pregunté por qué.

—Pero usted sabía por qué, ¿no es cierto?

La joven titubeó un momento, luego le miró desafiadora.

—Sí —contestó.

—Así me gusta —dijo Mason—. Vamos a otra cosa. ¿Cómo se las arregló usted para mantenerse en comunicación con Peltham?

—Míster Peltham no abandonó realmente la ciudad. Fue a un hotelito y se inscribió con el nombre de Bilback. Yo seguí en comunicación con él.

—¿Por teléfono?

—Por teléfono y en persona.

—¿Qué sucedió anoche?

—Fui a verle.

—¿Estaba en su habitación?

—Sí.

Mason miró a Della Street.

—¿Y le llamó usted después de leer el periódico de esta mañana? —preguntó.

—Sí, naturalmente.

—¿Con qué resultado?

—Me contestaron que no habían visto a míster Bilback esta mañana... que no estaba en su habitación.

—Todos esos disgustos se los ha llevado usted por dejarme actuar en las tinieblas —comentó Mason.

—Quería proteger a Peltham —se disculpó la joven—. Dadas las circunstancias, apreciará usted mi situación.

—¿Fue ésta su única razón?

—Sí, naturalmente.

—El lunes por la noche —dijo Mason— míster Tidings tenía una cita con una mujer, una mujer que tenía medios de causarle un gran disgusto. Cuando abandonó el despacho, iba muy deprisa para acudir a aquella cita.

El rostro de miss Hastings no reveló la menor emoción.

—Supongo que nos dirá usted algo de esa cita, miss Hastings —dijo Mason.

—No sé a qué se refiere usted.

—Se lo pido por última vez.

La joven parpadeó para contener las lágrimas. Mason consultó su reloj de pulsera haciendo gestos de impaciencia.

—Tiene usted exactamente treinta segundos —dijo.

Ella esperó diez segundos; luego contestó con voz ahogada por la emoción:

—Le vi.

—¿Dónde?

Hubo otro intervalo de silencio.

—Aquí —dijo al fin.

—Aquí, no —afirmó Mason—. En la explanada cercana al *bungalow* de mistress Tidings. Él le pidió a usted que se reuniese con él allí. No quería que se le viese entrar en su departamento. Usted ya le había acusado de haber malversado fondos del hospital. Él prometió que si iba usted a buscarle allí, se lo explicaría todo.

La joven movió la cabeza en silenciosa negación.

—¿Dónde se entrevistó con él? —insistió Mason.

—Aquí —repitió la joven.

Una vez más Mason dobló el codo para consultar su reloj.

—Treinta segundos.

Adelle Hastings se agitó y lanzó un profundo suspiro, como si estuviese dispuesta a hablar. Luego volvió a apretar los labios en obstinado silencio.

Mason púsose en pie.

—Vamos, Della —dijo, y mantuvo la puerta abierta para que la secretaria saliera al pasillo. Luego volvió el rostro hacia la inmóvil figura de Adelle Hastings, derrumbada en su sillón.

—Recuerde —dijo— que tuvo usted su oportunidad.

Cerró la puerta de golpe y se alejó pasillo adelante.

Capítulo 12

Mason abrió la puerta de su despacho particular y dijo a Della:

—Deslícese a la sala de espera y vea quién está allí. Dígale a Gertie que he vuelto, pero no quiero ver a nadie.

Della Street traspuso silenciosamente la puerta. Cuando volvió encontró a Mason encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué hay, Della? —preguntó el abogado.

Ella le impuso silencio llevándose un dedo a los labios y se acercó a él de puntillas.

—Hay alguien en la biblioteca —dijo en voz baja.

Mason hizo un gesto de sorpresa.

—¿Quién? —preguntó.

—No lo sé. No quiso dar su nombre a Gertie, dijo que tenía que verle a usted y que no podía esperar en la sala. Ella insistió en que tenía que darle su nombre, y entonces la apartó a un lado y se metió en la biblioteca diciéndole que se dedicase a sus papeles. Gertie protestó, pero el individuo le pareció un personaje y no se atrevió a hacerle echar.

—Será Robert Peltham, Della —dijo Mason—. ¡Hola, Peltham! Entre.

Peltham, que se hallaba sentado junto a la larga mesa, fumando nerviosamente un cigarrillo, se puso bruscamente en pie y atravesó rápidamente hacia donde estaba Mason.

—¿Qué diablos ha sucedido? —preguntó—. ¿Cómo pudieron apoderarse de mi abrigo, de mi coche, y...?

—Mucho tardó usted en venir —dijo Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo tenía que verle a usted. Traté de que nos pusiéramos al habla por las buenas. No dio resultado. Tuve que recurrir a las malas.

Peltham se le quedó mirando, asombrado.

—Pero, ¿entonces es que usted...?

Su voz se extinguió repentinamente.

—Le presento a Della Street, mi secretaria —dijo Mason—. No tengo secretos para ella. Entre y siéntese. ¿Por qué no permitió que hablase con usted?

—No lo juzgué prudente.

—¿Por qué no puso las cartas sobre la mesa la primera vez que vino a este despacho?

—Así lo hice.

—¡Sí, claro que lo hizo usted! —exclamó sarcásticamente Mason—. Usted y su enmascarada amiga. Usted y sus misteriosas alusiones a lo que iba a suceder. ¿Por qué diantres no me dijo usted en aquel momento que Tidings había muerto?

—Porque no lo sabía.

—¡Pataratas! —exclamó Mason—. ¿Y por qué no me dijo usted que yo tenía que representar a mistress Tidings? Así yo hubiera hecho un trabajo decente en vez de andar a ciegas por ahí.

—Lo ha hecho usted muy bien —dijo Peltham.

—Eso es lo que usted se cree —repuso Mason—. Ahora escúcheme. El tiempo es precioso. Quiero que haga usted exactamente lo que voy a decirle..., usted está muerto, ¿comprende?

—¿Qué quiere usted decir?

—Exactamente lo que digo. Usted está muerto. Usted ha sido asesinado.

—¿No comprende usted, Mason? —dijo Peltham—. Necesitaba que usted protegiese a mistress Tidings y...

—La estoy protegiendo —repuso Mason, y añadió significativamente—: Ahora.

—¿Y antes no?

—¿Cómo iba a hacerlo? He estado cazando fuegos fatuos. ¿Por qué diablos dijo usted que no había inconveniente en que representase a Byrl Gailord?

—Porque no lo había. Sé todo lo que a ella se refiere. Tidings era el fideicomisario de sus bienes... ¡Bien se los administró! Probablemente encontrará usted que hay un enorme descubierto en sus cuentas.

—¿Por qué conoce usted los asuntos de miss Gailord? —preguntó Mason.

—Por mistress Tump. Esta señora ha sido una especie de madrina para ella, la rescató de Rusia, la trajo aquí y cuidó de su porvenir... Es decir, hizo todo lo que pudo. La muchacha desapareció del asilo donde había ingresado para mayor seguridad y...

—Y usted pensó que no habría incompatibilidad entre la representación de los intereses de Byrl Gailord y los de mistress Tidings.

—Así fue.

—¿Y usted conoce personalmente a Byrl Gailord?

—No. Todo lo que sé de ella es por su madrina.

—Entonces —dijo Mason—, ¿usted no sabía que Byrl Gailord es una intrusa social y que está encalabrada por un joven por quien Adelle Hastings está vivamente interesada?

—¡Byrl Gailord! —exclamó Peltham.

Mason asintió.

—No puedo creer que tal cosa sea posible. Adelle Hastings nunca me ha dicho una sola palabra de este asunto.

—Adelle Hastings —repuso Mason—, no hablaría de ese asunto a nadie en el mundo... y menos a usted.

—Pero su petición para representarla me fue enviada por mediación de Adelle.

—Muy bien —dijo Mason—. No discutiremos eso. Se terminó. Es agua que ya pasó por debajo del puente. ¿Qué es Nadine Tidings para usted?

—¿Qué cree usted?

—Yo no creo nada. Se lo pregunto.

Peltham sostuvo la mirada de Mason y dijo concisamente:

—Lo es todo para mí en el mundo.

—¿Y Adelle Hastings?

—No comprendo...

—¿Qué es esa señorita para usted?

—Pues... nada. Nada más que una amiga. Es una muchacha muy simpática a quien siempre he admirado, pero eso es todo.

—¿Conoce ella sus sentimientos hacia mistress Tidings?

—Ciertamente que no. Nadie los conoce. Me he metido en el

mayor conflicto por mantener estas relaciones siempre secretas.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Por lo que habría sucedido. Yo formaba con Tidings el grupo de fideicomisarios. Yo desconfiaba de Tidings. Hubo un desacuerdo. De haberlo yo denunciado, Tidings habría gritado que yo quería meterle en la cárcel para poder casarme con su mujer. Nadine quería el divorcio. Tidings habría tenido lo suficiente para poder arrastrar su nombre por el lodo.

—¿Y fue usted tan loco —preguntó Mason—, que llegó a creer que un plan tan disparatado como el que intentó protegería a mistress Tidings?

—¿Y no la ha protegido?

—No —dijo rotundamente Mason—. La policía se llevó a mistress Tidings detenida hará una hora. Van a acusarla de asesinato en primer grado.

—No sé cómo podrán relacionar a Nadine con ese hecho —objetó Peltham—. Su coartada lo impedirá.

—Permítame que le indique dónde cometió usted todo un puñado de equivocaciones —dijo Mason—. La gente se enteró de la muerte de Tidings y de dónde se encontró su cadáver. Y cada persona que hizo ese descubrimiento empezó a protegerse proporcionándose una coartada.

—¿Y qué? —preguntó Peltham.

—Pues que el fiscal tiene presentes todas esas coartadas. Son pistas matemáticas. Nadie, excepto el asesino de Tidings, sabe exactamente cuándo fue muerto. Cada persona cree que lo fue un poco antes de que ella hiciese el descubrimiento del cadáver... Por lo tanto, el fiscal sólo tiene que repasar las coartadas para elegir las que cubren los períodos más largos, y así va acercándose a la verdad. Mistress Tidings empezó haciendo remontar su coartada a la tarde del lunes... Ya se imaginará usted lo que eso significa.

Peltham frunció el ceño.

—Y he aquí —prosiguió Mason— lo que el fiscal va a decir frente al jurado. Usted hizo el amor a Nadine Tidings bajo mano, subrepticamente. Ustedes tenían citas clandestinas. Usted tomó el nombre de Hushman y le dio a ella el de mistress Hushman. Usted...

—¡Santo Dios! —exclamó Peltham—. ¿Quién sabe esto?

—El fiscal del distrito —contestó Mason—. ¿Acaso cree usted que es un imbécil?

Peltham le miró con mudo desmayo.

—Tidings descubrió el asunto —prosiguió Mason—. Tidings...

—No, él no. Juro que él no —protestó Peltham.

—Le estoy diciendo a usted —repuso Mason— lo que el fiscal va a decir al jurado. Usted tenía entrevistas secretas con Nadine Tidings en su casa. Albert Tidings era todavía su marido legal. Usted decidió matarle, quitándole así de en medio como marido, sellando sus labios, protegiendo el buen nombre de Nadine, y el buen nombre de usted, dejando libre el camino para casarse con ella.

—Juro que eso no es cierto. Juro por todo...

—No es a mí a quien ha de convencer —cortó Mason.

—Pero es que sí quiero convencerle a usted.

—No servirá de nada —repuso Mason—. Yo compré este paquete. Es mío sea cual fuere lo que haya dentro. Espero que Nadine Tidings no sea culpable, pero tengo que representarla sea culpable o inocente. Es lo tratado. Yo siempre cumplo mis compromisos. Pero después de esto, si alguien vuelve a lograr que yo me mueva a tientas en las tinieblas, puede usted mandarme encerrar en una casa de locos. Usted cebó una trampa con un billete de diez mil dólares... Probablemente en aquel momento usted no sabía que era una trampa, ni yo tampoco. Pero la trampa ha saltado. Y tanto usted como yo hemos resultado cogidos. Nadine Tidings quedó igualmente presa... Tenemos que libertarnos de algún modo. Lo primero es dejar que el fiscal crea que usted está muerto y dejar que el asesino de Albert Tidings crea que ha muerto usted.

—¿Por qué?

—¿No comprende?

—No.

—Perfectamente. No es preciso. Yo le he matado a usted, y todo lo que necesito es que siga usted muerto.

Mason se volvió a Della Street.

—Della —dijo—, este señor está muerto. Llévelo y entiérrelo *donde yo sepa que está enterrado*.

—¿Dónde quiere que lo lleve... y cuándo? —preguntó la

secretaria.

—Tiene usted que sacarlo de este edificio —dijo Mason—. Una vez fuera, utilice su ingenio...

Sonó el teléfono colocado sobre la mesa. Mason puso mala cara ante la interrupción, pero Della Street descolgó el receptor y dijo:

—Gertie, no llames a menos que sea algo... ¿Ah, sí? —miró a Mason y añadió—: En comunicación con Paul Drake. Dice que es importante.

Mason cogió el receptor.

—No tengo tiempo de hablar, Perry —dijo Drake—. Te llamo solamente para avisarte de que te están traicionando.

—¿Cómo es eso?

—Te traicionan tus propios clientes. Nos van a llevar a todos a presencia del fiscal... Ya están aquí, Perry.

Mason oyó el golpe del receptor sobre su soporte al otro extremo de la línea.

Se volvió para mirar a Della Street.

—Están ya en el edificio —dijo—. Tendrá usted que sacar a Peltham del despacho mientras me detienen a mí... Pónganse los dos junto a esa puerta del pasillo. Cuando oigan que entra la policía, salen ustedes del pasillo. Yo los retendré aquí. Esperemos que no vigilarán la entrada del edificio. No siempre...

Mason oyó una comunicación en el antedespacho y la voz de Gertie que se alzaba en chillona protesta.

—No pueden ustedes entrar ahí. Míster Mason no quiere que se le moleste. Ustedes...

Mason hizo una señal a Della Street.

—Ahora —dijo.

Della y Peltham se deslizaron al pasillo. Luego Della cerró silenciosamente la puerta.

La puerta de la salita de espera se abrió de manera violenta.

—¡Quítese de delante, gatita esmirriada! —gritó la voz del sargento Holcomb. Un agente de paisano cogió a Gertie por los hombros, la hizo girar en redondo, y los dos policías entraron en el despacho.

Mason, sentado a su mesa, ocupado aparentemente en estudiar un libro de leyes, levantó la mirada, ceñudo, al oír la interrupción.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó.

—Significa —dijo el sargento con acento de triunfo— que ha patinado usted demasiadas veces sobre hielo delgado. Ahora la capa se ha roto y se ha caído usted por el agujero.

—¿De qué está usted hablando?

—Tengo mis instrucciones, Mason. Le voy a dar a elegir: ¿quiere venir conmigo al despacho del fiscal del distrito a contestar unas preguntas o prefiere ir a la cárcel?

—Pero ¿qué atropello es éste? —preguntó Mason, indignado, empujando hacia atrás su sillón y poniéndose en pie.

—No hay atropello alguno —dijo Holcomb—. En lo que a mí respecta, deseo que diga usted que no. Estoy deseando detenerle para meterle en la cárcel ahora mismo. El fiscal tiene sus miramientos, y sólo porque es usted abogado dice que le dará la oportunidad de explicarse... si usted quiere.

Mason hizo una pausa para mirar con mal ceño al sargento Holcomb, mientras hacía un cálculo mental del tiempo que emplearía Della Street en bajar con Robert Peltham en el ascensor y sacarle por la puerta trasera al callejón.

—¿Trae usted mandamiento? —preguntó.

—Eso es precisamente lo que yo esperaba que dijese usted... No, míster Mason, no traigo el mandamiento, pero me voy a proporcionar uno dentro de diez segundos. Los rodillos están bien engrasados.

Cruzó hacia el teléfono, descolgó el receptor y dijo:

—Póngame con el despacho del fiscal.

Mason se encogió de hombros.

—Perfectamente —murmuró—. Iré con usted a ver al fiscal.

—Es demasiado tarde para eso ahora —dijo el sargento.

—Yo opino que no —repuso Mason con frialdad—. Yo nunca me he negado a acompañarle a usted. Le pregunté simplemente si traía usted mandamiento para detenerme.

El sargento volvió a dejar el receptor en su soporte.

—Está bien, Mason. En marcha —dijo.

Mason tardó todo lo que pudo en coger su sombrero y su abrigo.

—Tendré que llamar a mi empleada para decirle que salgo —dijo.

—Hágalo pronto —apremió el sargento.

Mason llamó a Gertie al despacho. Ésta se encontraba todavía

jadeante de su lucha y miró con hostilidad a los policías.

—Gertie, se me llevan al despacho del fiscal para interrogarme. Quiero que tome usted algunas notas sobre lo que hay que hacer en los casos que tenemos todavía pendientes.

—Dese prisa —volvió a apremiar el sargento.

—En el caso de Smith —continuó Mason—, gestionar que se le tome declaración.

Por un momento apareció un pliegue de perplejidad en la frente de Gertie; luego, al darse cuenta de que Della no estaba en su despacho, y recordando que los ficheros no contenían caso alguno referente a ningún Smith brilló en sus ojos la comprensión.

—Sí, míster Mason. ¿Algo más?

—Sí. En el caso de Jones, hay que presentar mañana la contestación a la demanda. Caso de que yo no vuelva y me sea imposible redactarla, pedir ampliación de plazo.

—Sí, míster Mason. ¿Y si no conseguimos la ampliación?

—Entonces habrá que recurrir al tribunal.

—¿Cómo se hace eso?

—Vamos —intervino el sargento—. Tendrá usted tiempo de telefonarle después que el fiscal termine con usted, Mason.

—Es un asunto importante —replicó el abogado—. No puedo dejar que se resuelva en rebeldía.

—Bien, puede usted telefonarle. Vamos. No podemos perder todo el día. El fiscal está esperando.

—Expliquen simplemente las circunstancias al presidente del tribunal —dijo Mason a Gertie—. Y en el caso de Hortense Wiltfong, tendrán ustedes que devolver el anticipo. Explique a mistress Hortense que voy a verme imposibilitado de ocuparme de su caso. Pero no lo hagan ustedes, a menos que deje de presentarme a las cinco o...

El sargento Holcomb dio un paso hacia Mason.

—Pero, ¿es que va usted a dar instrucciones hasta para la cocinera? ¿O trata usted sencillamente de ganar tiempo?

—Nada más, Gertie —terminó Mason—. Señores, cuando ustedes quieran.

Capítulo 13

Perry Mason siguió al sargento Holcomb al antedespacho del fiscal del distrito. El agente vestido de paisano desapareció por una puerta reservada.

Mason vio a Paul Drake sentado junto a un individuo, que era evidentemente un policía detective.

—Hola, Paul —dijo Mason, fingiendo sorpresa—. ¿Qué te pasa?

—Hasta ahora nadie me lo ha dicho —contestó Drake, poniéndose en pie.

—Vamos, Mason. El fiscal está esperando —intervino Holcomb.

Drake alargó impulsivamente la mano al abogado.

—Perry —dijo con voz trémula—, digan lo que digan, quiero que sepas que estoy a tu lado. Nadie podrá nunca hacerme creer que hay maldad en la manera que tienes de hacer las cosas.

—Gracias —dijo Mason, estrechando la mano de Paul y sintiendo al hacerlo un trozo de papel doblado que Drake le había deslizado subrepticamente.

—Vamos —dijo Holcomb, impaciente, dirigiéndose a un pasillo que conducía a una serie de despachos interiores.

El detective que había estado sentado junto a Drake intervino:

—La cosa no es como para enternecerse —dijo—. Sepárense.

Mason se separó, metiéndose con toda naturalidad la mano derecha en el bolsillo del pantalón.

—Por aquí —dijo Holcomb.

El largo pasillo tenía a ambos lados muchas puertas que ostentaban los nombres de los comisarios. Al final, una puerta de nogal exhibía el rótulo: «Hamilton Burger, Fiscal del Distrito».

—Nos está esperando —dijo Holcomb, y abrió la puerta. Mason le siguió, y el policía de paisano, cumplida, al parecer, su misión de escoltar al abogado hasta allí, se volvió para apoyar la espalda en la

pared, junto a la puerta abierta.

Chasqueó el pestillo automático y la puerta se cerró.

Mason vio a Hamilton Burger sentado detrás de su mesa, y a su lado a un individuo de abultado pecho y cuello de toro, que daba la sensación de tener gran fuerza física y la tenacidad mental de un *bulldog*.

—¿Cómo está usted, Mason? —saludó el fiscal—. Siéntese aquí en esta silla.

Mason asintió y paseó la mirada por el despacho. Un individuo, evidentemente reportero taquígrafo, estaba sentado detrás de una mesita, con un cuaderno de notas delante. La página visible del cuaderno de notas estaba medio llena de caracteres de taquígrafo, evidentemente notas tomadas de una conversación con algún otro testigo. Carl Mattern se encontraba con la espalda apoyada en la pared, con aires de personaje. Mistress Tump, sentada junto a él miró beligerantemente a Mason, y un poco más allá Byrl Gailord, que evidentemente había estado llorando, levantó los ojos para mirarle con herida dignidad. Tenía oscuros chafarrinones donde las lágrimas habían disuelto el colorete, que había pasado casi íntegro al arrugado pañuelo.

—Muy bien. ¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—Tengo suficientes informes —dijo Hamilton Burger— para justificar un mandamiento de detención. Pero por ser usted abogado y haber tenido hasta ahora cierto renombre, he decidido darle la oportunidad de explicar sus actos.

—Muchas gracias —dijo Mason con seca cortesía.

—Debo decir —prosiguió Burger— que aunque usted ha gozado hasta ahora de buen concepto, ha sido en mi opinión principalmente debido a la suerte. Le he advertido a usted muchas veces que sus métodos acabarían por darle un gran disgusto.

—Creo que podemos ahorrarnos el sermón —dijo Mason—. Mis métodos son míos y mi ética es también mía. Yo soy responsable de ambos. Si tiene usted algo que decir, dígalo.

—Siéntese en esa silla —ordenó Hamilton.

Mason ocupó la silla más próxima a la mesa del fiscal, separada solamente unos cuantos pies de la del reportero taquígrafo.

—Le advierto, Mason, que esta entrevista quedará registrada, y todo lo que diga usted podrá utilizarse en contra suya. No necesita

usted hacer declaraciones, a menos que lo desee. Si las hace usted, serán consideradas como libres y voluntarias, sin coacción ni promesas.

—Prescinda del formulismo —dijo Mason—. Vayamos al asunto. Conozco todos los preliminares.

Burger se dirigió a Mattern.

—Míster Mattern —dijo—, deseo que diga exactamente a míster Mason lo que me ha contado usted. Puede condensarlo en los hechos principales.

—¿Para qué, si él los conoce todos? —repuso Mattern.

—No obstante, quiero que lo repita —insistió Burger.

Mattern levantó los ojos para mirar fijamente a Mason.

—Fui secretario de míster Tidings —dijo con voz enérgica y bien modulada—. El martes último por la mañana míster Mason llamó a mi despacho.

—¿A qué hora? —preguntó Mason.

—Poco antes de las nueve —contestó Mattern.

—Tenga la bondad de no interrumpir la declaración del testigo, míster Mason —interrumpió Hamilton—. Más tarde tendrá usted oportunidad de defenderse. Por ahora deseo simplemente que conozca usted la información que ha llegado a mis manos. No es ésta ocasión de interrogar a los testigos.

—Si quiere usted acusarme de algo —dijo Mason—, y espera que yo conteste a la acusación, tengo que saber los detalles. Prosiga, Mattern.

Burger hizo un gesto de disgusto.

Mattern, con los ojos todavía fijos en Mason, continuó en el mismo tono de voz:

—Míster Mason me dijo que míster Tidings había sufrido un accidente. Dijo que míster Tidings, según sus informes, había muerto, que él representaba a Byrl Gailord, que Byrl Gailord era la beneficiara de un depósito que administraba míster Tidings, que él sabía que Tidings había intentado comprar un gran bloque de acciones de la «Western Prospecting Company», que convenía muchísimo a su cliente que la operación se hubiese terminado, que él creía que aquellos valores eran una buena inversión para sus clientes y que tenía interés en hacer que la cantidad invertida de cincuenta mil dólares apareciese como perteneciente a los fondos de

Gailord, administrados por Tidings, en fría acusación.

—¿Dijo algo de que también interesaba a otros clientes el hacer aparecer que la muerte de Tidings, en opinión de la policía, había ocurrido en hora posterior a la que realmente ocurrió? —preguntó ahora el fiscal Hamilton Burger.

—No en tantas palabras —contestó Mattern, frunciendo el ceño, como concentrándose en el recuerdo—. Creo que ya le dije a usted exactamente lo que dijo.

—Bien, repítamelo —ordenó Burger.

—Dijo que había razones, que no quería mencionar que aconsejaban a sus clientes el hacer aparecer que la muerte no ocurrió hasta después del mediodía del martes.

—¿Dijo cliente o clientes? —preguntó Burger.

—Clientes. Lo recuerdo muy distintamente —contestó Mattern.

—¿Pero no dijo específicamente si por clientes se refería a miss Gailord y a alguna otra persona?

—No, no lo *dijo*. Pero recuerdo que utilizó la palabra clientes... en plural.

—Muy bien. Prosiga.

Mason resistió la hostilidad de la mirada de mistress Tump, la silenciosa acusación de Byrl Gailord y por toda reacción sacó disciplinadamente la pitillera. Eligió un cigarrillo y buscó unos fósforos por sus bolsillos. En el curso de aquella busca se las arregló para extraer el papelito doblado que le había entregado Drake. Luego rascó un fósforo y encendió el cigarrillo. Mientras Mattern reanudaba su declaración, Mason hizo un subrepticio estudio del mensaje. Estaba escrito en tinta sobre una estrecha hoja de papel. Decía así: «Freel figura inscrito en el Hotel Saint Germaine con el nombre de Herikmer Smith, Shevenport. Lousiana».

Mason trasladó el fósforo a su mano izquierda y lo dejó caer en un cenicero; su mano derecha se introdujo casualmente en el bolsillo lateral de la americana y depositó en él el mensaje de Drake.

Mattern seguía lanzando acusaciones.

—Míster Mason me dijo que, con arreglo a la ley de agencias, yo no tendría autoridad para cerrar el trato si Tidings hubiese muerto, que sus clientes querían que se consumase la compra, que sería mejor para todos los interesados hacer aparecer que la transacción

estaba concluida antes de que muriese Tidings. Por último, me dijo que si cooperaba con él me daría diez mil dólares cuando se hubiese realizado la compra.

—¿Convino usted en cooperar con él? —preguntó Burger.

—Hice algunas objeciones al principio —contestó Mattern—. Naturalmente, la información me impresionó profundamente y me asombraba pensar que un hombre de la posición de míster Mason me hubiese hecho semejante proposición.

—¿Y comunicó usted su repugnancia a míster Perry Mason?

—Sí, señor. Le dije que no podía acceder.

—¿Y qué contestó Mason?

—Mason me hizo notar que Tidings había muerto, que yo no podía hacer nada para devolverle la vida, y que sería mucho mejor para todos, particularmente para sus clientes...

—¿Volvió a utilizar esa palabra y en plural? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—Prosiga.

—... que sería mucho mejor para sus clientes que apareciese que míster Tidings había encontrado la muerte después del mediodía del martes. Me preguntó también si no era cierto que míster Tidings había extendido un cheque por valor de cincuenta mil dólares, que iba a ser entregado para la compra de las acciones. Le contesté que era cierto. Entonces, míster Mason sugirió que me llamaría más tarde por teléfono, y que yo debía decir a su secretaria que míster Tidings estaba indisponible y que hablaría con míster Mason. Se pondría entonces al aparato, yo seguiría la conversación, él fingiría que Tidings estaba al otro extremo de la línea, yo contestaría a las demás personas que llamasen que míster Tidings estaba en su despacho, pero ocupado en una conferencia, y que no podía ser molestado. Luego yo continuaría la compra de las acciones justamente como si Tidings estuviese allí, y juraría, caso necesario, que Tidings me había acompañado a bajar por el ascensor; y después, para asegurar las cosas, una vez realizada la compra, debía jurar que Tidings me había llamado para preguntarme si todo había marchado con arreglo a lo convenido.

—¿Y le prometió a usted diez mil dólares por eso? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—¿Le pagó los diez mil dólares?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—En billetes de cincuenta y cien dólares.

—¿Qué hizo usted con ese dinero?

—Lo deposité en un banco.

—¿En el banco donde tiene usted su cuenta corriente?

—No, señor. En otro banco. Fui a uno donde no me conociesen. Les dije que deseaba abrir una cuenta e hice el depósito bajo un nombre falso.

—¿Con qué nombre?

—Anthony Blake.

—¿Le contó usted eso a alguien?

—No, señor... Sólo a usted esta mañana.

Burger miró a Mason.

—¿Qué tiene usted que decir a esto? —le preguntó.

—Deseo hacerle un par de preguntas —dijo Mason.

—No creo que ésta sea ocasión para hacer preguntas —repuso Burger—. No estamos en una vista. Me estoy limitando a poner mis cartas sobre la mesa para mostrarle la información que tengo a mano con datos irrecusables.

Mason ignoró el comentario y se encaró con Mattern.

—Supongo, Mattern, que el fiscal descubriría lo de su falsa cuenta corriente y le exigiría alguna explicación.

—No ha habido nada de eso —replicó Mattern, indignado—. Nadie sabía la existencia de esa cuenta. Empezó a remorderme la conciencia y decidí venir a ver al fiscal para explicarle lo ocurrido.

Mason se volvió a Hamilton Burger.

—Verá usted lo que sucedió —dijo—. Mattern sabía que Tidings había muerto. Me confesó que lo había descubierto a primera hora de la mañana del martes. Bolus, presidente de la «Western Prospecting Company», tenía el propósito de desprenderse de sus valores. Y le ofreció a Mattern una recompensa de diez mil dólares cuando terminase la operación. Yo hice notar a Mattern que con las facilidades de que dispone la fiscalía, podría usted comprobar ese pago por el banco. Y como se encontró cogido en la trampa, discurrió esta historia.

—Eso es mentira —protestó Mattern.

—No podrá usted hacer prevalecer eso, Mason —dijo el fiscal—. He hablado con Emery Bolus, presidente de la «Western Prospecting Company». Es cierto que la venta fue de acciones privadas. Creo que éstas pertenecían a Bolus, que deseaba desprenderse de ellas, pero Bolus no sabe nada de esa comisión de diez mil dólares y no tenía la menor sospecha de que Tidings estuviese muerto a la hora en que se terminó la transacción. No puede usted rehuir las consecuencias de sus actos tratando de comprometer a otras personas, míster Mason.

—Bolos ha consultado con un abogado —prosiguió tranquilamente Mason—, Bolus sabía que, según la ley de agencias, la venta quedaría anulada en el caso de que apareciese que Tidings había muerto... a menos que se demostrase que yo había consentido tal operación como abogado de Byrl Gailord, lo que habría convertido a Mattern en un agente de la beneficiaria en vez del fideicomiso. En tales circunstancias, Bolus podría insistir en que la venta era válida. Esa historia ha sido inventada con ese mismo objeto. Probablemente las acciones carecen de valor. Bolus ha convenido en dar a Mattern otros cinco o diez mil dólares para que cuente esta historia. Así se da una salida a Mattern, se justifican sus actos y el dinero continúa en manos de Bolus.

—Eso es un ingenioso intento para deformar los hechos —dijo fríamente Burger—, pero, desgraciadamente para usted, las pruebas no corroboran sus palabras.

—Perfectamente —dijo Mason—. Examinaré el asunto desde otro ángulo. ¿Qué tiene que decir usted, mistress Tump? Usted es quien me comprometió a representar los intereses de Byrl Gailord. ¿Recuerda cuándo fue a visitarme?

—Le visité el martes por la mañana —contestó la mujer—. Serían las diez. Pero usted sabía que yo iba a visitarle para pedirle que representase a Byrl.

—¿Y cómo, en nombre del cielo, podía yo saber eso? No soy adivino.

—Lo sabía usted por Robert Peltham. Ha estado usted al habla con Robert Peltham desde que empezó este caso. ¿Niega usted que Robert Peltham le visitó el lunes por la noche y le comprometió entonces para representar sus intereses?

—¿Qué le hace a usted pensar que sucedió eso? —preguntó

Mason.

—Me lo dijo él...

—No conteste usted a esa pregunta —interrumpió Burger—. No estamos aquí para dar a míster Mason la oportunidad de enterarse de cosas que después han de servirle para componer sus historias.

—¿Qué fin persigue esta entrevista? —preguntó Mason.

—Sencillamente, darle a usted un esquema de las circunstancias que me obligan a pedir un mandamiento para su detención, acusado de conspiración criminal y de complicidad.

—¿De complicidad de qué? —preguntó Mason.

—En el asesinato de Albert Tidings.

—¿Y a quién se supone que ayudaba yo?

—A Robert Peltham.

—Ah, muy bien. De manera que ahora es él el asesino, ¿no es eso?

—Bien sabe usted que lo es.

—¿Y cómo lo sé?

—Se lo dijo a usted el lunes poco después de medianoche... o para mayor exactitud, el martes, de madrugada. Usted se reunió con él en su despacho y quedaron de acuerdo. Usted se comprometió a simular una coartada para Peltham y su amiga. Y para que la coartada fuese buena, quiso usted que apareciese que Tidings seguía vivo el martes por la mañana. Todo lo que ha hecho usted, Mason, apoya esa conclusión. Hay contra usted pruebas abrumadoras, y en vista de la declaración de Mattern, que es un testigo directo, creo mi deber iniciar contra usted un procedimiento criminal, a menos que pueda usted convencerme de que es inocente.

—¿Y cómo puedo convencerle? —preguntó Mason—. No puedo hacer preguntas al testigo. No puedo siquiera averiguar qué pruebas tiene usted. Tengo las manos muy bien atadas.

—No las tendrá si es usted inocente —replicó Burger—. No necesita usted interrogar al testigo para descubrir qué cartas tengo en la mano. Puede usted hacer una sencilla declaración de su relación con el caso.

—No puedo hacer eso —dijo Mason.

—¿Por qué no?

—Porque sería traicionar las confidencias de un cliente.

—¿Niega usted que Robert Peltham le visitó el martes entre la

medianoche y la una de la madrugada?

—No estoy dispuesto a dar detalles referentes a las actividades de mi cliente —dijo Mason.

—Doy por terminada la entrevista —declaró Burger—. Tengo testimonios que prueban concluyentemente que Peltham estuvo en amores con la mujer de Tidings, que éste se negó a conceder el divorcio y que, aunque las relaciones habían logrado escapar a su conocimiento durante algún tiempo, al fin se enteró de ellas y buscó la manera de atrapar a los culpables. Y ocupado en poner en práctica sus planes, encontró la muerte.

—¿Cuándo?

—A las once y cuarto del lunes por la noche.

Mason empleó varios segundos en contemplar las volutas de humo que se desprendían de su cigarrillo a medio fumar.

—A las once y cuarto —repitió, pensativo.

—Exactamente.

—¿Oyó alguien el disparo? —preguntó Mason.

Por un momento pareció como si Burger fuese a contestar a la pregunta, pero en su lugar cogió el teléfono que tenía sobre la mesa y preguntó:

—¿Está miss Adelle Hastings en el despacho...? Muy bien. La veré en seguida... Y a Paul Drake... Muy bien, que espere. Ahora recibiré a miss Hastings.

—A las once y cuarto —replicó Mason—. Eso no es lo que yo tenía entendido. Esa hora de la muerte no coincide con los hechos tal como yo los tengo establecidos.

—¿Pues a qué hora considera usted que ocurrió la muerte? —preguntó Burger.

—A eso de las nueve y media —contestó, sin titubear, Mason.

—¿De la noche del lunes?

—Exacto.

—Todavía no estoy en condiciones de discutir ese punto —dijo Burger—. Hay un testigo a quien debo interrogar personalmente antes de llegar a una conclusión definitiva.

—¿Ese testigo oyó el disparo? —preguntó Mason en tono dubitativo.

—Ese testigo —dijo Burger con exagerada parsimonia— vio cometer el crimen y reconoció a Robert Peltham como el asesino.

He hablado con él por teléfono, pero no ha firmado su declaración todavía.

Mason estiró las largas piernas, cruzó los tobillos y se quedó contemplando las puntas de sus zapatos.

—Bien —dijo—, no puedo añadir nada más.

—Podría usted decirme cómo fija la hora de la muerte a eso de las nueve y media.

Mason hizo algunos gestos negativos.

—Muy bien —anunció Burger en tono que daba por terminada la entrevista—, daré orden de que se solicite un mandamiento para su detención, Mason. Lo siento, pero ya le advertí repetidas veces que sus métodos iban a proporcionarle muchos disgustos.

—¿Tendré derecho a libertad bajo fianza? —preguntó Mason.

—Le acusaré de complicidad en un asesinato en primer grado.

—Pero todavía no está hecha la solicitud para el mandamiento.

—Estará lista dentro de una hora.

—¿Y hasta entonces no estoy detenido?

—No pretendo detenerle sin el mandamiento —confesó Burger.

Mason se levantó de su asiento y arrojó el cigarrillo al cenicero.

—Muchas gracias —dijo— por su consideración en darme la oportunidad de presentar mi intervención del caso.

—Lamento que no haya usted podido dar una explicación más satisfactoria.

—Y yo también —sonrió Mason.

—Lo que yo no sé —intervino mistress Tump con acritud— es en qué situación nos deja esto. Byrl no está conforme en dar por buena la transacción con la «Western Prospecting». No le convienen aquellas acciones a las que no da valor.

—Me temo que eso tendrá que ventilarse ante los tribunales civiles, mistress Tump —dijo Burger.

Mistress Tump miró a Mason.

—¡Y pensar que le acepté a usted como un abogado honrado! —exclamó con sorna.

—Lo lamento, mistress Tump —dijo Mason inclinándose.

—Parece como si todos conspirasen contra mí —sollozó Byrl Gailord—. Ahora mi dinero, el que no fue desfalcado, me lo encuentro empleado en un puñado de acciones sin valor alguno.

—¿Está usted segura de que no tienen ningún valor? —preguntó

Mason.

—Claro que sí —contestó la joven.

—Bien, discúlpeme, que tengo que hacer.

Y sin dirigir una mirada hacia atrás, se encaminó a la puerta y salió al pasillo.

Carl Mattern le siguió con su mirada fría e inexpresiva.

Capítulo 14

Desde una tienda de la esquina, Mason telefoneó a su despacho.

—Hola, Gertie, ¿sabe quién soy? —preguntó.

—Uh, uh.

—¿Está vigilada la oficina?

—Uh, uh.

—¿Nadie escucha en la línea?

—No.

—Bien. Finja que soy un amigo y que me está dando una cita.

—No puedo esta noche —dijo la joven—. Creo que tendré que trabajar. Ha habido un lío en la oficina que no acabo de entender. El patrón se encuentra en un apuro y esto está plagado de detectives. Hasta me los encuentro en el pelo... ¿Qué pasa...? Estoy hablando con un amiguito. ¿Es que no tengo derecho a decirle por qué no puedo acudir a su cita? Vamos, míster, métase en sus asuntos y déjeme con los míos... Hola, Stew no me dejan hablar. Bueno, de todos modos no podrá ser esta noche.

—Della Street tenía un cuerpo para enterrar. ¿Ha sabido algo de ella? —preguntó Mason.

—Uh, uh.

—¿Sabe su dirección?

—Uh, uh.

—Bien, pues baje al vestíbulo y arrégleselas para utilizar un teléfono donde no la puedan escuchar. Telefonee a Della Street y dígame que coja una portátil y vaya a reunirse conmigo en el hotel Saint Germaine tan pronto como encuentre un taxi. ¿Me ha entendido?

—Bien, lo haré por esta vez —dijo Gertie—; pero no creas que vas a poder seguir burlándote de mí. Siempre tienes primas que vienen del pueblo y quieren que las acompañes. ¿Para qué querías

citarme si sabías que ella iba a venir...? Da la casualidad de que siempre que pregunto por ti me dicen que te han visto por los *cabarets* con alguna rubia, que siempre resulta ser una prima o una cuñada. Me va pareciendo que tienes demasiada familia... y demasiadas rubias en ella.

Mason no pudo contener la risa.

—Pero tendrá usted que contestar, Gertie —dijo—, que siempre es rubia nueva...

Mason oyó al otro extremo de la línea la voz de un hombre que decía algo a Gertie y luego la voz de ésta en el transmisor:

—Escucha, Stew: Yo tengo la manga muy ancha, pero me estoy cansando de esto. Llámame a eso de las cinco menos cinco y, si no tengo que trabajar esta noche, saldré con tu pandilla: pero si esa joven no es tu prima, me voy a quedar en la mano un buen puñado de cabellos rubios... No creas que te vas a burlar de mí.

—Muy bien, querida —dijo Mason—; adiós. —Y se retiró del aparato riendo de buena gana.

En aquel momento oyó distintamente al otro lado del conductor una voz masculina que decía: «Déjame hablar con ese jovencito, hermana. Necesito sus señas».

Mason volvió el receptor al gancho, salió a la acera, llamó un taxi y le dio la dirección del hotel Saint Germaine. Tuvo que esperar diez minutos antes de que apareciese Della Street.

—Vine todo lo de prisa que pude —se disculpó—. ¿Se trata de algo grave?

—Mucho —dijo Mason—. Me han denunciado.

—¿Quién?

—Mattern.

—¿Esa sabandija?

—Ha inventado una buena historia.

—¿Él solo?

—Ayudado por algún abogado y apoyado por Bolus. Han perdido diez mil dólares, pero les quedan todavía cuarenta mil por qué luchar, y Bolus no piensa dejárselos quitar tan fácilmente.

—¿Y que tiene usted que ver con eso?

—Yo soy la oveja que conducen al matadero —contestó Mason.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —preguntó la secretaria.

—Presentar nuestros respetos a un individuo llamado Herikmer

Smith, inscrito como oriundo de Shevenport, Louisiana, pero es preciso que no se entere de que estamos aquí.

—Bien. ¿Quiere usted averiguar su habitación?

—Sí.

Della Street extendió una mano:

—Deme.

Mason le entregó un níquel, y la secretaria se dirigió a la cabina telefónica. El abogado se quedó junto a la puerta abierta, mientras ella marcaba el número de la centralilla del hotel y decía al operador:

—Aquí el departamento de crédito de la Villa de París. Tenemos que hacer un pago a uno de los huéspedes de ese hotel, un tal míster Herikmer Smith, de Shevenport, Louisiana. Nos interesaría comprobar su dirección en el registro... ¿Haría el favor?

Della escuchó unos momentos y, tras dar las gracias, colgó el receptor y dijo volviéndose a Mason:

—Es el cuatrocientos nueve, jefe.

Mason tocó a Della Street en el brazo, haciéndole seña de que abandonase la cabina. Luego sacó otra moneda del bolsillo y marcó el número de la agencia de detectives Drake.

—Mason al habla —dijo—. Necesito un agente de aspecto valentón y que lo sea. Lo necesito en seguida. Enviémelo al hotel Saint Germaine. Que suba a la habitación cuatrocientos nueve y entre sin llamar. Yo estaré allí. Que levante los dedos para que yo me entere de que es nuestro hombre. No tiene que decir nada hasta que yo le dé el hilo. ¿Comprendido?

Mason recibió un «entendido» del secretario de Drake, colgó el auricular y dijo a Della:

—Vamos.

Se dirigieron silenciosamente al ascensor, subieron hasta el cuarto piso y Mason permaneció un momento orientándose sobre la marcha de los números en las puertas antes de avanzar con Della por el pasillo. Un instante después, se detenía ante la habitación 409, y Mason llamó. Al otro lado de la puerta se oyó la vocecita de Arthmont Freel que preguntaba:

—¿Quién es?

—La doncella con las toallas —contestó dulcemente Della Street. Sonó el pestillo. Mason apoyó el hombro contra la puerta. Y

mientras Freel hacía girar el tirador, el abogado empujó. Él y Della se encontraron dentro de la habitación, ante los espantados ojos de Freel.

—Hola, chantajista —saludó Mason—. ¿Qué se siente cuando lo eligen a uno para la cámara de gas? Vea si hay alguien en el cuarto de baño, Della, y siéntese junto a aquella mesa cuando haya mirado.

Mason se acercó al ropero, empujó la puerta y se asomó al interior. Después cerró cuidadosamente la puerta del dormitorio, se dirigió a un sillón y se sentó. Della Street completó su inspección del cuarto de baño y arrastró una silla hasta la mesa de mimbre que había junto a la ventana. Sacó luego calmadamente su portátil, metió dos hojas de papel en blanco, alternadas con una de papel carbón, y, hecho esto, se recostó con las manos entrelazadas en el regazo en espera de entrar en funciones.

Freel la miraba hacer, intranquilo; luego trasladó su mirada al abogado.

—Bien —dijo Mason—; lamento que ande usted tan huido. Personalmente, no creo que sea usted culpable, pero siempre le gustó el dinero y, en esta ocasión, sacó tanto el pescuezo para buscarlo que le han podido colgar de él un asesinato.

—¿De qué está usted hablando ahí? —preguntó Freel.

Mason eligió un cigarrillo, lo golpeó suavemente sobre el borde de la pitillera, lo encendió y extrajo una profunda bocanada.

—Le compadezco a usted, Freel. Le compadezco a usted —murmuró.

—Repito que no sé de lo que está usted hablando —dijo Freel.

—Le creo, le creo —dijo Mason, riendo entre dientes—. Usted no sabe de lo que habla nadie. Ésa es su desgracia, Freel. Se sentó a jugar un juego que no comprende, y cuando alguien le dice que coloque sus fichas en el centro de la mesa, mete el montón... Eso es lo malo, Freel.

—Me hizo usted hablar una vez —recordó Freel—; pero no lo volverá a repetir.

—Me perdonará usted que me tome demasiado interés en este asunto desde el punto de vista de la técnica legal. Personalmente, creo que algún astuto abogado discurrió esta farsa.

—Usted está loco —dijo Freel.

—No lo diga con tanta sorna —sonrió Mason—. Dentro de treinta días, su única defensa será la locura. Se verá usted acosado por una manada de doctores, y sudará usted sangre tratando de hacerles creer que está usted loco. Así, pues, no mencione la locura tan ligeramente.

»En este caso hay una oleada de coartadas. Algunas son buenas, pero la hora del asesinato sigue sin dejarse apresar.

»Usted es un buen muchacho, pero tiene demasiado apetito... por el dinero. Está hambriento de dinero. Pasan los años y los años y no se le presenta el puesto que tiene usted mérito para desempeñar. Eso le preocupa. Usted ambiciona el dinero porque cree que el dinero es su seguridad. No me haga reír, Freel. ¡Seguridad... para usted!

Freel empezó a entrelazar los dedos y a mirar a Mason con temor, pero no dijo nada.

Mason fumaba espaciosamente, mirando a Freel como se mira a un ejemplar interesante en un acuario. Junto a la mesa, Della Street continuaba inmóvil, manteniéndose en segundo término, borrando su presencia de la conciencia de Freel.

—No puede usted negar —prosiguió Mason— que le han ofrecido dinero para jurar que ha visto cometer el asesinato. Le han dicho que Peltham ha muerto, que jamás podrá negar su acusación... Y usted se ha comprometido a coger el dinero y a jurar que vio a Peltham y que le vio hacer el disparo. Pero pasó usted por alto el hecho de que el asesino nunca tuvo intención de atribuir realmente ese crimen a Peltham. No lo comprende usted todavía, Freel. Probablemente no lo comprenderá usted en una semana. Pero usted ha sido elegido para ocupar un asiento reservado en la cámara de gas letal, y lo han hecho tan bien que la operación será virtualmente indolora.

»Durante una semana será usted el testigo principal del proceso, luego aparecerá Peltham con su coartada, y entonces quedará usted con el pescuezo bien al aire, y el fiscal caerá sobre usted como una tonelada de ladrillos.

—Peltham ha muerto —afirmó tercamente Freel.

Mason se echó a reír.

—Que se cree usted que ha muerto. Eso no fue más que una farsa. Peltham se vio obligado a emplearla para cubrir su retirada.

La mujer que le está enamorando iba a ser acusada de asesinato y él no quería ser interrogado. Se escondió, pues, para no tener que declarar referente a sus relaciones con la mujer. Eso es todo.

—Yo no le he contado nada a nadie —dijo Freel, agitándose intranquilo.

—Oh, sí, ya lo creo que lo ha contado usted —insistió Mason—. Usted ha ido al fiscal con su confidencia, y él ha concedido a los periodistas una entrevista para comunicarles tan sensacional noticia. Comprenderá usted que el fiscal no va a obrar de ligero en una cosa como ésa. Métase esto en ese duro cráneo, Freel: Albert Tidings fue muerto mientras se encontraba en su automóvil, después de empezar a llover, el lunes por la noche. No murió instantáneamente; alguien lo encontró sin conocimiento dentro del vehículo, poco después de las once. Fue entonces trasladado a la casa de mistress Tidings, tendido en un lecho, y allí murió, casi en seguida. Llevaba un revólver del calibre treinta y dos en el bolsillo de la cadera. Aquel revólver no había sido disparado. Al parecer, Tidings no había hecho el menor esfuerzo para sacarlo. El pañuelo que llevaba en el bolsillo de la americana presentaba huellas frescas de lápiz de labios.

»Tidings se había enterado de las relaciones de Peltham con su esposa. Si Peltham se hubiese acercado al automóvil en que esperaba Tidings, éste habría sacado su revólver, y no habría habido señales de barra de labios en su pañuelo. Si consigue usted barrer las telas de araña de su cerebro y trata de concentrarse un minuto en esa barra de labios descubrirá muchas cosas. ¿Quién le besó? ¿Su esposa? Ella le odiaba. No, Freel, había solamente una mujer a quién había besado y que le habría besado a él. Él besó a aquella mujer y luego recibió el disparo. Imagínesele por sí mismo.

Freel se retorció los dedos en una agonía de temores. Sus huesudos nudillos crujían y en el silencio de la habitación aquel repetido ruido le parecía monstruosamente deformado.

Mason estiró los brazos por encima de su cabeza y bostezó.

—Todo es cosa de juego —murmuró—. Vivimos nuestras pequeñas vidas y nos parecen importantes. Me parece que me estoy durmiendo. El estado le quitará su nombre y le dará un número. Luego le regalará un bonito traje, le meterá en la cámara de gas letal y le dejará allí durante quince minutos. Cuando salga usted,

llevará una etiqueta prendida en la solapa de la chaqueta y será entregado a la funeraria para que prepare su entierro. Todo eso nos parece importante a nosotros, Freel, pero realmente no tiene importancia. No somos más que ruedecillas de una máquina.

Freel se humedeció los labios y trató de tragar por dos veces. No dijo nada.

—Bien —continuó Mason—. Dios sabe que es usted responsable de lo sucedido. Usted sabe por qué Tidings no disparó su revólver. Una bala de usted se lo impidió. Es usted verdaderamente responsable de lo sucedido y es justo que pague.

—No puede usted acusarme de eso, Mason; no puede. Estoy completamente libre de toda sospecha —clamó Freel inclinándose hacia delante, como quien trata de impresionar a su auditorio.

—¡Libre de toda sospecha... usted! —rió Mason—. ¡Pobre loco! ¿Pero no ha confesado usted mismo que se encontraba presente cuando se cometió el crimen?

—Creo, míster Mason, que yo...

—Dentro de tres minutos —le interrumpió Mason— saldré de esta habitación. Cuando cierre la puerta, será demasiado tarde para que haga usted nada para salvar su pescuezo. Yo soy su única esperanza, Freel.

Mason se puso a observar su reloj. De pronto, se abrió la puerta. Un hombre que parecía todo pecho y mandíbula, entró como una tromba y cerró tras él la puerta, de golpe. El individuo levantó los dedos como para saludar a Mason.

El abogado se puso en pie bruscamente y se apresuró a estrechar la mano del intruso con ademán de exagerada cordialidad.

—Bien, bien, capitán, ¡cuánto hace que no nos vemos! No le esperaba a usted. Creí que vendría el sargento Holcomb a efectuar la detención. Pero ya veo que decidió usted venir por sí mismo.

»—Sí —dijo el supuesto capitán con voz tonante—, he venido yo mismo.

—Escuche, capitán —añadió Mason hablando rápidamente—, este individuo es un conejo. Es una rata. Es un pobre diablo que se le ocurrió meterse a chantajista. Pero me duele verle acusado de asesinato. Está casi dispuesto a decir la verdad. Si dice la verdad, voy a tratar de salvar su pescuezo. Si dice toda la verdad, no le condenarán por asesinato en primer grado. Es su única esperanza.

Allí está mi secretaria con su máquina preparada para escribir todo lo que diga. Capitán, seamos compasivos... humanos... demos una oportunidad a este individuo. Concédale sesenta segundos. ¿Lo hará usted por mí?

El detective particular entornó los ojos y dijo con voz profunda y firme:

—Sesenta segundos... por usted.

Mason se volvió a Freel.

—Ya lo ha oído —le dijo—. Es su última oportunidad.

Freel, que evidentemente había estado reflexionando mientras hablaban Mason y el detective, contestó con voz temblorosa:

—Está bien, confesaré. ¿Tratará usted de salvar mi cuello ahora?

Mason asintió.

—¿Me lo promete?

Un nuevo gesto de asentimiento.

Freel sacó un sucio pañuelo del bolsillo de la cadera y se enjugó la frente.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

Mason indicó a Della con un indiferente movimiento de cabeza.

—Empiece a hablar —dijo— y ponga su firma debajo cuando ella termine de escribir la declaración que va usted a prestar.

Freel fijó la mirada en Della Street.

—Todo empezó —dijo— cuando traté de sacar dinero a Albert Tidings. Primero, quise venderle ciertos informes, y luego...

Las manos de Della Street se posaron en el teclado un momento y luego volaron sobre las teclas, mientras la portátil emitía un tableteo ininterrumpido.

—Cuando termine —dijo Mason aprovechando una pausa a Freel—, haga que lo firme. El capitán lo firmará también, como testigo. Ponga el papel en un sobre, corra a *El Clarion* y entréguelo personalmente al editor. Que Freel le acompañe.

Della Street asintió, y luego, con las manos suspendidas sobre el teclado, miró expectante a Freel.

—Si se resiste, sacúdale el polvo —dijo Mason en voz baja, al detective particular—. Y si trata de huir, reténgale por el cuello.

—¿Cómo debo retenerlo? —preguntó el detective.

Mason le miró con sorna.

—Tiene usted dos manos... ¿no es bastante?

Pasó por delante del detective, salió al pasillo y cerró la puerta. Permaneció un momento escuchando. Cinco minutos después de haber cerrado la puerta, oyó el rápido golpeteo de las teclas de la máquina de Della Street.

Mason sonrió satisfecho y se alejó pasillo adelante.

Capítulo 15

En su despacho particular, recostado en el sillón giratorio, con los pies descansando en un ángulo de la mesa, Mason miraba sonriente al sargento Holcomb.

—Esta vez —dijo el sargento con voz sombría— traigo mandamiento.

—No creo que el fiscal quiera utilizarlo, sargento.

—Cree usted mal, míster Mason.

—Fue un caso interesante éste, sargento. Había en él dos o tres detalles desconcertantes, pero después de todo, no era tan complicado como parecía. *El Clarion*, según tengo entendido, lanzará una edición extra. Probablemente disfrutará usted leyéndolo.

—Tonterías —rezongó Holcomb.

—Freel escribió para *El Clarion* una declaración completa —prosiguió Mason con toda calma—. Della Street la entregó personalmente, acompañada de Freel.

La mirada de Holcomb revelaba tanto interés como desconfianza.

—¿Se trata de alguna nueva treta?

—Nada de eso. De una verdadera confesión. Cuidado con lo que hace usted, sargento. Puede quedar en ridículo.

—Traigo un mandamiento —repitió Holcomb.

—Ya lo he oído.

—Póngase el sombrero.

Mason, con las manos levantadas, como sosteniendo un periódico imaginario fingió leer:

—Tan rápidamente ha trabajado *El Clarion* para aclarar el caso, que la policía está todavía desconcertada. Aun después de salir nuestro extraordinario a la calle, uno de los «resbalones» más

regocijantes ha sido el del sargento Holcomb, de la Brigada de Homicidios, quien, con la tozuda resistencia de un policía sin imaginación, se empeñaba en cumplimentar un mandamiento contra un conocido abogado en el momento en que los muchachos de *El Clarion* vendían nuestro extraordinario con los verdaderos hechos. El sargento Holcomb, no obstante, cumpliendo rutinariamente lo que creía su deber, conducía al sonriente Perry Mason a la Jefatura de Policía, apartando a codazos a la multitud de vendedores que gritaban el nombre del verdadero asesino.

Mason terminó su pantomima doblando el imaginario periódico y colocándolo sobre la mesa.

—No ganará usted tiempo de este modo —manifestó Holcomb.

—No trato de ganarlo, sargento —replicó Mason—. Trato de darle a usted una oportunidad de salvación.

—Sí, usted siempre me quiso mucho.

—En serio, Holcomb; no es usted un mal muchacho... Un poco obstinado y cerrado de mollera, pero tiene usted el valor de sus convicciones, lealtad a su trabajo y absoluta honradez. ¿Por qué no se sube usted al vagón de su música, sargento?

—Supongo que no tratará usted de venderme nada, Mason.

—No, sargento, y eso que tengo varias cosas que ofrecerle. Las huellas de lápiz de labios en el rostro de Tidings, por ejemplo. Es un detalle interesante. Fueron varias las mujeres que figuraron en el caso, pero solamente una habría besado a Tidings. Solamente una podría haberse aproximado a él en aquel solitario lugar sin que Tidings hubiese intentado sacar su revólver.

—¿A qué lugar, se refiere usted? —preguntó el sargento.

—Ya sabe usted al que me refiero. Tidings quería sorprender a su esposa. Y se puso a esperar cerca de la casa. Apareció un coche. Tidings conocía a las personas que iban en él. Éstas le habían seguido. Detuvieron el coche, saltaron a tierra y Tidings besó a la mujer.

El sargento Holcomb escuchaba atentamente, con la frente fruncida.

—¿Quién? —preguntó.

—Byrl Gailord —contestó Mason.

—¿Cómo lo explica usted?

—Byrl Gailord necesitaba dinero. Mistress Tump necesitaba

dinero. Tidings quería a Byrl y odiaba a mistress Tump, por eso ésta esperó y siguió a Tidings cuando abandonó el despacho. Las dos le siguieron hasta el departamento de Adelle Hastings, pero no tuvieron ocasión de hablar con él. Le siguieron entonces hasta el sitio donde había detenido el coche en espera de su mujer, y allí se presentó la ocasión.

»Byrl, le besó, se abrazó a él y entonces surgió mistress Tump, expuso sus demandas y le amenazó con llevarle a los tribunales. Tidings se echó a reír. Contestó que en cuanto mistress Tump hiciese el menor movimiento, demostraría que Byrl era hija ilegítima de la hija de mistress Tump y que la historia de la nobleza rusa era una farsa. Y entonces fue cuando mistress Tump disparó contra él. ¿Empieza usted a ver algo más claro?

—Una bonita historia para leer en la cama —comentó el sargento.

—No, es lógica —insistió Mason—. Yo encontré un fajo de billetes en el colchón de Freel. Éste no le había sacado el dinero a mistress Tump. Ella es demasiado lista para pagar por anticipado. La única persona que podría haber hecho de Santa Claus era Tidings. En seguida me figuré que Freel se había vendido a Tidings y que éste no habría comprado munición tan costosa para no utilizarla.

»Yo sabía que mistress Tump nunca habría contratado los servicios de un abogado de creer que había alguna posibilidad de llegar a un arreglo sin ellos. Ella no me contrató para negociar un arreglo, sino para proporcionarse una coartada. A nadie se le habría ocurrido contratar a un abogado para que se entrevistase con un muerto. Fue un acto muy hábil, pero lo malo fue que yo comprendí que mistress Tump nunca se prestaría a pagar unos honorarios mientras hubiese posibilidad de gestionar un arreglo sin soltar un céntimo.

»Ustedes, los policías, dicho sea de paso, prescindieron de un detalle muy importante. Su laboratorio pudo analizar aquel lápiz de labios y analizar también los utilizados por las mujeres complicadas en este caso.

El sargento Holcomb parecía muy pensativo.

—Pudimos hacerlo..., lo podemos hacer todavía..., pero eso no va a impedir que yo utilice contra usted ese mandamiento, por

mucho que usted hable.

Mason se puso en pie y miró fijamente al sargento.

—Grábese bien esto —dijo—: En lo que a mí respecta, no doy un comino por lo que haga usted. Si es lo bastante loco para arrastrarme a la jefatura, mientras *El Clarion* lanza noticias a la calle, el perjudicado no seré yo. Si le digo todo esto, sargento, es porque trato de salvarle. Corra usted a las oficinas de *El Clarion*, dígales que lo ha descubierto todo, coja a Freel como testigo material... y conseguirá usted que su retrato salga en el periódico.

—Lo que voy a hacer es servirme de este mandamiento —insistió el sargento.

—Pues, por mí, adelante —replicó Mason—. De todos modos, saldrá su retrato en el periódico. ¿Cómo prefiere usted que diga el título? «El sargento Holcomb que aclaró el misterioso asesinato, en las oficinas de *El Clarion*» o «El sargento Holcomb deteniendo a un eminente abogado, mientras los muchachos de *El Clarion* venden el periódico que lanza al público el verdadero relato de los hechos».

—¿Cómo sé yo que esto no es una artimaña suya para poder escapar? —preguntó el sargento.

Mason le miró de arriba abajo y se echó a reír.

—Eso —replicó— sería tanto como huir de una profesión en la que estoy clasificado como uno de los primeros contribuyentes. Por otra parte, reflexione usted bien. Alguien le besó, alguien disparó contra él... y huyó. Luego se presentaron mistress Tidings y Peltham lo encontraron moribundo, lo llevaron a casa de mistress Tidings y empezaron a telefonear pidiendo una ambulancia. Tidings murió y ellos trataron de salvarse. Es la única hipótesis que...

Se abrió la puerta. Della Street entró alborozada.

—¿Qué hay? —preguntó Mason.

—Todo ocurrió exactamente como usted se imaginó —contestó ella—. Mistress Tump lo sobornó para colgar el crimen a Peltham. Freel había vendido a Tidings la información acerca de Byrl Gailord; todo como usted sospechaba.

—¿Puede Freel probar que mistress Tump cometió el crimen?

—No; solamente que mistress Tump le sobornó para achacárselo a Peltham.

Mason guiñó un ojo al sargento Holcomb.

—Aún mejor de lo que yo creía, sargento —dijo—. *El Clarion* no

se atreverá a acusar abiertamente a mistress Tump del asesinato. Sólo puede publicar la confesión de Freel y acusarla de soborno. Yo de usted, sargento, empezaría a trabajar la pista de Byrl Gailord. Dudo que ella tuviese idea de que mistress Tump iba a disparar contra Tidings, pero después de cometido el crimen, no tuvo inconveniente en colocarse de parte de su abuela. Creo que un policía astuto, decidido a trabajar de prisa antes de que *El Clarion* salga a la calle, podría...

El sargento Holcomb giró sobre sus tobillos, dio dos rápidos pasos hacia la puerta, luego se detuvo y retrocedió.

—Bien, Mason —dijo—. No me gustan sus métodos. Algún día darán con usted en el calabozo, pero aprecio el buen trabajo detectivesco cuando lo veo y sé admirar a quien aclara crímenes, aunque no me agradan sus procedimientos.

Mason le estrechó efusivamente la mano, sonriendo abiertamente.

—No piense usted ni por un momento —añadió el sargento— que esto le da derecho a hacer de las suyas en un próximo caso.

—¿A qué me da derecho entonces? —preguntó Mason.

—A mi agradecimiento por entregarme en bandeja de plata una buena pista y por llevar un asesino a la justicia.

Mason palmoteo al sargento Holcomb.

—Habló usted como un hombre, sargento. ¡A trabajar!

Una vez más el sargento Holcomb cruzó el despacho, pero poco antes de cerrar la puerta, se volvió para decir a Mason:

—Siguen sin agradarme sus métodos.

—Comprendido —dijo Mason.

El sargento sostuvo la mirada del abogado.

—Y tampoco creo —añadió— que yo sea un santo de su devoción.

La puerta se cerró de golpe.

Mason se volvió, sonriente, a Della Street que presenciaba la escena.

—Ya lo ha oído —dijo.

—¿Por qué ha regalado a Holcomb un éxito como éste? —pregunto la secretaria.

—Porque creo que es el que puede obligar a Byrl Gailord a decir la verdad.

—... Y porque usted quería proporcionarle este triunfo —añadió Della, mirándole fijamente.

—Bien; quizá —confesó Mason.

—Sin embargo, el sargento odia sus métodos, jefe.

—Lo sé, pero es un luchador y a mí me agradan los luchadores. ¿Cómo marchan las cosas por *El Clarion*?

—Como en una casa incendiada. El sargento Holcomb no podrá ver a Freel. Lo tienen secuestrado.

Mason se echó a reír.

—Tratarán de sonsacarle más cosas —dijo— y luego lo volverán a la circulación, una vez que el extraordinario salga a la calle.

Sonó el timbre del teléfono. Della alzó el receptor y dijo:

—Oiga —y luego, tapando la embocadura con la mano, se volvió a Perry Mason—; Adelle Hastings desea saber si tienen que hacer algo.

—Dígale que se reúna con nosotros en el *Haltag Cocktail Bar* dentro de quince minutos —dijo Mason—. Quiero ver la cara que pone cuando lea el periódico.

Con la mano aplicada todavía a la embocadura del receptor, Della Street hizo una nueva pregunta, esta vez por su cuenta:

—Si llegamos allí dentro de quince minutos, ¿cree usted que estaremos todavía en el bar cuando salga *El Clarion*?

—A juzgar por mi humor —dijo Mason riendo—, creo que pasaremos allí toda la tarde.

Della Street apartó la mano de la embocadura.

—Diga, miss Hastings —dijo.

Notas

[1] «Cash and Carry», frase puesta en boga por la ley de Préstamos y Arriendos, que equivale a nuestro «toma y daca». < <